Ryū Murakami
村上龍
オーディション
Traducción de J. C. Cortés
Audición

Aoyama es un documentalista de mediana edad que no ha tenido una relación amorosa desde la muerte de su esposa hace siete años. Luego de la insistencia de sus cercanos, finalmente decide volver a casarse. Para ello, un amigo productor de cine le propone un plan para encontrar a la esposa perfecta: harán una audición falsa para buscar a la estrella de una película que nunca será grabada. Enceguecido por la posibilidad de escoger entre miles de mujeres, Aoyama pone en marcha el plan, pero lo que sucede después se aleja muchísimo del futuro idílico que sueña.

Con maestría y un estilo ágil y oscuro, Ryu Murakami configura un *thriller* psicológico excepcional, en el que su protagonista sufre un sorpresivo descenso a horrores inesperados.

Ryu Murakami

Audición

ePub r1.0
Titivillus 11-06-2023

Título original: オーディション *(Odishon)*
Ryu Murakami, 1997
Traducción: Juan Carlos Cortés
Ilustración de portada: Takato Yamamoto

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

—¿Y si te buscas una nueva esposa, pa?

Fue esta pregunta, hecha por su hijo, Shige, la que llevó a Aoyama a tomar la decisión de volver a casarse.

La madre de Shige, Ryoko, había muerto de un cáncer viral hacía ya siete años, cuando él tenía ocho y Aoyama treinta y cinco. Debido a su relativa juventud, el cáncer se había esparcido rápidamente por Ryoko. Le hicieron una cirugía, pero el rebrote había sido casi inmediato y al mes ya todo había terminado.

—No tuve *tiempo* para sufrir, menos para lamentarme —le había dicho Aoyama a un amigo cercano en ese entonces.

El padre de Ryoko era el dueño de una pequeña aunque reconocida empresa que había manufacturado instrumentos musicales por generaciones. Él y su esposa, devotos del *jazz* y la música clásica, criaron a su única hija en un hogar estricto pero cariñoso. Ryoko era culta, inteligente y extremadamente atractiva. Poseía también una gran fortaleza interior, y como esposa apoyó diligentemente a Aoyama en cada aspecto de su vida y carrera. Nunca olvidaría que fue solo gracias a su ayuda y empatía que había logrado su Gran Aventura: dejar la gigantesca agencia en la que trabajó durante más de una década para comenzar su propia compañía de producción cinematográfica.

Pese a que esto sucedió en los años de la burbuja financiera, cuando parecía que el dinero llovía, el gran número de nuevas productoras supuso una competencia feroz, y por varios meses la aventura de Aoyama se sostuvo al borde de la quiebra. El padre de Ryoko lo salvó. Su empresa producía y diseñaba órganos tubulares para iglesias católicas en todo el sudeste asiático, donde las cámaras de video recién comenzaban a proliferar, así que a Aoyama se le ocurrió hacer representaciones visuales simples de escenas del

Nuevo Testamento. Doblados a varios idiomas, los videos vendieron literalmente cientos de miles de copias gracias casi enteramente a las conexiones del viejo.

Muchas esposas quizá le hubiesen sacado en cara algo así a sus maridos, pero no la siempre modesta y diligente Ryoko. Naturalmente, Aoyama no sentía más que amor, respeto y gratitud hacia su gran esposa, y aun así era un hecho que, desde sus días en la agencia, le había sido infiel hasta el punto de la extravagancia. El momento más crítico fue justo luego de que un video sobre Jesús tuviera éxito, cuando su deuda con la *escort* de un club nocturno alcanzó los varios millones de yenes. Pero incluso ahí Ryoko mantuvo la calma y su silenciosa dignidad, y no hubo ninguna pelea seria en el hogar. Sus principales prioridades —en primer, segundo y último lugar— eran el bienestar y la educación de Shige.

¿Qué esposo no ha fantaseado alguna vez con el sentimiento de libertad que le daría la desaparición repentina de su esposa? ¿Y cuántos cuentan los días para que ella se lleve a los niños durante una semana a casa de sus padres? Sin embargo, si cualquiera de estos hombres perdiera realmente a su esposa, solo unos cuantos serían capaces de reunir la fuerza de voluntad o la energía siquiera para desbandarse: se percatarían en ese momento de todo el apoyo que daban por sentado. Cuando Aoyama perdió a Ryoko quedó empantanado en una inactividad absoluta. Eventualmente consultó a un amigo psiquiatra, quien le advirtió que solo estaba a un paso tímido de la depresión clínica. «Realmente enfermarás si no te pones algunas metas», le dijo su amigo, y Aoyama se puso dos.

Una era pasar tanto tiempo como fuera posible con su hijo. Shige se encontraba en un estado de *shock* similar, devastado por la muerte de su madre, y Aoyama se puso a buscar concienzudamente cosas que pudieran hacer juntos. Compró una pelota de béisbol y guantes, pulió sus habilidades en los videojuegos y vio más películas de las que había visto en años. Pero como siempre había confiado el trabajo de criar al chico a Ryoko, le tomó semanas llegar a sentir realmente que se estaban conociendo. Nadar era una actividad que les daba mucho tiempo de calidad. Aoyama sacó una membresía en el club de deportes local y los dos nadaban en la piscina casi cada tarde. Shige se había sentido intimidado por el agua, pero su padre le ayudó pacientemente a superar su miedo,

primero enseñándole a nadar de pecho y luego crol.

Alrededor de seis meses después de la muerte de Ryoko, cuando Shige había llegado al punto de nadar los cien metros crol, Aoyama cayó en la cuenta de que ambos estaban finalmente encaminados en su recuperación. Ryoko había muerto a mediados del invierno, y ahora era la estación de lluvias. Caminando por el estacionamiento del club de deportes, Shige señaló unas hortensias y dijo: «Son muy lindas, ¿cierto, papi?». Y eran realmente bellas, pensó Aoyama. El púrpura vivido de los brotes era algo que casi podía *sentir* en la plácida fatiga después del nado que tenía su cuerpo. Había pasado mucho tiempo desde que él o Shige podían disfrutar de cosas como las flores.

Su segunda meta era traer a Japón a una legendaria organista de tubos. Esta música anciana, que había vivido toda su vida en la Alemania oriental, era conocida por los aficionados de todo el mundo sin haber dado nunca un recital comercial. Aoyama inició su misión escribiéndole con cuidado una larga carta, para lo que investigó sobre la historia de la cristiandad, la vida de Bach y la Europa medieval. Pidió que le tradujeran la carta al alemán, estudió el idioma él mismo e incluso comenzó la investigación de posibles escenarios para que se presentara. Los productores solían despedirlo con una risotada en el momento en que mencionaba el nombre de la virtuosa anciana, pero Aoyama estaba decidido a lograrlo… y a lograrlo por sus propios medios. No quiso tener en cuenta la ayuda del padre de Ryoko, ni siquiera le dijo al viejo lo que planeaba. Y cuando, luego de dos años de enviar cartas sin ninguna señal de que ella las leyera, por fin recibió respuesta, y pese a que era un corto y educado rechazo, Aoyama literalmente lloró de alegría. Siguió escribiendo decenas de cartas comunicándole su intención de honrar el deber de los verdaderos Creyentes al grabar y conmemorar, con los medios actuales de la tecnología artística, su actuación en uno de los instrumentos más finos. Aoyama no creía verdaderamente en Dios, pero su experiencia con el video de Jesús había sido provechosa, y cinco años después de haber enviado la primera carta, logró traer a Japón a la legendaria artista. Dio un único concierto gratuito en el auditorio de una escuela de música en Mejiro, y Aoyama grabó el evento tanto en video como en film. Nadie estaba más encantado con este triunfo que el padre de Ryoko,

que entendió bien lo que simbolizaba para su yerno: el réquiem final para Ryoko y el inicio de una nueva vida.

A los quince, Shige ya sobrepasaba el metro setenta y cuatro de Aoyama y era un nadador más rápido tanto en crol como en nado de pecho. Ambos habían comenzado a jugar tenis al año siguiente de la muerte de Ryoko, pero por supuesto Shige, que había heredado de su madre tanto la apariencia como el carácter, progresó mucho más rápido. Se quedaron en la casa del área de Suginami, una edificación sustanciosa en un terreno de ochocientos metros cuadrados que Aoyama arrendaba a un conocido del padre de Ryoko. El dueño era un caballero anciano que alguna vez había compuesto canciones populares y que ahora vivía al pie del Monte Fuji en una casa de retiro que tenía sus propias aguas termales. El arriendo —de casi medio millón de yenes al mes— era fácilmente pagable ahora que la compañía de Aoyama estaba bien establecida. Para su oficina, en un edificio sobre el *boulevard* Meiji en Shibuya, había contratado a un equipo de catorce personas.

Shige había entrado a una secundaria privada al oeste de Tokio. Sobresalía particularmente en inglés y en biología, y tenía muchos amigos. Fue un domingo en la tarde a mediados del verano, cuando los dos estaban sentados en el *living* viendo una maratón femenina, que hizo la pregunta que lo empezó todo.

El *living* ocupaba casi todo el primer piso. Había un gigantesco sofá con distintas secciones, una enorme mesa de centro cuadrada, una
TV
de veintisiete pulgadas, un sistema de audio, y una gran licorera de caoba. Aoyama se encontraba echado en el sofá, sorbiendo de una lata de cerveza. Desde donde estaba podía ver el jardín más allá de los paneles de vidrio corredizos, que eran enmarcados por las cortinas de encaje que Ryoko había arreglado y colgado hacía tanto tiempo. La mucama,
Rie-san,
estaba ahí con *Gangsta*, el beagle, que ladraba y corría en círculos a su alrededor.
Rie-san
tenía cuarenta y cinco años y era una mujer alta y afable que gustaba de la *musique* y los viajes y de Furuta, el receptor de los

Swallows. Aoyama la había contratado a través de una agencia hacía cuatro años, pero luego de ver que vivía cerca y que se llevaba de maravilla con Shige, terminaron firmando un contrato permanente.

Alrededor del minuto veinte de la maratón femenina, Shige había aparecido en el sofá de enfrente y había dicho:

—¿Qué estás mirando, pa?

Había comenzado a llamarlo «pa» hace seis meses. Aoyama se sentó y prendió un cigarro.

—¿Vas a pasar el domingo en casa, para variar? —dijo.

—Voy a salir más tarde. Hace un calor del infierno ahora. ¿Y eso?

—¿Qué?

—No sabía que te gustaban las maratones.

—No me gustan.

—¿Entonces?

—Las mujeres.

—No se ven muy bonitas. Puro hueso y pellejo.

—Predigo —dijo Aoyama— que eventualmente las mujeres superarán a los hombres en las maratones.

—¿Cómo?

—Fisiología, índice de grasa, cosas así. Espero presenciar el momento histórico en que una mujer se vuelva la corredora más rápida del mundo. Supongo que no pasará hoy, aunque…

Shige sacudió la cabeza y dijo:

—Parece que alguien necesita una vida.

—Tengo una vida. Pero un hombre necesita tomarse un día libre de vez en cuando y solo vegetar. Descansar el cerebro.

—¿Alguna corredora de Uzbekistán? —dijo Shige.

—¿Uzbekistán?

—Hay una chica que veo en el metro a veces, ¿o todos los días? Muy linda. Así que el otro día junté valor y le hablé, y resultó que era de Uzbekistán. Trabaja en una pastelería en Tachikawa y va a la escuela de enfermería. Muy, muy linda, ¿eh? Ni siquiera es chistoso lo feas que son las chicas de mi escuela. En primaria había al menos un par que eran como *wow* pero no sé qué fue de ellas. ¿A dónde van las chicas lindas?

Las cámaras apuntaban a dos corredoras japonesas en el grupo

de enfrente. Ambas lucían del montón, como mucho. Algunos años atrás había habido una maratonista japonesa que Aoyama consideró atractiva. La vio en las Olimpiadas. ¿Había sido en Barcelona o Seúl?

—Las mujeres bellas son como un escarabajo dorado —dijo—, la casi extinta pantera negra, o ese pez prehistórico que encontraron en Madagascar, el celacanto. No es como que uno vaya a encontrarse un escarabajo dorado caminando por la calle, ¿verdad? Tienes que buscarlo en lo profundo del bosque, bajo algún árbol.

—O ir a una tienda de mascotas.

—Esas cuestan una fortuna.

—¿Entonces dónde están las chicas lindas?

—Bueno, hay enjambres de ellas en las salas de audición en Fuji TV
, o en clubs subterráneos mal iluminados en Roppongi, aunque… —Aoyama se detuvo antes de agregar «cuestan una fortuna también». Shige había heredado de su madre un reservado sentido del decoro.

Vieron la carrera en silencio un rato. Aoyama se descubrió pensando en cómo su percepción de las maratones había cambiado. De niño, mirando a Abebe Bikila en las Olimpiadas de Tokio, había sentido que la maratón definitivamente tenía que significar algo. Era fácil sentirse identificado con los corredores, sus sueños y aspiraciones. En ese entonces, Japón como nación aspiraba a algo en lo que cada individuo parecía estar involucrado. Y ese *algo* no era solo crecer económicamente o transformar el yen en moneda internacional. Tenía que ver más con acceder a información. La información era indispensable, y no solo como un medio de satisfacer necesidades como el hambre y la vestimenta y la salud. Luego de dos o tres años del fin de la Segunda Guerra Mundial, el hambre había sido básicamente erradicada de Japón, y aún así los japoneses seguían esclavizándose como si de ello dependiera su vida. ¿Por qué? ¿Para tener una vida más abundante? Y si era así, ¿dónde estaba la abundancia? ¿En viviendas lujosas? La monstruosidad dominaba el ambiente a donde quiera que fuese, y las personas seguían amontonándose cada mañana en el metro con otros trabajadores, accediendo a condiciones que serían fatales para cualquier otro mamífero. Al parecer, lo que los japoneses querían no era una vida mejor, sino más *cosas*. Y las cosas, por supuesto,

eran una forma de información. Pero a medida que las cosas comenzaron a estar a disposición y que la información comenzó a correr tranquilamente, esta aspiración original se perdió entre todo. Las personas estaban infectadas con la idea de que la felicidad era algo que estaba fuera de ellos, y una nueva y poderosa forma de soledad había nacido. Cuando se mezcla soledad con estrés y rabia, toda clase de locuras pueden ocurrir. Crece la ansiedad, y para liberar esa ansiedad la gente se vuelca al sexo extremo, la violencia e incluso al asesinato. Mirando a los corredores de la maratón en los viejos tiempos, daba la sensación de que todos compartían una aspiración fundamental, pero las cosas eran diferentes ahora: nadie lo decía, pero todos avanzaban por sus propias razones personales. Para los japoneses de la generación de Aoyama, esa podía ser una información difícil de tragar, pero…

Shige interrumpió esta corriente de pensamiento.

—¿Y si —dijo— te buscas una nueva esposa, pa?

Esa noche Shige fue a la casa de un amigo, y Aoyama cenó solo.

Rie-san

había dejado una olla con arroz, y él había caminado hasta un local cerca especializado en comida extranjera para comprar un pato asado francés, salmón y setas ahumadas. No era un gran fan de la cocina, pero tampoco le parecía tedioso prepararse una comida. Hirvió las setas y las puso en el plato *Ginori*, colocó encima el salmón, le esparció alcaparras enlatadas, coronó con unos pimientos frescos y terminó con unas gotas de limón y un chorro de salsa de soya. Había más de una docena de distintas variedades de cerveza en el refrigerador, algo que hubiese sido impensable en los viejos tiempos, pensó Aoyama mientras elegía una cepa belga y la abría.

Cuando había ido a conocer a la organista, pasó tres semanas en un pueblo pequeño llamado Wittenberg, en la antigua Alemania Oriental, a medio camino entre Leipzig y Berlín. La comida y los bienes escaseaban, pero se encontraba en el río Elba y el paisaje era pasmosamente hermoso. A diferencia de las grandes ciudades, en ese lugar no había un mercado que proveyera a los extranjeros, así que tuvo que sumarse a los lugareños para comprar pan y para regatear con los granjeros los vegetales, la carne y la cerveza artesanal. Habían sido tres semanas de una sorprendente monotonía, desprovistas de cualquier brillo, pero nunca se aburrió.

Cada tarde a la misma hora visitaba a la vieja organista, que vivía en una sencilla casa de piedra en la cima de la montaña al final del pueblo, y conversaba con ella en su torpe alemán sobre cosas que no tenían nada que ver con la propuesta de concierto. El resto del tiempo caminaba por calles de piedra junto al lento y crecido Elba, o juntaba cartuchos de municiones dejados por los soldados rusos en la Segunda Guerra Mundial, y cada noche se preparaba la cena. La cocina a gas en la pequeña casa que había arrendado era una reliquia y solo prenderla ya era un reto, pero producía una misteriosa llama de un azul claro que no se cansaba nunca de mirar. Aoyama se había sentido verdaderamente satisfecho durante esos días. Y esa sensación lo había cambiado. La satisfacción que había obtenido de planear y llevar a cabo el concierto se volvió su estándar, la medida con la que evaluaría todo lo que hiciera en su vida desde ahí en adelante. Ni cuando tuviese que hacer comerciales de televisión, ni cuando fueran videos promocionales, nunca más se contentaría con ser mediocre.

Debido en parte a esta meticulosidad, sus negocios florecieron, pero el estilo de vida salvaje que llevaba cuando Ryoko estaba sana había perdido todo sentido para él. Lo que no quiere decir que no haya tenido sexo. Siempre había bares y clubes donde uno podía encontrar compañía femenina, y tenía muchas oportunidades de conocer mujeres en su trabajo, pero no se vio envuelto en nada que pudiese llamarse aventura, menos romance. En un momento, todos sus amigos y conocidos insistían en que volviera a casarse. Incluso el padre de Ryoko fue un día a verlo con la foto de una mujer de aspecto elegante en los inicios de sus treinta y comenzó diciendo: «Sé que es muy poco apropiado de mi parte sugerir esto…». Pero Aoyama rechazó todas las ofertas de ese tipo y eventualmente se extinguieron. Se le conoció como fieramente leal a la memoria de su esposa y, pese a que no lo negó, la verdad era que simplemente no quería ser molestado. Podría haber considerado volver a casarse si hubiese sido muy poco atractivo o muy pobre como para satisfacer sus necesidades sexuales, pero ese no era el caso. Las dos metas que se puso luego de la muerte de Ryoko habían tomado más tiempo y esfuerzo del que nunca se hubiese imaginado. Al final logró ambas, lo que de paso solidificó la reputación de su compañía y su estatus, pero no sentía deseos de emplear esa cantidad de tiempo y energía

en una pareja.

Al menos no hasta que Shige hizo la famosa pregunta, a la que agregó:

—Pareces algo decaído últimamente. De verdad, pa. ¿Y si al menos piensas en volver a casarte?

Yoshikawa, un viejo amigo y colega de la agencia de publicidad, había estado haciendo

TV

por alrededor de veinte años, pero ahora se movía en el mundo del cine. Pese a que los caminos de sus carreras habían divergido, él y Aoyama todavía se juntaban seguido. Ambos sentían un profundo respeto por el otro, lo que eliminaba esa sensación semiantagónica que vuelve algunas amistades cansadoras.

Que un hombre talentoso como Yoshikawa pasara de la televisión al cine no tenía nada que ver con que el cine en sí hubiese vuelto a tener el poder y la influencia que alguna vez tuvo. Se debía más bien a los avances en la tecnología digital. Los sistemas privados de visionado digital requerían *softwares* de estándares cinematográficos. Las

TV

de alta definición se obtenían fácilmente, pero la tecnología de cámaras se quedaba atrás y no era factible financieramente hacer películas de alto presupuesto únicamente para el mercado auxiliar. Las negociaciones con los estudios y patrocinadores eran difíciles, de ahí que alguien con la habilidad y experiencia de Yoshikawa fuera indispensable.

Usualmente se juntaban en el bar de algún hotel o por ahí cerca. Yoshikawa lo había invitado a uno en Akasaka para esa noche, un lugar bastante pretencioso con una artista tocando el arpa.

—¿Qué pasó con los bares de verdad? —dijo Yoshikawa. Había llegado cinco minutos tarde y se estaba empinando un jerez con hielo mientras inspeccionaba el local—. Esos lugares en donde un par de hombres de verdad podían relajarse con un trago de verdad. Mira a tu alrededor: nada más que parejas incomprensibles. Mira ese par sorbiendo sus Bloody Mary. Mierda. No reconocerían la delicia de un verdadero Bloody Mary ni aunque cayesen de cara en uno. Ya bueno, dejémoslo. Pero por favor mira a esas dos oficinistas mostrando sus encías a todo el mundo mientras se toman la bazofia

que están tomando. ¿Vasos con asas? Ya te lo digo yo, en cinco años todos los bares en este país tendrán la atmósfera de una cervecería.

—No sé —dijo Aoyama—. No soy de los que piensan que los bares fueran tanto mejores en los viejos tiempos. Para empezar, había más discriminación en ese entonces, y eso nunca es algo bueno. Y creer que los cócteles en esos lugares presumidos eran el estándar de oro es probablemente solo otra ilusión.

—Algo cambió, no obstante. Todo está mezclado. Y no es solo porque los ricos sean más pobres y los pobres más ricos.

—¿No será que sencillamente nos estamos poniendo viejos?

Yoshikawa pensó en ello durante un momento.

—Una cosa puedo dar por segura —dijo—. Todos asumen que el mundo en diez años será más o menos igual que ahora, ¿verdad? Todos pensamos: «bueno, seré diez años mayor», pero asumimos que seguiremos vivos y que nos las arreglaremos como siempre. Pese al hecho de que un terremoto o un ataque terrorista, o muchísimas otras cosas, podrían destrozarnos en lo que palpita un corazón.

—¿Y?

—Que actuamos como si no hubiese prisa en hacer las cosas bien, o en hacer las cosas que queremos hacer. Y cuando digo «actuamos» me refiero a todos: desde el chico cualquiera que agoniza de dolor por no poder invitar a una chica a salir hasta el político que piensa en reformar el código de impuestos. Nadie piensa que tiene que hacerlo *ahora mismo*.

Aoyama había notado que ese tono algo decaído se estaba volviendo común en sus conversaciones con Yoshikawa. Ambos habían entrado en los cuarenta hace poco, pero sonaban como ciudadanos mayores a veces. Hacía algunos años solían bromear acerca de no entender a los «chicos de ahora», pero esto era diferente.

La conversación derivó en la música. Yoshikawa dijo que él y su hijo, que tenía la edad de Shige, escuchaban a los Beatles de vez en cuando.

—Uno pensaría que cualquiera que disfrutara de los Beatles despreciaría a las bandas de mierda japonesas de ahora —dijo—, pero supongo que no es tan así.

Le contó a Aoyama sobre un video hecho por uno de los

miembros más jóvenes de su equipo, que documentaba el concierto de una cantante pop en el estadio de una ciudad provincial. Yoshikawa había visto algunas partes del video, sin sonido, mientras lo editaban.

—Al principio, te lo juro, pensé que era la ceremonia de algún nuevo culto religioso. Cientos de miles de niños, todos vestidos y arreglados de la misma manera, apretujados en el estadio en filas ordenadas, todos de puntillas o gritando o estallando en lágrimas al mismo tiempo. Pero ninguno de ellos, ninguno, parecía estar realmente pasándola bien. Todos parecían sufrir una soledad que helaba la sangre, como si estuvieran varados en el planeta más triste del universo. ¿Qué mierda les pasa a esos chicos?

Justo en ese momento, como si se hubiesen coordinado, la arpista comenzó a tocar *Eleanor Rigby*. «Buena canción», murmuró Yoshikawa, y Aoyama asintió. Los dos escucharon un rato en silencio. Aoyama había comprado el single en su momento, y trató de recordar qué venía en el lado
B.
Pensaba que tenía que ser *Taxman* o *Yellow Submarine* cuando Yoshikawa se lo quedó mirando y le palmeó el hombro.

—Así que por fin estás listo, ¿eh?

Por teléfono, Aoyama había mencionado la idea de volver a casarse.

—Eso es genial —empezó Yoshikawa—. Todos se alegrarán de oír esto. Podría enojarme un poco si es demasiado joven y hermosa, pero bueno… háblame de ella.

—Todavía no la encuentro.

Yoshikawa le dedicó una mirada estrecha, luego le hizo señas a una camarera y pidió otro jerez, esta vez doble. Había cuatro camareras, todas vestidas con largas faldas rojas de terciopelo, todas jóvenes y todas hermosísimas. Probablemente eran estudiantes que trabajaban media jornada, de modo que debían tener unos veinte o veintiún años. Demasiado jóvenes sin importar cómo lo veas, pensó Aoyama mientras observaba esas caderas rojas de terciopelo ondular a través del bar.

—¿Cómo que no la has encontrado? ¿De qué hablas entonces? No será un… ¿matrimonio arreglado? No es que no puedas encontrar a alguna buena de esa forma, pero…

—No, no un *omiai*[1]. Yoshikawa, ¿alguna vez has estado en un *omiai*?

—Jamás.

—Yo tampoco, pero ya sabemos cómo va. Te sientas a cenar con la chica luego de que los intermediarios arreglen todo, y si te gusta y tú le gustas comienzan a salir. Eso está bien, pero si empiezas a salir con ella no es como que puedas pedir otro *omiai* con alguien más, ¿verdad?

Yoshikawa dudó.

—Buena pregunta.

—Estoy bastante seguro de que se supone que te quedes con una chica a la vez, pero ¿quién tiene tiempo para eso? Soy un tipo ocupado.

—¿Qué clase de mujer estás buscando? Más joven supongo.

—No me preocupa tanto la edad, pero nadie demasiado joven. De preferencia alguien que tenga una carrera y que haya sido entrenada en alguna disciplina.

—¿Disciplina? ¿Algo así como *bondage*?

Aoyama rio.

—Imbécil. Me refiero a cosas, como, tú sabes, música clásica o *ballet*, algo de ese tipo.

—Ah. Sombras de Ryoko.

—No necesariamente. Es solo que pienso que nada le da a una persona tanta autoestima como haber sido entrenada en algo clásico. Una persona sin autoestima es incapaz de ser independiente, y las personas que son dependientes de sus parejas siempre generan tristeza. Siempre.

—¿No estarás siendo demasiado quisquilloso?

—¿Tú crees?

—¿Tus opciones son una música clásica o una bailarina de *ballet*? Da igual qué tan buen partido seas, eso es mucho pedir. No eres exactamente Onassis, sabes.

—No tiene por qué ser exitosa en ello, ni siquiera profesional. Solo alguien que haya estudiado seriamente algo.

—Entonces podría ser actriz o cantante pop, ¿no?

—Preferiría alguien que no haya sido contaminada por la industria del entretenimiento.

—No te culpo. Es una industria en donde la gente es comprada y

vendida como ganado, después de todo. Pero pones la vara demasiado alta.

—Sería ideal tener la oportunidad de estudiarla realmente antes de tener algo con ella, además.

—¿Cómo? ¿Con un detective?

—Ponte serio. Me refiero a hablar con ella, hacerle un montón de preguntas sobre sí misma. Por supuesto, la mejor situación sería poder conocer y entrevistar a la mayor cantidad de mujeres posible en un periodo de tiempo relativamente corto. En cuanto a edad, digamos que entre la medianía de los veinte y principios de los treinta. Pienso que…

—Espera —dijo Yoshikawa. Tomó un sorbo de su nuevo vaso de jerez, descansó el mentón en su puño, pensando—. Solo hay una forma de hacerlo —dijo finalmente y bebió de nuevo—. Hagamos una audición.

2

—Confía en mí. ¿Alguna vez te he fallado? Cuando se trata de audiciones, soy un profesional, lo sabes. Déjamelo a mí.

Yoshikawa se entusiasmó extrañamente esa noche. No contento con beber tranquilamente en el bar del hotel, arrastró a Aoyama a un taxi y lo llevó al que llamaba «su lugar especial», un club en Roppongi. Las anfitrionas lucían vestidos de noche transparentes y la decoración era de estilo italiano, con sofás de cuero y paneles grabados que separaban las mesas. Había maceteros con plantas de aspecto fogoso y extranjero situadas estratégicamente por toda la habitación, y un euro *jazz* inorgánico se reproducía en el sistema de sonido. Pese a que Aoyama sabía que un lugar como este podía ser espantosamente caro, no lograba ver qué lo hacía tan único. Estaba lleno, con hombres sentados incluso en la barra, pero Yoshikawa fue recibido por el equipo como si se tratara de una celebridad. Los llevó a un sofá con forma de L un camarero de una impronta que no solía verse en los exclusivos abrevaderos como este: un tipo al final de sus veinte con facciones cinceladas, *piercings* en ambas orejas, nariz y labios, en un traje marrón verdoso. Dejó la botella de un Ballantine's de treinta años en la mesa redonda junto a una cubeta con hielo, un expendedor de soda y vasos, y les expresó su esperanza de que no les molestara esperar unos diez o quince minutos. Se refería, por supuesto, a que todas las anfitrionas se encontraban ocupadas en ese momento.

—Definitivamente una atmósfera relajada —dijo Aoyama cuando el camarero retrocedió—, ciertamente elegante. Pero ¿qué es exactamente lo que tiene de especial?

—Muy simple. No hay *bimbos*. Desde que fue la burbuja financiera, las únicas mujeres en los ruinosos clubs de Ginza son

esas idiotas que lucen como si recién se hubieran bajado del caño de una disco cualquiera, ¿cierto? Es como lo que decías hace un rato: las mujeres que realmente quieren hacer algo con sus vidas evitan volverse cabezas huecas. Las chicas aquí no solo son bellísimas, todas trabajan para iniciar una carrera como cantantes, bailarinas o actrices. Ser anfitriona en un lugar como este es de hecho una forma relativamente saludable para que una artista se las apañe. Te sorprendería lo difícil que es seguir una carrera en el mundo de las artes sin terminar haciendo porno o modelaje de desnudos. O sea, ¿tienes idea de cuántas mujeres se hacen llamar actrices hoy en día? Es una pandemia. En cada esquina hay una actriz y rara vez es un rostro que reconocerías. No es como que estemos haciendo muchas más películas que antes, pero aún así el número de actrices ha aumentado exponencialmente. Es realmente extraño, si me lo preguntas. Pero podemos usarlo a tu favor.

Se refería de nuevo a la audición. Para Aoyama las audiciones no eran nada nuevo, había supervisado varias para comerciales de televisión y videos promocionales. Sentado en un estudio, comparando a una quincena o veintena de candidatas en traje de baño, siempre se le venían a la mente palabras como «trata de esclavos» o «subasta de lotes». Por supuesto que no eran esclavas, pero las chicas que se alineaban en esa pequeña plataforma, posando con sus bikinis, ciertamente intentaban venderse. La compra y la venta eran la base de todo intercambio social, y el patrimonio que una actriz o una modelo ofrecían a la venta era nada menos que su propio ser. ¿Era realmente correcto, se preguntó Aoyama, sacar ventaja de un sistema así para encontrar esposa?

—¿Qué pasa? —dijo Yoshikawa—. Ni siquiera estás tomando. ¿Qué? ¿No te gusta mi brillante, sublime idea?

—No digo que no me guste —Aoyama tomó su vaso y bebió—. Solo tengo mis reservas.

—¡Pero si es la única forma concebible de cumplir tus expectativas! ¿Te preocupa el dinero?

—El dinero es una cosa. ¿Qué pasa con el conflicto de interés?

Yoshikawa asintió.

—Entiendo. Pero no soy tan estúpido como para organizar una audición solo para ti. Eso sería fraude, después de todo.

—¿Fraude?

—Mira. Siempre puedes publicar un anuncio que diga: «Se busca segunda esposa para viudo exitoso de cuarenta y dos años». ¿Pero crees que así podrás escoger entre docenas de jóvenes bellas y talentosas?

—No.

—Por otro lado, no podemos audicionar mujeres para una película que no tenemos intención de hacer. Eso sería fraude se mire por donde se mire. Lo que pienso es lo siguiente: crear realmente un proyecto de película. Una historia de amor, naturalmente. Necesitamos una protagonista, y tiene que ser un rostro nuevo, una promesa. En los inicios de sus veinte o treinta, por decir algo. Solo postulantes con sólidos antecedentes en alguna disciplina clásica. Eso será parte integral de la historia que queremos contar, que la protagonista sea una devota de su arte. Así que todas tus condiciones estarán ahí mismo, en el llamado a *casting*.

—¿De verdad vamos a hacer una película?

—No dije eso. Hay muchísimos proyectos de cine que fracasan año tras año por falta de patrocinadores.

—¿Pero no es fraude entonces?

—No, qué diablos. Hay una gran diferencia entre lanzar una audición para un proyecto que jamás tuviste intenciones de hacer, y lanzar una para un proyecto hecho seriamente, para el cual trabajas activamente en conseguir inversores y una protagonista y un guion.

—¿Es posible que terminemos haciendo una película entonces?

—Las posibilidades no son muchas, pero nunca sabes en la industria del cine. De hecho, con las películas tus probabilidades son incluso mejores si solamente estás tanteando el terreno.

—¿En serio?

—No. Pero lanzarse con tenacidad tampoco ayuda. Hasta que algo cambie en la industria del entretenimiento en este país, cosas como la tenacidad y el hacer planes nunca terminan por sí mismas logrando nada.

—¿Así que me casaré con la protagonista?

—¿Por qué no?

—Bueno… si es una historia de amor, eso quiere decir que en la película ella tendrá algo con un actor. Para ser honesto, no creo que eso me agrade del todo. Además, si realmente hacemos la película,

la chica se volverá una actriz de verdad, y tengo mis dudas de si es posible tener una vida tranquila con una actriz. Quizá hablo desde el prejuicio, pero siempre me han parecido gente más bien extraña.

—No es prejuicio tuyo, es la realidad. No existe tal cosa como una actriz con una personalidad estable. Muéstrame a una y me afeitaré la cabeza, me meteré un pepino en el culo y caminaré con las manos por el atolón de Moruroa. Así que sí, tienes razón. Sería un error casarse con la que logre el papel. Además, como las posibilidades de hacer la película son bajas, ¿qué le vas a decir cuando el proyecto se desintegre? ¿Cómo le dices a tu futura esposa, que está toda emocionada por protagonizar una película, que no lo hará después de todo? No importa qué tan fuerte sea su amor, te garantizo que será el fin. No, la protagonista no. Ni siquiera una de las finalistas. Lo que quieres es una de las chicas que sobreviva a las primeras etapas, a los primeros filtros, una que no esté hecha para ser actriz, pero que sea lo suficientemente intrigante como para llamarla a una entrevista. Quizá no te hayas dado cuenta, pero por ahí hay algunos grandes tesoros enterrados. Si logramos inyectar algo de dinero como para que postulen alrededor de mil mujeres, vamos a encontrar alrededor de una docena de ellos. Del tipo que el noventa por ciento de los hombres se voltearía a mirar, pero que tiene mucho más que solo la apariencia. Algunas de estas joyas ocultas se graduaron de las mejores escuelas, además. No digo que eso te importe mucho, pero hablo de mujeres genuinamente inteligentes, expertas en *ballet* o piano o cosas así, elegantes y refinadas, nada cursis ni vacías. Mujeres que te hacen pensar, tú sabes… si tan solo fuera veinte años menor. Bueno, en todo caso cuando yo era veinte años menor no tenía el dinero ni el estatus para conseguirlas, pero igual. Mujeres del tipo que, por decirlo de alguna forma, querría que se casaran con mi hijo.

Genial, se abstuvo Aoyama de decir mientras Yoshikawa mezclaba otro trago. *Así que solo engañaremos a chicas de la mejor calidad*. Pero pese a sus reservas no podía evitar imaginarse rodeado de diez o doce bellas, inteligentes y refinadas chicas. ¿Qué hombre, sin ser homosexual o mentalmente débil, no sentiría placer con una fantasía así? La imaginación masculina es una cosa poderosa, y fue suficiente para nivelar la balanza. Y para sellar su

destino. No tenía forma de saber los horrores inefables que le aguardaban.

—Bueno —dijo Yoshikawa—, probablemente quieras oír más sobre cómo haremos la audición, ¿verdad?

Aoyama asintió. Bebió la mitad de su vaso de *whisky* con soda y se tomó un momento para mirar el lugar. No había tantas anfitrionas, pero incluso en la luz tenue quedaba claro que eran de primera categoría. No había nada vulgar en su maquillaje ni en su vestimenta, nada de esos vestidos Chanel que eran el uniforme estándar de las anfitrionas en ese entonces. Tampoco estaba ese tipo de cliente previo a la burbuja, los grandes ejecutivos o los agentes inmobiliarios con sus trapos Armani y sus cortes de pelo de camionero. Estos eran hombres que parecían estar en el negocio de la música o de la alta tecnología. Con dinero para quemar, pero igualmente subyugados; no por alguna adherencia al decoro y la moderación, sino simplemente porque no sabían cómo disfrutarlo. Las anfitrionas se sentaban elegantes aunque atentas junto a estos hombres callados, y Aoyama se descubrió observándolas de una forma que había olvidado desde la muerte de Ryoko. La mirada hombruna.

—Dependiendo de cómo te lo tomes —dijo Yoshikawa— no hay límite a la cantidad de dinero que puedes llegar a gastar en una audición. Pagar una página entera en el *Asashi vespertino* o en *Pía* o en el *Tokio Walker* nos sacaría millones de yenes de un solo golpe. Y los medios realmente efectivos de ese tipo se reservan con unos seis meses de anticipación. Así que olvidémoslo. Los periódicos y las revistas son herramientas poderosas, pero tampoco apuntan a lo que buscamos realmente. ¿Qué tal los medios nuevos, me preguntarás, internet y ese tipo de cosas? Bueno, tampoco funcionan tan bien. ¿O crees que una mujer del tipo que cualquiera querría de amante o de esposa tendría interés en un medio enteramente dominado por *geeks* con demasiado tiempo?

»Así que… esto puede sonar un poco anticuado, pero se me ocurre una radio
FM.
No de esas para niños, *Wave*
J
o lo que sea, sino *Tokio 1*

FM
. Soy bien amigo de un ejecutivo de ahí, Yokota. Es un imbécil hasta la médula de sus huesos, pero me debe un gran favor: una vez estuvo a punto de perder su trabajo hasta que le salvé el pellejo consiguiéndole toda una parrilla de patrocinadores. La radio es mucho más barata que la tele, y es fácil engatusar a treinta o cuarenta patrocinadores con solo decirles que las
FM
están por volver con más fuerza que nunca. Los departamentos de publicidad, como sabrás, están llenos de gente cuyos lóbulos frontales están tan subdesarrollados que si los halagas un poco jurarán que la caca es plata. Hablaré con Yokota y nos secuestraremos uno de sus espacios regulares para crear *hype* sobre la audición. Tengo conexiones con varias de las productoras detrás de los programas de Yokota, así que suponiendo que pueda traer el auspicio no tendríamos ningún problema. Confía en mí, Yokota no va a negarse si le pido que dedique durante tres meses un programa regular a un tema como, no sé, "¿Dónde está nuestra protagonista?". ¿Qué tal *La heroína del mañana* como título? Pondré a los redactores de mi oficina a hacer el guion. No importa quién lo dirija, da lo mismo, pero la presentadora del programa tiene que ser una mujer. Para los interludios musicales usaremos canciones de películas famosas. Elegiremos un horario de tarde-noche, porque quieres llegar a las estudiantes primero, y en todo caso no quisieras llegar a mujeres con trabajos regulares. O sea, ¿oficinistas? Olvídalo. No es que no haya ninguna oficinista guapa, pero frente a una mujer responsable con un trabajo regular no es tan fácil poner la carnada y que pique.

»Tranquilo. No quería que sonara así. No vamos a engañar a nadie. Solo quiero decir que la motivación para morder el anzuelo, tentarse con el sueño, no sería tan fuerte en una mujer oficinista. Muchachas solteras que pasan en casa, ese es nuestro objetivo real. El eufemismo es "cuidadoras del hogar", pero no hay muchas que en verdad ayuden con la cocina y la limpieza. Las horas más largas para ellas son las tardes. Están levantadas y arregladas sin nada que hacer. Es demasiado temprano para una película o un concierto o una cita, nada decente en la tele, así que en lugar de jugar con sus pezones y masturbarse comienzan a mover los botones y diales de la

radio. El día recién comienza para ellas, así que buscan algo ligero y apacible. ¿Por qué no escuchar *La heroína del mañana*? La dama encargada de presentar tiene una voz rasposa y dulce. "¿Qué es más romántico que una rosa que aún no brota?", dice, "Imagina un momento. ¿Cómo crees que Audrey Hepburn pasaba sus días antes de debutar como actriz? ¿O Vivien Leigh? ¿O Julia Roberts? Todas ellas eran iguales a ti. Vivían cada día sin saber que pronto brillarían en la gran pantalla y en los corazones de millones de personas. Así es. No eran más que ellas mismas, las personas que eran *antes* de volverse heroínas. Y hoy, las heroínas del mañana están ahí, siendo ellas mismas, viviendo sus vidas, igual que tú. De hecho, ¡la heroína del mañana podrías *ser tu*!".

Las vacaciones de verano casi se terminaban para Shige. Había hecho un calor asfixiante ese verano en Tokio, y con un viaje entre amigos, un campamento con los del club de esquí de la escuela y una larga visita a los padres de Ryoko, no había estado mucho en casa. Aoyama, por su parte, había tenido varias presentaciones para comerciales de televisión justo antes y después del feriado *Obon*, así que ya era fines de agosto cuando tuvieron la oportunidad de viajar juntos, como hacían casi cada año, al pequeño hotel cerca del lago Yamanaka. Cuando aún trabajaba en la agencia, Aoyama había usado ese hotel como set de fotos para promocionar un *whisky* importado, y le gustó tanto la privacidad y la atmósfera tranquila del lugar que comenzó a hacerle visitas anuales.

Fue primero solo con Ryoko. Luego Shige los acompañó como un bebé en brazos, luego como un niñito y luego como un niño. Y durante los últimos siete años, en cada uno de los cuales Shige parecía crecer al menos una cabeza de altura, los dos continuaron sus visitas.

El hotel se encontraba en un área de densa naturaleza, a unos quince minutos en auto desde el lago. No era particularmente lujoso, la comida no era nada para emocionarse y los clientes frecuentes no recibían ningún trato especial. Pero la construcción, hecha de piedra y madera y estuco, se mezclaba a la perfección con los bosques alrededor, las dos canchas de tenis estaban bien mantenidas, y cada una de las habitaciones (menos de una veintena) eran espaciosas y acogedoras. Lo mejor era la privacidad y el hecho de que no existían esas interacciones forzosas con otros

invitados que se daban en tantos otros *resorts* y *bed-and-breakfasts*. Aoyama tenía incontables recuerdos de sus días y noches ahí con Ryoko. Viajaron mucho juntos en el periodo justo antes y después de su matrimonio, pero este fue el único lugar al que decidieron volver cada año. La primera vez habían ido en un Bluebird 3S que les prestó un amigo, y disfrutaron tanto el camino de fin de verano por la autopista Chuo hacia el lago Yamanaka que terminaron comprando su primer auto, un Audi usado por el que pidieron un préstamo por treinta meses. Del Audi usado pasaron a uno nuevo, y después a un Mercedes 190, aunque desde la muerte de Ryoko Aoyama había vuelto a sedanes domésticos simples.

El verano que siguió a la muerte de Ryoko, Aoyama había decidido, luego de dudarlo un poco, ir y pasar algunos días en el hotel con Shige. Shige estaba en tercer o cuarto año en ese entonces. El encargado del hotel, un fanático de Schumann, no sabía del fallecimiento de Ryoko. Bajó a la acera para saludarlos y abrió la puerta del lado del copiloto solo para hallar el asiento vacío. «¿La señora se nos unirá después?», preguntó, y desde el asiento de atrás Shige, con una voz extrañamente luminosa, dijo: «mamá murió». El canto de las cigarras y los pájaros perforó el aire helado, y Aoyama pensó: *Nunca más se parará en la grava de este estacionamiento*. Cuántas veces había bajado del auto en este mismísimo lugar, vestida con cuántos diferentes colores y estilos de zapato, y había dicho, como siempre: «Aquí de verdad puedes sentir cómo se va de a poco el verano, ¿verdad?». Tuvo que enfrentar el hecho de que jamás volvería a escucharla decir esas palabras de nuevo y que nunca más vería sus pies delgados dejar una huella en la grava. La muerte de alguien cercano, observó en ese momento, era algo que aceptabas de a un hecho concreto a la vez. Durante cuatro días, en los cuales él y Shige jugaron un sin fin de partidos de tenis, se preguntó si un niño de ocho años sería capaz de aceptar algo así. Ambos eran terribles en el juego en ese entonces, así que pasaban más tiempo recogiendo las pelotas que pegándoles, pero Shige nunca se quejó de aburrimiento ni preguntó si podían parar. Incluso él, con sus ocho años, parecía darse cuenta de que no había nada más que hacer.

Ahora Shige tenía quince.

—Espero que *Gangsta* se lleve bien con

Rie-san
—dijo desde el asiento del copiloto. Era un día de semana de fines de agosto, y los carriles hacia el oeste estaban prácticamente vacíos. El cielo estaba azul y despejado, y una vez que pasaron el lago Sagami pudieron ver el perfil de un Monte Fuji sin nieve—. No parece gustarle mucho, incluso considerando que es ella quien lo alimenta todos los días.

Habían comprado a *Gangsta* en una tienda de mascotas del vecindario hacía cinco años. Antes habían tenido un perro salchicha, y cuando Ryoko estaba viva un terrier escocés. Shige había escogido y bautizado al beagle, pero, siendo el niño de entusiasmo cambiante que era, pronto le cedió a
Rie-san
el placer de alimentarlo dos veces al día, y era Aoyama el que solía sacarlo a pasear. Pero Shige todavía pensaba en *Gangsta* como suyo.

—¿A qué te refieres? —dijo Aoyama—. Siempre están jugando en el patio.

Se sentía acomplejado pero entusiasmado. Yoshikawa había hecho los preparativos para la audición con deslumbrante velocidad y con un fervor algo desconcertante. Le había dicho a Aoyama que el programa de radio había sido aprobado de inmediato. Y ahora ya se encontraba al aire.

—Mi equipo lo planeó todo —dijo Yoshikawa—. El título es *La heroína del mañana*, tal como te dije al principio. Qué risa, ¿eh?

Luego había descrito a la anfitriona del *show* como una cantante de *jazz* de treinta años que justo había vuelto de un largo viaje en Estados Unidos, y dijo que la idea de revelar poco a poco la historia de la película había funcionado bien y que el *rating* era excelente.

—Al principio pensé que quedaría en deuda con Yokota, pero los números son tan buenos que él terminó agradeciéndome a *mí*. La mayoría de los jóvenes de mi equipo son fanáticos de las películas, así que el proyecto se ha desarrollado hasta ahora por sí solo. Tienen reuniones con distribuidores grandes y con potenciales inversionistas cada día, y los guiones radiales se escriben sin que yo tenga que pedirlo. Está cobrando vida propia… tanta que alguien podría preguntarse por qué tienes que estar tú en la audición. Así

que esto se me ocurre. ¿Te acuerdas de ese documental del que me hablaste? ¿Ese que hiciste en colaboración con la
TV
alemana hace un tiempo? Ese que trataba sobre una bailarina con mala espalda y su mecenas millonario… también había un niño autista, ¿no? Podríamos usar eso como la base para nuestra historia, de modo que sería perfectamente natural que seas uno de los productores. Además, es una historia con mucho potencial. Más allá de encontrarte la esposa perfecta, es posible que terminemos de verdad haciendo una película y embolsándonos una buena cantidad de billetes. Por supuesto, si todo sale *así de bien*, los dioses probablemente tendrán que compensar tirándonos un rayo, pero bueno… en todo caso el programa solo ha sido transmitido tres veces hasta ahora, pero escucha esto: hemos recibido más de dos mil postulaciones. Dos mil mujeres entre las que escoger a tu esposa. El gran rango de edad no es que haga daño, pero ¿sabes qué? Quizá tener motivos ulteriores es lo que se necesita si realmente quieres grabar una película.

—Puede que *Gangsta* no lo parezca —dijo Shige—, pero es muy delicado y sensible. Es como tímido. No se da con cualquiera. Y
Rie-san
no es del todo perfecta, ¿cierto? Siempre rompe la loza cara que compró mamá.

—Son solo tres días. Estoy seguro de que ambos sobrevivirán.

Antes de partir, Shige había arrendado vhs de diez o doce películas de guerra y las había empacado junto a una tele de dieciocho pulgadas con reproductor incluido en el maletero. Decía algo sobre el Viet Cong, pero a Aoyama no le iba muy bien oyéndolo. Lo único en lo que podía pensar era en las dos mil postulantes. Dos mil era una cifra que no podía ni siquiera concebir en su mente, pero le otorgaba una sensación eufórica de posibilidades sin límite. ¡Qué diferente era esto comparado con ese verano luego de la muerte de Ryoko! Todo lo que pensaba mientras manejaba ese verano era que no podía dejar que su hijo de ocho años lo viera llorar. Eventualmente hasta las más profundas heridas sanaban y nuevas oportunidades surgían alrededor. Era una verdad obvia, quizá, pero ahora le llegaba como algo profundo y liberador. Después de hacer el

check-in
, él y Shige jugarían tres sets de singles, se turnarían para sumergirse en la bañera de ciprés, saldrían a un restaurant chino con vista al lago, donde la sopa de aleta de tiburón y el *Bao yú* eran excelentes, luego volverían a ver *Hamburger Hill* o *Platoon* o *Rambo*… era todo muy simple y saludable y gratificante.

—No es que sepa tanto sobre el Vietcong —decía Shige— ¿pero de verdad eran tan fuertes?

—¿En la selva? —dijo Aoyama—. Imbatibles.

—Ni siquiera los boinas verdes podrían con ellos, ¿verdad? ¿Y los Spetsnaz?

—Los Spetsnaz nunca pelearon contra el Vietcong.

—¿Pero y si hubieran peleado? Los Spetsnaz probablemente también perderían, ¿o no?

—No creo que nadie hubiese podido derrotar al Cong en su propia selva.

—Con sus increíbles trampas cazabobos, ¿eh?

—Hm. Fosas poco profundas llenas de bambúes afilados ocultos bajo una capa de hojas. Agujeros pequeños para desgarrar piernas. Troncos con lanzas sobresalientes que volaban para apuñalarte en el pecho.

—Y escuché que rociaban las puntas con veneno o caca humana.

—La mierda es gratis, después de todo, no como las balas y los helicópteros.

—Terrible. Apuesto a que usaban la caca más asquerosa que podían encontrar. Les pedían a todos una muestra y elegían la que tuviera más bacterias y cosas así.

Mientras andaban, escuchaban a los Beatles en su etapa intermedia. Este era el resultado de un acuerdo: Aoyama hubiese preferido algo clásico, pero Shige iba por los inicios de Komuro Tetsuya. *All you need is love* había terminado recién. Aoyama miró su reloj, luego apagó el reproductor de
CD
y puso la radio *1*
FM
. Una suave voz femenina ronroneó desde los parlantes y Shige dijo:

—¿Qué es esto? ¿Por qué escuchamos la radio?

La heroína del mañana. ¿Dónde está ella ahora? Los sueños de

verdad se vuelven realidad, y lo sabes. Todo lo que se necesita es algo de coraje…

Las primeras revisiones de los bosquejos comenzarían cuando volviera del lago Yamanaka. *Dos mil mujeres*, pensó Aoyama…

3

Esa noche, en la habitación del hotel, vieron una trilogía de películas de Rambo. En la mitad de *Rambo: primera sangre*, Shige la declaró una gran película, e incluso soltó algunas lágrimas hacia el final. Pero con la segunda y tercera entrega se mostró cada vez más descontento, y en el momento en que llegaron a la escena final de *Rambo III* ya se encontraba derechamente indignado.

—¿Pero qué es esta basura? ¡Es ridícula! ¿Cómo un solo hombre a caballo va a destruir un helicóptero de combate con un arco y una flecha? Deben pensar que somos todos tontos los que vemos esta mierda. ¿Quién se supone que es? ¿Genghis Khan?

Eran pasadas las dos de la mañana cuando la tercera película terminó. Shige dijo que se conectaría a internet y que quería la habitación para él solo porque no se podía relajar junto a un analfabeto computacional mirando sobre su hombro.

—¿Y si vas a tomar algo por ahí? —le dijo a su padre.

Aoyama dejó obedientemente la habitación con un vaso y una botella de coñac. El hotel se encontraba en absoluto silencio, pero había luces en el salón junto al *lobby*, un lugar acogedor con sillones cómodos y lámparas para leer. Se sentó en la luz tenue, pensando en la audición y en Ryoko mientras disfrutaba del calor líquido del coñac que bajaba por su garganta. La muerte de Ryoko, como había reflexionado muchas veces antes, había sido un punto de quiebre para él. Ciertamente no fue algo que se hubiese esperado, y no se sentía en ningún caso contento con que hubiera pasado. Pero a veces pasan cosas que nadie se espera. Eventos que hacen que todo por lo que has trabajado, la vida que has construido cuidadosamente, pieza por pieza, se derrumbe a tu alrededor. Nadie tiene la culpa, pero te quedas con una herida que no puedes sanar por ti mismo y crees que nunca aprenderás a aceptarla, así que

luchas para escapar del dolor. Solo un montón de tiempo puede sanar heridas así de profundas, y lo único que realmente puedes hacer es ponerte en sus manos e intentar considerar el paso de cada día como una victoria. Lo superas momento a momento, hora tras hora, y luego de algunas semanas o meses comienzas a ver signos de mejoría. Lentamente la herida sana y se vuelve cicatriz. Pero no puedes esperar que un niño entienda eso. Durante meses luego de la muerte de Ryoko, Shige se había comportado como si estuviese en una especie de misión maniática. Se inscribió en clases de tenis en dos clubes distintos, jugaba videojuegos y perdía el tiempo en el computador toda la noche, e incluso comenzó a meterse en peleas en la escuela. A veces llegaba con el rostro ensangrentado. Era como si se hubiese abandonado a su desesperación, pero Aoyama sabía que la verdad era que Shige buscaba fervientemente algo. Algo que, una vez que lo encontrara, le evitaría tener que sentir el dolor de su herida. Confiarse al tiempo era exterminarse a uno mismo, aceptar temporalmente una muerte. Un niño no sería capaz de tal nivel de desapego. Para Shige no era cuestión de si podía encontrar o no lo que buscaba: el solo hecho de buscar servía para distanciarse de la herida. Por supuesto, la misión que se impuso Aoyama de traer a la organista legendaria a Japón cumplió un propósito similar. Si la muerte de Ryoko no hubiese ocurrido, nunca hubiera empezado el proyecto. Y si no fuera por ese proyecto, la persona que era ahora ni siquiera existiría.

En la mesa lateral de teca pulida había una copia del *Newsweek*, que tomó y comenzó a hojear. Debió olvidarlo algún huésped estadounidense, pensó, el encargado del lugar no era del tipo que desperdigaba semanarios extranjeros en la atmósfera. Una de las fotos de la revista le llamó la atención. Un joven vagabundo en Nueva York.

A los dieciséis, decía la bajada, *este chico nunca ha sido abrazado*. Aoyama observó un momento la cara del niño. Era la de un ser humano hecho exclusivamente de heridas. Sin tiempo ni historia ni ambición, solo heridas.

La cara de una persona que podría matar a alguien sin sentir absolutamente nada.

… cuando el negocio de mi padre falló, con mi familia nos

mudamos de la gran casa en la que vivíamos a un departamento de un ambiente. Tenía una montaña de deudas, pero recuerdo haber sido muy feliz ahora que pasaba mucho tiempo en casa. Tara el Año Nuevo de ese año, las calles estaban llenas de personas con sus mejores prendas, pero nosotros no teníamos ropa bonita que usar y nuestra habitación era fría y oscura. Nos arropamos con frazadas y vimos una película en la tele. Era una comedia vieja, de esas que te mantienen pegado pero que después se ponen un poco tristes y al final te hacen llorar. Así que todos (mi mamá, papá, mi hermano mayor, mi hermanita menor y yo) reímos y lloramos y pasamos un momento realmente hermoso juntos. Esa experiencia significó tanto para mí que despertó un poderoso deseo: algún día hacerme actriz y aparecer en películas…

—Como que te toca una fibrita, ¿cierto? —dijo Yoshikawa. Yoshikawa era ahora jefe de sección de *marketing* en la mega agencia en la que Aoyama había trabajado, y se encontraban en su oficina, mirándose de frente sobre una pila de currículums en la mesa de centro—. Hacer que incluyeran un breve ensayo junto al currículum y a la foto fue una gran idea. El ensayo, sorprendentemente revelador, te da una imagen más clara incluso que una foto de la persona. Pero mira las postulaciones: terminamos con *cuatro mil*, amigo. Aquí sobre la mesa hay unas cien de las más prometedoras, y nos gustaría estrecharlas a una treintena hoy. Cualquiera que te guste, déjala en este archivo. ¿Te parece?

Alguien golpeó la puerta. Una empleada joven entró con una taza de té para Aoyama. La oficina no era tan grande, pero era privada. Frente al sofá había un gran escritorio y un muro de vidrio que permitía contemplar Ginza. Los ojos de Aoyama siguieron a la joven mientras dejaba la habitación. Un fotógrafo con el que solía trabajar le había dicho que cuando uno alcanza los cuarenta comienza a fijarse más en las piernas de las mujeres que en sus caras o pechos. Proponía una teoría: que las piernas de las jóvenes japonesas representaban lo mejor de los cambios que habían ocurrido en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Aoyama se inclinaba a pensar que era así.

Echó un vistazo a la pila de currículums y suspiró. Era innegable lo discriminatorio que era el proceso. De las cuatro mil aspirantes, este centenar en particular de sobresalientes se apilaba en la mesa, mientras los currículums de las tres mil novecientas aspirantes restantes estaban guardados en cajas de cartón en la esquina de la habitación. Ahora debía desechar a setenta de las cien. *Desechar*, pensó, qué fea manera de ponerlo.

—Comenzaremos las entrevistas el próximo lunes —dijo Yoshikawa—. Nos tomará al menos un par de días. Tengo reservada la sala de conferencias, y supongo que estarás disponible.

—¿Crees que de verdad terminemos haciendo una película?

—No sé. El guion está listo, pero si lo poco que he leído puede ser un indicador, apesta. Y no estamos logrando nada con la búsqueda de auspiciadores. En este país, como sabrás, conseguir un elenco o director tiene una importancia secundaria. Los únicos absolutamente esenciales son el guion y el dinero.

Aoyama frunció el ceño.

—Entonces no pinta bien —dijo.

—Mira, nuestra meta principal es encontrarte una esposa, ¿cierto? No me digas que empiezas a sentirte culpable. Ya no hay vuelta atrás, compañero. De todos modos, ¿qué es lo terrible de lo que estamos haciendo? Hablamos de tu novia, tu esposa, la mujer que querrás el resto de tu vida. Lo que quiero decir es que si solo estuvieses buscando una amante o algo así deberíamos preocuparnos por el castigo divino, pero…

Castigo divino. Aoyama repitió esas palabras por lo bajo con un siniestro esbozo de sonrisa.

—No confíes en las fotos —le advirtió Yoshikawa—. En una foto, incluso en una no profesional, la misma mujer puede lucir asombrosamente bella o espantosamente horrible. Así que si alguna te da la sensación de que vale la pena conocerla, solo agrégala al archivo.

Aoyama asintió y se paseó por los currículums. A juzgar por las fotos, justamente como le habían dicho que no hiciera, la mayoría de las chicas eran bellísimas, pero les dio preferencia a las que tenían formación en alguna disciplina clásica. Los ensayos abordaban una gran variedad de temas, aunque la mayoría decía

cosas como *pienso que sería una buena actriz* o *sé que nací para actuar* o *creo que una carrera de actriz me otorgaría las mejores oportunidades para expresar mis talentos* y terminaban con una súplica para que les dieran una oportunidad. Aoyama no lograba entender por qué tantas chicas pensaban que tenían aptitudes para algo que nunca habían intentado. Eso quería decir, seguramente, que estaban insatisfechas con sus circunstancias actuales. Más que aspirar realmente al oficio de la actuación, simplemente anhelaban una vida nueva y más emocionante. Era imposible para él ver a una mujer así como compañera de vida. Algunas eran tan bellas que lo dejaban sin aliento, y muchas aseguraban logros en música o danza o en lenguas extranjeras, pero algo malo tenía que haber en una mujer que soñara con ser actriz, ¿o no? En ese caso, quizá todo había sido una pésima idea. Así pensaba Aoyama hasta que, mientras hojeaba los currículums, se topó con una foto que lo detuvo.

Nombre: Asami Yamasaki
Edad: 24
Peso: ?? kilos
Busto: 82 cm
Cintura: 54 cm
Cadera: 86 cm
Lugar de nacimiento: Nakano, Tokio
Experiencia laboral: renuncia reciente luego de dos años en una gran compañía de comercio
Hobbies: música y danza (doce años de ballet clásico)
Talentos especiales: danza, piano, repostería

… luego de dejar la compañía, estaba pensando que tal vez era el momento de empacar mis cosas y partir a España, donde siempre he soñado con vivir. Pero entonces escuché sobre esta audición en la radio. No podría decir que tengo un talento especial para la actuación, y no espero en realidad que mi postulación sea tomada en serio. Pero me vi tan arrastrada por la historia que me sentí obligada a responder. La historia de una bailarina cuya carrera se ha

terminado debido a una lesión en la espalda… sucede que estudié ballet durante muchos años, pero tuve que parar cuando, a los dieciocho, me lastimé la cadera. En todo caso supongo que no tenía en verdad lo necesario para convertirme en una «prima ballerina». Pero la lesión ocurrió justo cuando me preparaba para enrolarme en una escuela de ballet en Londres, y se sintió como el fin del mundo. Me tomó muchos años recuperarme de esta decepción. Corro el riesgo de sonar excesivamente dramática, pero fue un proceso no muy distinto al de aprender a aceptar la muerte. Así de poderosa fue la herida que afectó mi vida, y es la razón de por qué sentí tanta empatía por la protagonista…

Aoyama se detuvo a mirar la foto de Asami Yamasaki un buen número de veces mientras leía y releía el ensayo. Era una foto simple, pero su mirada directa, de abajo hacia arriba, era fascinante. Había algo poderoso en esos ojos, y su nariz fuerte y sus labios sensuales le hicieron pensar en Ryoko.

Al final seleccionó treinta y una candidatas para ser entrevistadas, aunque Asami Yamasaki era la única que realmente le interesaba. Cuando volvió a su oficina ese día, le contó a parte de su equipo sobre la audición, aunque naturalmente omitió la parte en que buscaba esposa. Les explicó que un amigo y colega de sus días en la agencia había pedido los derechos para basar el guion de una película en uno de sus documentales.

—Yo mismo podría terminar en los créditos como productor —les dijo—, sin ningún riesgo en absoluto para nuestra firma. Si la película llegase a hacerse, por otro lado, recibiremos un pago por la idea original, e intentaré conseguir los derechos en video también.

No esperaba que nadie se opusiera, y nadie lo hizo.

Incluso cuando hablaba con su equipo, Asami Yamasaki estaba en la mayor parte de sus pensamientos, y seguía estándolo cuando volvió a casa esa noche y sacó a *Gangsta* a dar un paseo. Apenas podía creérselo, pero ya había decidido que ella era la que buscaba. El factor decisivo no era su belleza, o el fuego en sus ojos, o su historial de bailarina, sino más bien esas palabras en su ensayo: *fue un proceso no muy distinto al de aprender a aceptar la muerte*.

Siendo un beagle, *Gangsta* tenía una gran pasión en su vida: explorar olores. En sus paseos, solía pasar más tiempo olfateando cosas que deambulando. Normalmente Aoyama tiraría de la correa, apurando al perro a caminar, pero esa noche su cabeza estaba llena de Asami Yamasaki, y fue *Gangsta* el que tiró todo el rato la correa. Aoyama imaginaba todo un posible escenario…

Shige se ha servido su cena y se encuentra arriba en su habitación, frente al computador. Abajo en el *living*, sentado y bebiendo sorbos de coñac, Aoyama puede oír un leve tecleo y pequeños pitidos electrónicos. Asami entra desde la cocina, con un vaso en la mano. Acaba de lavar la loza y ahora tienen la oportunidad de pasar un poco de tiempo de relajo juntos. Pone hielo en su vaso y se sienta junto a él en el sofá, sonriendo.

—Creo que probaré un poco de eso —dice—. ¿Está bien tomarlo con hielo? Supongo que es de pésimo gusto beber un *brandy* así de caro de cualquier otro modo que no sea puro, ¿o no?

—Para nada. Los buenos tragos son buenos sin importar cómo los tomes. Si lo mezclas con coca cola todavía será delicioso.

—Me alegra que Shige comience a aceptarme. Cuando pienso en cómo me sentía a los quince, entiendo que debe estar pasando por un montón de emociones conflictivas. Pero ni siquiera parece darle vergüenza llamarme «mamá».

—La verdad es que él sugirió que volviera a casarme.

—Me estás tomando el pelo.

—No, es la verdad. ¿Sabes?, estoy muy orgulloso de ese chico. Para todo lo que sufrió de niño, se está convirtiendo en un joven increíblemente considerado y compasivo. ¿Te acuerdas de lo que escribiste en el ensayo, esa parte acerca de aprender a aceptar la muerte? Bueno, los tres hemos pasado por algo similar. Creo que esa es la razón por la que tú y yo pudimos entendernos tan completamente desde el primer momento.

Asami asiente y sonríe y lleva el vaso de coñac hacia sus labios…

Un tirón de la correa trajo a Aoyama de vuelta a la tierra. Se habían cruzado con una poodle y *Gangsta* se le había tirado encima. Ahora miraba a Aoyama como preguntándose qué podría pasar para que estuviese tan raro esa noche. No fue hasta que se percató del escrutinio de *Gangsta* que Aoyama cayó en la cuenta de

la expresión tonta en su propio rostro. El solo pensar en Asami Yamasaki relajaba sus músculos en una sonrisa.

Y todavía no sabía realmente nada sobre ella.

—Disculpa —le dijo Yoshikawa a la chica que había elegido para recibir a las postulantes—, pero ¿podrías pedirle a la siguiente que espere un momento? Tomaremos un descanso de cinco minutos.

Se encontraban en una pardusca sala de reuniones que Aoyama recordaba bien de sus años en la agencia. Habían empezado a la una de la tarde y ya habían visto a siete candidatas. Las entrevistas estaban programadas con intervalos de diez minutos, pero la mayoría de las candidatas llegaron un poco antes de tiempo y se les pidió que se sentaran en el pasillo, que había sido provisto de sillas, y que esperaran a que la chica las llamara.

Yoshikawa, que sentía que lo mejor era hacer las cosas de la forma más estresante posible para las candidatas, había elegido como recepcionista a la «joven más bella en el área de Marketing Sección Dos». Un miembro masculino del equipo manejaba la cámara de video y la Polaroid, y Yoshikawa y Aoyama conducían las entrevistas.

—Yokota también quería venir, pero me lo saqué de encima —Yoshikawa había dicho antes, mientras le pasaba a Aoyama una hoja impresa con los horarios y nombres—. Supuse que no querías que se nos uniera un tercero. —Aoyama miró la hoja, pero sus ojos solo se fijaron en el nombre de Asami Yamasaki. Era la número diecisiete y estaba citada a las 15:50. Su interés en las demás era mínimo, algo que luego de siete entrevistas no se le había escapado a Yoshikawa.

—Aoyama, escucha, tienes que hacer algunas preguntas también. Por lo menos para guardar las apariencias.

Todas las candidatas hacían una profunda reverencia antes de entrar en la habitación, y la mayoría estaba tan nerviosa que se podía ver la punta de sus dedos, e incluso a veces sus hombros, temblando. La recepcionista las guiaba hasta la silla frente a sus inquisidores, y de nuevo se inclinaban antes de tomar asiento. El comportamiento frío y de hombre de negocios de Yoshikawa era probablemente intencional, y variaba las preguntas al parecer según su capricho.

¿Nombre?

¿Edad?

¿Altura?

¿Alguna vez ha trabajado en cine o televisión?

¿Qué le gusta hacer en su tiempo libre?

¿Va a clubs y discotecas?

¿Ha visto alguna película interesante últimamente?

¿Alguna actriz que le guste o que quiera emular?

¿Qué haría si le dieran diez millones de yenes?

¿Quién diseñó ese vestido?

¿Cuál piensa que es su mejor atributo?

¿Le gusta la barbacoa coreana?

¿Puede sonreír para nosotros?

¿Podría pedirle que se pusiera de pie y caminara por la habitación?

¿Qué pasaría si le ofreciéramos el papel y su novio se opusiera a que lo tomara?

¿Podría preguntarle qué hace su padre?

¿Le gusta leer?

¿Cuál es su novelista favorito?

¿Lee algún diario todos los días? ¿Qué sección lee primero?

¿Qué país extranjero le gustaría visitar?

¿Qué prefiere? ¿Perros o gatos?

¿Qué tipo de hombre detesta particularmente?

¿Qué tipo de música escucha?

¿Le gusta el rock vintage*?*

¿Qué prefiere? ¿Los Eagles o los Stones?

¿Escucha música clásica también?

¿Sabe quiénes son los tres tenores?

¿Cuál es su favorito? ¿Carreras, Domingo o Pavarotti?

¿Podría describir un sueño lúcido que haya tenido últimamente?

¿Alguna vez ha experimentado parálisis de sueño?

¿Le interesan los ovni?

¿Se considera bella?

¿De niña qué quería ser cuando creciera?

¿Qué piensa del matrimonio? ¿Y del adulterio?

¿Qué es lo primero que pide en un bar de sushi?

¿Alguna vez ha considerado trabajar en la industria del sexo? ¿O como anfitriona de un bar?

¿Alguna vez se ha sentido atraída a experimentar con drogas?

—¿Por qué me dejas hacer todas las preguntas? —decía Yoshikawa—. No me digas que perdiste el interés ahora que es el momento de la verdad.

Yoshikawa parecía genuinamente molesto, y Aoyama decidió que lo mejor era contarle todo. Le pidió al fotógrafo que los dejara un momento para que pudieran hablar en privado.

—Santo cielo —dijo Yoshikawa con una risa burlona después de oír sobre Asami Yamasaki. Buscó su currículum y su ensayo y los leyó, luego se fijó en la foto—. No se puede llegar a nada con esto —dijo—. Es peligroso basar tu decisión solo en la postulación.

—Lo sé, pero tengo un presentimiento sobre ella. Además, ninguna de las otras me produce nada. ¿Qué puedo hacer?

Intuición, ¿eh? ¿Eso quieres decirme?

¿«Confía en tu intuición y el universo se pondrá a tu disposición»?

—¿Qué es eso?

—Un viejo dicho, ¿no?

—¿Un viejo dicho de quién?

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —Yoshikawa suspiró—. Mira, necesitas más información. Tienes que hablar con las otras mujeres también, aunque sea solo por comparar. ¿No es para eso que estamos aquí? Admito que hay algo extraño y atractivo en esta Asami-chan, pero…

La ligereza con la que usó el diminutivo «chan» era todo lo que hacía falta para que se activara la ira de Aoyama.

—Yoshikawa, creo que sabes perfectamente lo serio que me tomo esto.

—Yo también me lo tomo en serio, no seas tonto. Solo no

esperes que esté exultante con que hayas tomado tu decisión basándote solo en una foto y un ensayo.

—Tú mismo dijiste que el ensayo te daba una sensación más completa de quién es la persona. La palabra escrita no miente. Siempre se nota si viene del corazón o no.

Yoshikawa guardó silencio un momento.

—Eso es pura mierda —dijo suavemente—. Pero está bien. También le pondré especial atención a ella. Pero, por favor, al menos haz algunas preguntas a las demás también. Pedí muchos favores para poner ese programa al aire… incluso para que nos prestaran este lugar.

—Me parece bien.

Las candidatas eran muy variadas. Una era una chica de 28 años graduada en estudios franceses en una universidad nacional, había pasado tres años en París como miembra del equipo de un proyecto para una enorme compañía, se había vuelto diseñadora de ropa al volver a Japón, había abierto una tienda *boutique* en Los Ángeles y había vivido otros tres años en Malibú, después se había aburrido de todo y había comenzado a dibujar ilustraciones para libros de niños. Tenía la impronta de una modelo y vestía un traje de cáñamo tejido, teñido en colores primarios, que atribuía a un diseñador marrueco. Había estudiado *ballet* clásico y aseguraba que solo ella era capaz de asumir un papel tan «sensible y lleno de matices». Aoyama estaba seguro de que no podría seguirle el ritmo a una mujer así. Otra postulante había aparecido en más de treinta «películas para adultos», había intentado suicidarse dos veces, había sido internada tres veces y ahora era, a sus treinta y tres años, instructora de yoga. Les mostró las cicatrices en su muñeca izquierda como si compartiera su tesoro más preciado. Muchas postulantes llegaron con sus mánagers a cuestas. Uno de los mánagers se inclinó literalmente hasta quedar postrado, sus manos y rodillas tocaron el piso.

—¡Por favor favorézcannos con su consideración! —chilló como si rogara por su vida.

Una de las mujeres declaró ser una psíquica y ofreció describirles a cada uno su espíritu guardián: el de Aoyama resultó ser un pintor que había muerto joven, y el de Yoshikawa era una ardilla voladora. Algunas de las postulantes insistieron en bailar con

ellos, y una de ellas comenzó a quitarse la ropa mientras lo hacía. Aoyama quiso detenerla, pero Yoshikawa lo contuvo. La chica terminó totalmente desnuda, justo ahí en medio de la monótona sala de reuniones, y se fue diciendo que se sentía una mujer nueva. Una chica todavía adolescente habló largamente de su tumultuosa vida sexual. Había varias de treinta años. Una había tomado un vuelo desde Hokkaido solo para asistir a la audición, y les dijo con orgullo que era conocida como la Reina de las Discos en Sapporo.

—Los hombres se me han tirado encima desde que era pequeña —dijo—, así que me parece natural que me ronden en masa en las discos, pero me juré que nunca entregaría mi corazón, o mi cuerpo, a nadie. Cuando la gente me pregunta por qué, les respondo que porque soy actriz. No es que haya actuado *per se* alguna vez, pero sé desde lo profundo de mi corazón que nací para ser una estrella.

Una explicó que ansiaba empezar una carrera como actriz porque su esposo la había atrapado siéndole infiel y la había amenazado con divorciarse. Otra, que se había quitado su gabardina para sentarse frente ellos con un bikini y zapatos de tacón alto, dijo que había aparecido desnuda en cierto número de revistas pero que nunca se había sentido realizada con eso, y que cuando se enteró de la audición supo que el destino la estaba llamando. Unas pocas llevaron un set portable de karaoke y les cantaron. Entrevistaron a una enfermera, una poeta y a la vocalista de una banda, una mujer con un *sugar daddy* de setenta años, a la profesora de una guardería, a una afrojaponesa muy alta, a una *twirler* y a una gimnasta rítmica.

Y entonces, exactamente a las 15:50, apareció ella.

4

—Siguiente, por favor —se oyó la voz de la empleada más bella de la Sección Dos, y Asami Yamasaki se materializó bajo el marco de la puerta.

Su silueta recortada contra las paredes blanquecinas caminó hasta la silla, hizo una reverencia con gracia modesta y se sentó. Eso era todo, pero Aoyama tenía una clara sensación de que algo extraordinario estaba sucediendo a su alrededor. Era como ser el millonésimo visitante en un parque de diversiones que de pronto se veía en medio de la luz de los focos y una lluvia de globos, rodeado de micrófonos y el *flash* de las cámaras. Como si la Suerte, normalmente dispersa en billones de pequeñas y libres partículas diamantinas, de pronto se hubiese fusionado en una sola imagen venturosa, una imagen que cambiaría todo para siempre. Notó algo indescriptible, un sentimiento parecido a una hinchazón en la boca del estómago, y la voz de la Razón en su propia cabeza cantando un estribillo: *Esto no puede estar bien, no tiene sentido, cosas así no suceden en la realidad*. Pero la voz se hizo más débil en la medida en que la hinchazón fluyó por su torrente sanguíneo y se esparció por su sistema.

Era incluso más bella de lo que su foto le había llevado a creer. Y cuando sonreía como para sí misma y miraba tímidamente al piso, todas sus preocupaciones parecían disolverse y dejarlo flotando en una cándida burbuja de felicidad. Se sintió como un sordo cuyos oídos hubiesen sido sanados con una música exquisita, y casi le pareció extraño que esa música no empezara a sonar: en una película, este era el momento en el que entraba lentamente el tema de amor melancólico. Miró a la chica más bella de la Sección Dos y se preguntó cómo lo hacía para mantener su compostura. Enfrentada a tal belleza, debió haber desfallecido de vergüenza y

caer rendida al piso.

Yoshikawa comenzó con las preguntas.

—Así que usted es, déjeme ver, ¿Asami Yamasaki-san?

—Sí. Asami Yamasaki.

Qué voz, pensó Aoyama, y Yoshikawa debió reaccionar parecido a juzgar por la mirada que le dedicó. Era una voz que se vertía en los oídos y atravesaba los poros del cuello hasta la nuca, no demasiado aguda ni profunda ni grave, sino equilibrada, suave y cristalina.

—¿Se enteró de la audición en la radio?

Incluso Yoshikawa parecía algo nervioso cuando hablaba.

—Sí, así fue.

Aoyama se encontraba más o menos cara a cara con ella. Su cabello semilargo y lustroso estaba tomado de forma casual. Claramente no se había estresado con el tema, pero no había nada en su apariencia que pudiera considerarse ni remotamente en desorden. Sus rasgos no eran exagerados ni dramáticos, pero cada expresión que asumían daba una impresión fuerte y clara. Aoyama pensó que era como si su alma, o su espíritu, o como sea que quisiera llamarlo, yaciera justo por debajo de la superficie de su piel.

Yoshikawa preguntó si alguna vez había trabajado en televisión o en cine, y ella agitó la cabeza: no.

—Ha habido propuestas algunas veces, pero nunca se concretó nada.

—¿Por qué cree que fue así?

—Pienso que tuvo que ver el hecho de que no estuviera en una agencia…

—¿Entonces no tiene agente?

—No, no tengo.

—¿Por alguna razón?

—Bueno, una vez… fue hace bastante tiempo ya, cuando todavía estaba en la universidad. Fui… ¿descubierta? ¿Así se dice? Un *scout* me paró en la calle. Supongo que fue mi culpa por escucharlo alegremente, pero resultó ser una agencia de talentos para actores porno. La experiencia fue tan desagradable que supongo que desarrollé un prejuicio contra los agentes en general.

—¿Así que se mueve totalmente sola?

—Tengo un mentor que trabaja para una discográfica, pero no he estado en contacto con él desde hace un tiempo.

—¿Cuál discográfica?

—*Víctor*.

—¿Puedo preguntar su nombre?

—Shibata-san. Es productor en el área de música doméstica.

—Gracias. Entonces. Se graduó de la universidad y fue a trabajar a una empresa comercial. Ahora que renunció a la empresa, ¿puedo preguntarle cómo se mantiene? ¿Tiene algún trabajo de medio tiempo?

—Ayudo en el lugar de una amiga tres veces a la semana.

—¿Un restaurant o algo así?

—Es un pequeño bar de barrio, un lugar con solo una barra. La *madame* es una señora que conocí hace tiempo, en clases de canto.

—¿Le gusta beber?

—Solo un poco. Social.

—¿Y con tres veces a la semana es suficiente para sobrevivir?

—También hago un poco de modelaje de vez en cuando.

—Modelaje.

—Tengo una amiga que es estilista. Ella me ayuda a conseguir trabajos ocasionales. No para grandes revistas, por supuesto, pero sí para catálogos y anuncios en periódicos y cosas así.

—Ya veo. ¿Y vive en Suginami? «Casa Prima»… ¿Supongo que es una especie de casa de apartamentos? Disculpe, la gente como yo y mi socio Aoyama no tenemos forma de conocer los estilos de vida de las señoritas de hoy en día. Por favor, siéntase libre de no responder esto si es demasiado personal, pero me pregunto cuántos ingresos requiere al mes una persona como usted. Muchas mujeres jóvenes parecen llevar vidas tan extravagantes en estos tiempos: usan carteras de diseñadores que cuestan decenas de miles de yenes, por decir algo… y no puedo sino preguntarme cómo se las arreglan.

Yoshikawa miró a Aoyama como diciendo: *Pregunto esto por tu bien, ya sabes*.

—Para ser honesta —dijo—, también es un misterio para mí.

Hablaba de forma clara y sin que se le quebrara la voz, mirándolos por turnos, y no estiraba las vocales al final de las

palabras como tantas mujeres jóvenes, tampoco rellenaba las oraciones con interjecciones sin sentido. Aoyama podía notar que estaba un poco nerviosa, aunque no hubiese podido decir cómo lo sabía. De alguna forma se sentía completamente en sintonía con sus sentimientos.

—Sin embargo —dijo—, no me gusta decirlo, pero supongo que muchas de esas chicas, las que llevan carteras increíblemente caras y joyas y cosas así, probablemente trabajan en la industria del sexo. En cuanto a mí, vivo en un estudio y el arriendo es poco más de setenta mil yenes. No salgo tanto y no tengo ningún *hobby* o gusto caro, así que ciento cincuenta mil al mes… puede ser un poco apretado, pero alrededor de doscientos mil es suficiente para pagar las cuentas y comprar los libros y CD y las cosas que quiero.

Aoyama abrió la boca por primera vez.

—¿Podría darme un ejemplo —dijo— de a lo que se refiere con «*hobby* o gusto caro»?

Su voz temblaba un poco, e inmediatamente le preocupó que la pregunta fuera absurdamente vaga. Pero ella sonrió y eso fue todo lo que hizo falta para borrar su ansiedad.

—Por ejemplo —dijo—, tengo una amiga que cría peces tropicales. Pidió un préstamo para comprar un acuario enorme, y ahora tiene dos trabajos solo para pagar la deuda. Otra chica que conozco colecciona unas hermosas copas de Europa. Comenzó a procesar textos en casa y trabajó tantas horas extra que apenas tenía tiempo para dormir y al final se enfermó.

Aoyama podía identificarse con ello. Era algo en lo que pensaba a menudo. En los viejos tiempos, cosas como peces tropicales o copas de vino importadas estaban fuera del alcance del ciudadano promedio. Ahora cuando caminabas por la calle pasabas junto a tiendas cuyas vitrinas rebosaban de los productos de la mejor calidad del mundo. Cualquiera de estas cosas podía ser tuya si estabas dispuesto a sacrificarte un poco, y mucha gente terminaba sacrificando mucho. Es difícil controlar el deseo de acumular cosas.

Pero en realidad no importaba mucho lo que ella dijera. Aoyama era feliz sencillamente saboreando el sonido de su voz. Era una voz que se sentía como si unos dedos delicados, o una lengua húmeda, acariciaran su piel.

Yoshikawa continuó con las preguntas.

—¿Qué tipo de libros lee?

—Novelas extranjeras de misterio, principalmente. Ningún autor en particular, aunque… no he viajado mucho, así que me gusta leer sobre ciudades y pueblos extranjeros. En las novelas de espías y de misterio siempre hay descripciones muy detalladas de las calles y los edificios y demás, realmente disfruto ese tipo de cosas.

—¿Cuál es el país que más quiere visitar?

—En realidad solo he estado en Hawaii, y Honolulú no es exactamente el lugar más exótico del mundo, ¿verdad? Marruecos, Turquía, uno de los países más pequeños de Europa… Sinceramente, cualquier lugar estaría bien.

Cuando pronunció los nombres Marruecos y Turquía, Asami Yamasaki inclinó ligeramente su cabeza hacia atrás y una mirada abstraída llenó sus ojos. Aoyama se descubrió imaginando que daba una caminata junto a ella por las calles de piedra de aquel pueblito nostálgico en Alemania. Sería primavera o el inicio del verano. Un alboroto de pequeñas flores abriéndose bajo el alero de las casas. Escuchan la música de las alondras sobre sus cabezas mientras pasean tomados del brazo sobre el aciago camino empedrado y miran la luz suave del sol que resplandece en la superficie del río en movimiento. *Así es, viví aquí durante varios meses. No hice prácticamente nada más que ir a la capilla y visitar a la organista en su casa e irme a la cama temprano cada noche. Fue muy monótono, la misma rutina cada día, pero lo recuerdo como un tiempo muy especial en mi vida. No sé, esto puede sonar demasiado dramático*, pero la belleza y el silencio del lugar me llenaron con una especie de soledad sublime. Ahí me di cuenta de algo. En Japón, incluso cuando estás solo, no estás nunca de verdad tan solo. Pero la soledad que sientes viviendo entre gente con los ojos y *la piel de otro color, cuyo lenguaje ni siquiera hablas tan bien… ese tipo de soledad es algo que sientes en la médula de tus huesos. Siempre pensé que algún día volvería aquí con alguien que amara, y que pasearíamos con mi brazo rodeándola, justo así, y que le contaría cómo había sido vivir aquí solo. Por supuesto, nunca pensé que resultaría tan perfecto. Este es un sueño hecho realidad para mí, de verdad…*

No podía creer lo dulce que resultaba esta visión repentina. Su

corazón golpeaba con fuerza y tomó en silencio algunas bocanadas de aire para calmarse. Sería mejor que preguntara algo más, pensó, si no se quedaría ahí mirándola como un bobo, perdido en ensoñaciones. Además, quería tocar algunos temas esenciales en los que Yoshikawa aún no había recabado.

—Usted. —Carraspeó y se aclaró la garganta—. Disculpen. Usted escribió que pensaba en ir a España luego de dejar la compañía.

—Sí.

—¿Planea vivir ahí a largo plazo?

—Tengo una amiga en Madrid, una vieja amistad de la escuela de *ballet*, así que se me ocurrió que podría mudarme allá. Pero la verdad no es que me haya preparado ni nada, lo que me hace preguntarme qué tan en serio me lo tomo.

Bajó su mirada de forma melancólica. Aoyama estudió esta expresión desgarradora y tragó saliva.

—¿Podría preguntarle —dijo— sobre su experiencia con el *ballet*?

—Por supuesto. —Levantó la vista y lo miró a los ojos.

—Dijo que se había lesionado.

—Así es.

—Debe haber sido terriblemente difícil dejar algo a lo que se había dedicado por tanto tiempo. Por supuesto, si prefiere no hablar de ello…

—No, está bien. Puedo discutirlo con suficiente amplitud de miras ahora… creo.

Le dedicó una pequeña sonrisa melancólica mientras decía esa última palabra, y de nuevo él sintió que algo atravesaba su corazón. Era una sonrisa de resignación, la conocía demasiado bien.

—Deténgame si esto es demasiado personal —dijo—, pero en su ensayo me parece que escribió que haber sido privada de lo más importante para usted fue, en cierto sentido, como aprender a aceptar la muerte.

—Supongo que eso fue lo que escribí.

Fijó una mirada inquisidora en Aoyama, preguntándose, sin duda, a dónde quería llegar con esto, pero… *qué mirada*, pensó él. Se la imaginó dedicándole una mirada así, de cerca, en privado, mientras le susurraba algo intenso. Probablemente terminaría derretido.

—Me conmovió —dijo.

Ella abrió mucho los ojos y dejó escapar un respiro.

—¿Ah?

—Pude sentirme identificado. Pienso que todos hemos tenido, en menor o mayor medida, una experiencia similar. Algo se te viene encima, o te es arrebatado, algo que nunca puede ser arreglado o reemplazado. Luchas contra ello, agonizas y pateas y gritas, pero no hay nada que realmente puedas hacer. Para seguir viviendo, tienes que aprender a aceptar la realidad, aceptar la pérdida o la herida, y la huella que deja. Para serle sincero, me sorprendió mucho ver que una chica joven como usted utilizara una metáfora tan precisa para describir ese tipo de aguante y resignación. Cuando lo leí pensé: esta persona vive su vida intensamente.

Yoshikawa golpeó el muslo de Aoyama con su pulgar. Quería decir, supuso Aoyama, algo así como «escúchate». Asami Yamasaki tomó aire y lo dejó ir de a poco.

—De verdad sufrí mucho —dijo—, y por más tiempo del que me gusta admitir. Estaba segura de que nunca encontraría nada que tomara el lugar del *ballet*, y solo vivir cada día ocupaba todas mis energías. Mis padres y todos mis amigos decían que solo el tiempo podría curar la herida, y supongo que sabía que eso era verdad, pero hubiera deseado poder hibernar o algo así, dejar el tiempo correr sin tener que sufrirlo. Pero, por supuesto, el reloj solo siguió corriendo lentamente. *Tik, tok, tik, tok*, como si se estuviera astillando, como si astillara mi vida. Intentar hacer otras cosas era doloroso, pero solo quedarme ahí sentada sin hacer nada era incluso peor. No sé si se trate tanto de resignación como de… bueno, la muerte es lo peor que puede pasarle a uno, ¿verdad? Así que en ese sentido pienso que fue como aceptar la muerte.

—¿Qué te pareció? —dijo Aoyama cuando Asami dejó la sala de reuniones y Yoshikawa le pidió al fotógrafo salir y que le avisara a la recepcionista que se tomarían un descanso de quince minutos.

—¿Que qué me pareció? —dijo Yoshikawa mientras rebuscaba en sus bolsillos un paquete de Lark Milds. Se tomó su tiempo en abrir la cajetilla, sacar un cigarro y prenderlo—. No estoy seguro de cómo responder eso —dijo—. Definitivamente tiene algo que lo pone a uno nervioso. No recuerdo cuándo fue la última vez que solo hablar con una mujer me hizo querer fumarme un cigarro. —Miró a

Aoyama y suspiró, emitiendo una nube de humo—. Te perdimos, ¿cierto? O sea, ¿«esta persona vive su vida intensamente»? ¿De dónde sacaste eso? No es algo que se diría normalmente en una audición, eso tenlo por seguro. Casi me caigo de la silla.

Aoyama replicó que solo dijo lo que sentía realmente. No podía recordar, dijo, la última vez que alguien lo había impresionado de esa manera.

—Bueno, es innegable que parece intensa —dijo Yoshikawa—, pero hay algo que me perturba.

—¿Oh?

—Sí. No podría poner las manos al fuego, pero… bueno. Da igual.

El resto de las audiciones fueron insípidas. Yoshikawa estaba cansado, sin mencionar que estaba enojado con Aoyama por mostrarse tan obviamente aburrido y distraído, y se terminó fumando el paquete entero de Larks. Aoyama, por su parte, solo tenía una cosa en la cabeza: cómo lograr una reunión a solas con Asami Yamasaki la próxima vez.

Volvió a casa una hora antes de lo habitual. Tenía la grabación de dieciocho milímetros de su audición y ansiaba verla solo.

Rie-san

estaba en la cocina haciendo la cena y probablemente no se iría hasta que Shige volviera de la escuela. Eran las seis de la tarde ya, y desde que había entrado a secundaria Shige volvía a casa generalmente a las siete. Apenas llegara devoraría su cena del modo popularizado por los leones hambrientos, y luego desaparecería en su habitación. Aoyama tendría que esperar hasta entonces para estudiar la cinta.

Una vez que todo hubiera progresado un poco, y asumiendo que todo fuese bien, le mostraría la grabación a Shige, y por supuesto tendría que presentársela en algún momento.

—Shige-chan está un poco atrasado, ¿o no? —dijo

Rie-san

levantando la vista de las papas que cortaba—. ¡En esta época oscurece a las cinco y media! ¿No debería intentar llegar más temprano?

Aoyama se encontraba en la mesa, leyendo el periódico vespertino. A través de los años, Ryoko había mejorado

gradualmente su cocina, y la había vuelto un espacio acogedor altamente funcional. Durante el día era un mejor lugar para relajarse incluso que el *living*. La puerta que daba al jardín era casi enteramente de vidrio, y la gran ventana que daba al sur hacían de este el lugar más soleado de la casa.

—Estará bien. Un chico tiene mucho que hacer a su edad… andar con amigos, cualquier cosa.

—¡Pero ha habido tantos asaltos y delitos últimamente! Cuando vuelvo a casa de noche, tengo mucho cuidado de ir por las calles que están bien iluminadas, ¡créame! Si una se va por el parque, donde la luz no es tan buena, se encuentra con estos chiquillos… adolescentes… holgazaneando por ahí en grupos grandes, ¡y déjeme decirle que da mucho miedo!

—No se preocupe. Lo eduqué en el antiguo arte de correr como desquiciado si alguna vez se siente amenazado. Sabe lo que está haciendo.

—Sé que sabe lo que está haciendo, pero dicen que allá afuera uno puede comprar lo que sea por estos días, ¡incluso pistolas rusas y chinas! ¡Es aterrador!

—Hablé de eso con él también.

Rie-san,

un chico de la edad de Shige, si conoce a una chica linda en el tren, por ejemplo, no dudará en esperar una hora al día siguiente a ver si se la encuentra en la plataforma de nuevo.

—Mientras sea algo divertido e inocente como eso, está bien, pero…

Rie-san preparaba un estofado cremoso. Hacía muchos estofados y sopas para ellos, platos que podían ser recalentados y comidos rápidamente. Ocasionalmente Aoyama preparaba él mismo la cena, pero intentaba cenar con Shige siempre que fuera posible. *Gangsta* estaba justo afuera de la puerta de vidrio, y cada vez que

Rie-san

pasaba del mesón al refrigerador le ladraba: ¡comida!

Aoyama se imaginó a *Gangsta* ladrándole a Asami Yamasaki mientras ella preparaba la cena en esta cocina. Se imaginó incluso el diseño y el color del delantal que usaría. *Gangsta* desconfiaría de ella en un comienzo, como siempre le pasaba con los extraños. Pero luego de dos o tres meses sus ladridos pasarían de la desconfianza a

uno como este, implorando ser alimentado. Comparado con estos siete largos años, tres meses no eran nada…

Shige llegó a casa poco después de las siete y reportó, para sorpresa de nadie, que se moría de hambre. Viendo las noticias y preguntándose en voz alta cómo los políticos japoneses se las habían arreglado para llegar a tales niveles de depravación, pulió cuatro *bowls* de estofado, luego se retiró a su habitación diciendo que quería probar un nuevo *software* que un amigo le había prestado.

Ahora Aoyama tenía la oportunidad de revisar el video de la audición de Asami Yamasaki, pero recordó algo todavía más importante. Tenía que arreglar una reunión con ella a solas, y cuanto antes mejor. Se preguntó si debía solo llamarla y decirle la verdad, que pensaba que estaba enamorado de ella. Yoshikawa seguramente le aconsejaría no hacerlo. Por supuesto, no revelaría el propósito real detrás de la audición, ¿pero por qué no confesarle cándidamente cómo se había sentido cuando había leído su ensayo y luego cuando habían hablado en la entrevista? Por muy dudosas que fueran las circunstancias, no podía negar el impacto que había tenido en él conocerla.

Su ritmo cardíaco comenzó a acelerarse. Tenía su número de teléfono. Solo eran pasadas las ocho, así que tenía más o menos una hora antes de que pudiera ser impropio llamar a una joven mujer soltera. Se sentó en el sillón del *living* y tomó el teléfono inalámbrico, sintiéndose como un chico de la edad de Shige que hubiese vislumbrado a la chica que ama en secreto en la plataforma del metro. *No puedo hacerlo*, murmuró para sí y devolvió el teléfono. Abrió el mueble de los licores, sacó su botella más cara de coñac, un *grande champagne*, y se sirvió un vaso.

Exactamente a las ocho y media, antes de que pudiera estar demasiado ebrio, marcó el número en el teléfono. Asami Yamasaki contestó al primer pitido.

—¿Sí? —dijo. Su voz sonaba más profunda y gruesa que en la audición. Quizá había estado durmiendo.

—Eh, soy Aoyama. Uno de los productores que la entrevistó esta tarde.

—Oh, ¡hola! —dijo, volviendo inmediatamente a la voz cristalina que lo había atormentado toda la tarde. El cambio era tan

abrupto que, de haber estado en un estado mental menos agitado, le hubiera parecido extraño—. Gracias de nuevo por su tiempo.

Trató de esconder sus nervios yendo directo al grano y manteniendo un tono lo más profesional posible.

—Esperaba hablar un poco más con usted y me preguntaba si tendría tiempo. Yoshikawa, el otro productor, no podrá unírsenos, así que quizá lo mejor sería que nos encontremos durante el día. No me gustaría que se hiciera una idea equivocada.

—¡Me encantaría!

—¿Cuándo sería un buen momento?

—Cuando usted quiera. No trabajo durante el día, así que…

—¿Qué tal pasado mañana, entonces…? ¿El jueves a la una?

—¡Perfecto!

Especificó un café en uno de los hoteles rascacielos en Akasaka.

Luego de colgar Aoyama se hundió en el sillón, sintiéndose un globo en un cálido cielo azul. Minutos después, mientras sorbía felizmente su cuarto vaso de coñac, llamó Yoshikawa.

—Disculpa que te moleste tan tarde, pero pasó algo que no deja de molestarme.

—No hay problema —dijo Aoyama. Su propia voz sonaba vergonzosamente entonada, como si hubiese inhalado helio.

—Mira, no es que hubiera tenido sospechas ni nada, pero después de que te fuiste llamé a *Víctor*. No creo que sea nada grave, solo quizá una confusión probablemente, pero sucede que no hay ningún productor llamado Shibata en el área de música doméstica.

El cerebro ebrio de Aoyama no pudo entender esta información en un comienzo. *¿Víctor? ¿Shibata?*

—En realidad —dijo Yoshikawa— ya no, ya no está. Un productor llamado Hiroshi Shibata solía trabajar ahí, pero murió hace un año y medio.

5

Aoyama llegó al hotel cuarenta minutos antes. El café estaba en el primer piso, fuera del *lobby*. Había llamado el día anterior para reservar una mesa a la una en punto, así como una mesa junto a la ventana en el restaurant del último piso a la una y media. Había sufrido un poco preguntándose si un restaurant en el piso más alto de un hotel rascacielos no era levemente pretencioso, si no sería de mejor gusto llevarla a comer *sushi* o *sukiyaki* en el restaurant japonés de abajo, o a algún local pequeño en el centro, por ejemplo, o a una trattoria o a un francés. Durante todo el día anterior y la mañana de este no había hecho absolutamente nada en el trabajo. Parecía, de hecho, tan aturdido y distraído, que varios de sus trabajadores se mostraron preocupados y le preguntaron si se sentía bien, incluso si no sería mejor que visitara a un médico.

El café estaba atiborrado con la multitud del almuerzo, y tuvo que quedarse junto al gentío cerca de la entrada para esperar su mesa. Vigiló el *lobby* para asegurarse de que Asami Yamasaki no hubiera llegado ya. O, más precisamente, para asegurarse de que no lo viera ahí parado como un tonto, inquieto y nervioso, mirando su reloj cada pocos segundos.

—Escucha —había dicho Yoshikawa en el teléfono la noche en que lo llamó—. Entiendo que estás más que perdido, pero trata de mantener los pies en la tierra. Hagas lo que hagas, no la dejes imponer el ritmo. No sabemos nada con seguridad sobre esta chica, pero no puedo quitarme la sensación de que algo anda mal. No digo que haya mentido deliberadamente, pero, vamos, no deja de ser extraño que haya nombrado como mentor a un tipo que murió hace un año y medio. Fue por un ataque al corazón, aparentemente, pero si era realmente su mentor, ¿cómo podría no saberlo?

Aoyama no podía entender por qué Yoshikawa sospecharía de

alguien únicamente porque su mentor en una discográfica hubiera muerto. ¿Qué le haría reparar en un detalle tan trivial como ese? ¿Por qué estaba siendo tan cerrado de mente?

Un observador imparcial podría ver que, de hecho, Aoyama era el que tenía la mente cerrada. Pero él mismo ya era incapaz de ser imparcial, y no era solo por el coñac. Respondió a las preocupaciones de Yoshikawa más bien irritado, insistiendo en que ella simplemente había confundido los nombres, y que en cualquier caso el asunto de si había tenido o no un mentor o mánager o lo que sea no tenía ninguna importancia.

—Ya, bueno, como sea —había dicho Yoshikawa antes de cortar —. Solo ten cuidado, ¿ok?

Aoyama fue llevado a una mesa junto al ventanal que llegaba desde el suelo hasta el techo y pidió un té helado. El café estaba bien calefaccionado, y los rayos de sol que atravesaban el ventanal eran intensos. Con esto y la expectación, pronto comenzó a transpirar debajo de su camisa y su chaqueta, y sentía que tenía tiza en la garganta. Observó alrededor hacia las otras mesas, muchas de las cuales eran ocupadas por grandes y pequeños grupos de mujeres de mediana edad: reuniones de antiguas compañeras de clase, amigas de algún club de deportes o de cultura, turistas de las provincias. Cada una de ellas parecía parlotear al mismo tiempo, y el clamor era pasmoso. Algunas mesas dispersas eran ocupadas por vendedores y asalariados que pagaban las rondas de sus clientes corporativos. Todos tenían exactamente el lenguaje corporal y vestían los trajes de hombres para los cuales el almuerzo especial de dos mil yenes había sido pensado.

El té helado llegó, y Aoyama vació la mitad en dos tragos pensando: *Si hablas de negocios tras un especial de dos mil yenes día tras día, terminarás siendo un especial de dos mil yenes; nada especial pero tampoco nada tan terrible*. Este ocioso tren de pensamientos fue abruptamente descarrilado cuando Asami Yamasaki apareció a la entrada del café. En el instante en que la vio el corazón se le atoró en la garganta y se dio cuenta de que toda la lista de cosas que quería decir —una lista que había repasado muchas veces— se borró por completo de su memoria. ¿Qué me pasa?, se preguntó como tantas otras veces. *Los hombres de cuarenta y dos años no actuamos así*. Asami Yamasaki estudió el

lugar y cuando finalmente lo reconoció sonrió y se apresuró a su mesa, haciéndose camino a través de los meseros y meseras que iban y venían balanceando sus bandejas. Tenía el pelo tomado en una cola, como lo había llevado en la audición, y vestía un conjunto que se las arreglaba para no ser ni ostentoso ni aburrido: vestido azul marino, bufanda de un naranjo vivido, chaqueta de gamuza y zapatillas a tono, medias negras. Esta, pensó, era una mujer que realmente sabía cómo complementar su belleza. Y por supuesto estaba claro, a juzgar por su sentido de la moda, que sabía muy bien lo extraordinaria que era.

—¡Disculpe! Me temo que llego un poco tarde.

Se sentó frente a él en la mesa. La luz del sol a través de los visillos iluminaba y velaba al mismo tiempo su perfil. Se había visto preciosa bajo las desapacibles luces fluorescentes de la sala de reuniones, pero con esta luz, pensó Aoyama…

Era diez veces más hermosa.

—Para nada. Llegué demasiado temprano. Mi oficina está cerca.

Se dio cuenta, para su disgusto, de que no podía mirarla directamente y que no sabía qué hacer con sus ojos. Se sintió como un chico de secundaria, y pensó en lo avergonzado que estaría si Shige lo viera así. Cuando intentaba enfocarse en ese rostro precioso y vagamente melancólico, sentía que su corazón y su estómago se enredaban en un nudo. Al final se resignó a la ocasional mirada fugaz. Si hubiera evitado por completo su mirada ella podría pensar que no tenía carácter o que era alguna especie de pervertido.

Luego de pedir una limonada, inclinó su cabeza hacia un lado y sonrió.

—Me alegra mucho verlo de nuevo —dijo.

Quizá porque se había apresurado por ir atrasada, sus mejillas estaban algo enrojecidas, y él recordó que en la audición había pensado que su alma parecía yacer justo debajo de la superficie de su piel. Cuando sonreía era como mirar directamente un alma feliz. Aoyama decidió mirarla a los ojos solo un momento cada vez que empezaba a decir algo, luego miraba hacia otro lado, pero tenía que recordarse a sí mismo no dejar que sus ojos bailaran por todo el lugar. Descansó el mentón en su mano izquierda, intentando recordar si alguna vez había estado tan rígido de tensión antes. Era

agotador, pero también estimulante.

—Por favor, relájese —dijo, pensando: *tú eres el que tiene que relajarse, estúpido*—. No es como que tenga algo en particular con lo que quisiera atormentarle.

Ella asintió y dijo «está bien» con esa voz que tenía. Esa calurosa, diáfana y líquida voz que parecía encresparse en sus nervios auditivos.

—Pensé que podíamos almorzar y solo, bueno, conversar de esto y lo otro. Hay un restaurant en el último piso que creo que podría funcionar, pero se especializan en filetes y cosas así… ¿los platos de carne le parecen bien?

—Me gusta todo tipo de comida.

Las palmas de Aoyama estaban húmedas de transpiración. Se las estaba secando subrepticiamente en los pantalones cuando algo muy extraño ocurrió. Un joven en silla de ruedas había entrado al café, acompañado por una mujer mayor que probablemente era su madre. Se reían de algo. Aún sonriendo, el joven volvió un poco su cabeza y sus ojos se abrieron muchísimo cuando los posó sobre Asami Yamasaki. La sonrisa se congeló, la sangre escapó de su rostro e hizo un gesto como si fuese a levantarse de la silla de ruedas. Al ver su angustia, la mujer se inclinó y le preguntó, presumiblemente, qué pasaba, pero él apenas agitó la cabeza. Evitando su mirada y encorvando los hombros como si se acobardara, se deslizó hacia el otro extremo de la habitación. No hubo ningún cambio ni nada por el estilo en la expresión de Asami Yamasaki ante esta peculiar escena.

—¿Alguien que conozca? —se aventuró Aoyama.

Negó con la cabeza y se encogió de hombros, aparentemente tan desconcertada como él. El chico debió confundirla con alguien más, pensó Aoyama, o quizá solo estaba teniendo una especie de ataque.

Todavía no sabía nada sobre Asami Yamasaki. Pero no iba a dejar que un pequeño incidente extraño como este —o los desvaríos paranoicos de Yoshikawa, ya que estamos— reventara su burbuja.

—¡No sabía que la carne podía ser tan deliciosa!

En el restaurant, Aoyama había ordenado una entrada de paté de paloma, bistec *Chateaubriand* de Kobe y media botella de borgoña rojo. Asami Yamasaki sorbía de a poco su vino y respondía a sus preguntas de un modo refrescantemente natural. También

comió cada bocado de comida que le sirvieron. A Aoyama, que se había soltado un poco con el vino, le gustaba todo de ella. La forma en que hablaba, las cosas sobre las que hablaba, la forma en que bebía el vino y tomaba el tenedor y el cuchillo. Pensó que nunca había conocido a una mujer de la que pudiera decir lo mismo.

—¡Esto es una delicia! —dijo—. ¿Y de verdad solo quería conversar?

—Claro.

—¡Qué suerte la mía!

—Me alegra que lo disfrute.

—¿Cómo podría no hacerlo? —dijo—. ¿Viene aquí seguido?

—No diría que seguido. De vez en cuando. Comparado a otros lugares me parece que es… supongo que la palabra sería «genuino».

—¿Genuino?

—La mayoría de los restaurantes de este tipo son conocidos por la vista o por el diseño de su interior o por dónde están ubicados, y la calidad de la comida pasa a ser secundaria. Pero este lugar no es así. Aquí la atmósfera está pensada para realzar la comida. Se enorgullecen en servir los mejores platos de carne y quieren que estés lo más cómodo posible mientras los disfrutas.

—Es una atmósfera agradable —dijo—. Supongo que aquí solo viene gente del mejor tipo.

—¿Mejor tipo?

—Gente, bueno, con estatus.

—¿Gente rica quiere decir?

—Sí, gente con dinero y poder.

—Hmmm. Bueno, la verdad es que no me siento para nada especial por comer en este restaurant. Y no toda la gente acomodada es lo que podríamos llamar del «mejor tipo», créame.

—Supongo que no —dijo—. Pero bueno, no sabría decirlo. Mi padre era solo un asalariado y éramos más bien una familia promedio de clase media. Solíamos pasar el día juntos en grandes tiendas de *retail* los fines de semana y a veces viajábamos, pero cuando salíamos a comer siempre era en sitios de soba o en restaurantes familiares. Supongo que crecí pensando que lugares así, el tipo de restaurantes que veía en revistas, eran solo para la élite.

—No creo que eso siga siendo así, si es que alguna vez lo fue.

Japón se ha vuelto, de un modo bastante único, un país adinerado, y en Tokio casi cualquiera puede disfrutar de la mejor cocina del mundo, pero… puede que suene gracioso que lo diga luego de atiborrarme con un almuerzo así, pero la verdad es que los japoneses estamos más bien hechos para lugares como los locales de soba. La comida aquí es fantástica, eso es innegable, pero siempre me siento ligeramente fuera de lugar en lugares con este tipo de ambiente.

Ella bajó la mirada hasta su plato y sonrió.

—Espero que esto no suene maleducado —dijo.

—¿Qué?

—Nunca he conocido a nadie que diga las cosas que dice usted.

—¿No?

—He tenido, bueno, solo un poco de experiencia en la industria del entretenimiento, pero la gente que he conocido… no sabría describir muy bien lo que quiero decir, pero todos parecen tan… ¿arrogantes?

—No sé. Quizá soy yo el que está equivocado. De todos modos, déjeme decir que tampoco he conocido nunca a nadie como usted, Yamasaki-san.

—¿En serio? ¿En qué sentido?

—La mayoría de las chicas jóvenes que aspiran a la industria del entretenimiento no son capaces de disfrutar el comer en un lugar como este, por ejemplo. Luego de que pasan algunos años con el título de «aspirante a actriz», muchas de estas mujeres se vuelven inconmovibles sin siquiera darse cuenta. Hay algo de, no sé, una *sordidez* que se apodera de ellas. Parecen dar por hecho que los hombres se pondrán en fila para prodigarles regalos y ofrecerles comidas caras. Mi trabajo es principalmente documentales y videos publicitarios, pero incluso así veo a muchas de este tipo de jóvenes imperturbables y codiciosas.

—Ya veo. La naturaleza humana es aterradora, ¿verdad?

—Pero usted no es para nada así —dijo—. Usted es muy… muy *real*.

Ella sonrió tímidamente y bajó la mirada hacia la mesa.

—Gracias —dijo.

Era la primera vez en muchísimos años que Aoyama compartía una comida profundamente satisfactoria con una mujer. Asami

Yamasaki era aún más libre de afectación de lo que se había atrevido a imaginar. Y lo que le había dicho cuando dejaban el restaurant lo había dejado extático.

—Me gustaría pedirle un favor —dijo—. Puede que suene muy descarado, pero… me las he arreglado por mí misma durante tanto tiempo, y la verdad no tengo a nadie con quien hablar o pedir consejo. Nadie maduro y confiable, por lo menos. Tenía a un mentor en *Víctor*, pero la verdad es que nunca tuve contacto directo con él, solo a través de una amiga mía. No puedo evitar pensar en lo maravilloso que sería si pudiera hablar las cosas con alguien como usted de vez en cuando. Sé que debe estar muy ocupado, y por supuesto me refiero solo a cuando tenga algo de tiempo, y naturalmente en un local de soba o un restaurant familiar, cualquier lugar estaría bien, incluso por teléfono…

Mientras esperaban el ascensor, Aoyama le dio su tarjeta con el número de teléfono de su oficina.

Ella sonrió y apretó la tarjeta a su corazón, como acunándola. Mirando a través de la gran ventana del ascensor principal, Aoyama sentía que podía expandir sus brazos y navegar por sobre las calles de Tokio.

—Quedé atónito —le dijo a Yoshikawa por teléfono tan pronto como volvió a su oficina. Se percató de que una tensión constante elevaba el tono de su voz—. Uno no encuentra chicas jóvenes así en estos días.

Aoyama recapituló los puntos sobresalientes de su conversación con Asami Yamasaki. Parecía que cada palabra se había grabado en su memoria.

—Es tan modesta y dulce y sencilla. Lo que quiere decir, supongo, que no está realmente hecha para ser actriz, pero… es que hay algo muy real y sólido en ella.

—¿Ah, sí? —dijo Yoshikawa en un tono más bien gélido—. Bueno, lamento ser un balde de agua fría, pero conoces la posición en la que me encuentro. Algo no parece bien con esta mujer. No le dijiste el verdadero propósito de la audición, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Aoyama con algo de aspereza. Yoshikawa no entendía, pero Yoshikawa no había compartido un almuerzo con ella. Quizá solo estaba celoso. Después de todo, Aoyama había superado las expectativas de ambos y había

encontrado a la que parecía ser la mujer ideal.

—Investigué un poco más acerca de este personaje, Shibata, en *Víctor* —dijo Yoshikawa, y Aoyama dio un quejido para sus adentros—. Produjo unos cuantos hits en los setenta. Era bastante respetado en la industria, pero siempre se hablaba de lo mujeriego que era. Lo concedo, no hay nada inusual en que un productor de música tome como *protegidas* a cantantes o actrices, o que en privado les dé una mano como mánager, o que privadamente, afrontémoslo, les meta mano de vez en cuando. Pero parece que una vez que Shibata perdió la mayor parte de su poder en la industria, especialmente durante los últimos años de su carrera, usó el asunto del mentor exclusivamente con el propósito de acostarse con muchachas, aparentemente al punto de causarle serios problemas a *Víctor*. Por supuesto, hay pervertidos así en todas las disqueras, pero… ¿le preguntaste al menos por este tipo?

—Por supuesto que lo hice —dijo Aoyama, irritado—. Yoshikawa, escucha. Ella solo tuvo contacto con Shibata a través de una conocida suya. Ni siquiera lo vio en persona.

—¿Ah no?

—Mira. Si Shibata era tan mujeriego, probablemente tenía un pequeño libro negro lleno de protegidas y protegidas en potencia, ¿cierto?

—Probablemente.

—Entonces seguramente nunca tuvo ocasión de llamarla. Lo que explicaría por qué ella no sabía que había muerto, y por qué nadie más en la compañía sabía de ella.

El *hmmm* de Yoshikawa fue algo entre un gruñido y una risa desdeñosa. Aoyama hervía de rabia. Se había ofendido particularmente con la bromita de «meterle mano de vez en cuando». El solo imaginar a un arrogante y gordo productor de mediana edad poniendo su brazo sobre el hombro de Asami Yamasaki, susurrándole «¿vienes conmigo?» o «esa es mi chica», había revuelto su estómago.

—Hay algo más —dijo Yoshikawa en el mismo tono frío—. ¿Su familia en Suginami? Ya no viven allá. Se mudaron hace dos años. Hice que una chica de mi oficina intentara contactarlos, que es lo mismo que hubiera hecho con cualquier finalista, y ya se habían ido.

—La gente se cambia de casa todo el tiempo —escupió Aoyama. ¿Por qué Yoshikawa tenía que investigar cada pequeño detalle?

—Es verdad. Pero el dueño ni siquiera sabía a dónde se habían mudado. Por lo general uno deja su nueva dirección, ¿o no? ¿Para el correo y lo que pueda surgir?

—Debieron tener sus razones.

—Sin duda —dijo con una pizca de sarcasmo.

—Yoshikawa, aprecio tu preocupación, pero ya decidí lo que pienso. Para serte sincero, no estoy interesado en lo más mínimo en alguna otra mujer y no podría importarme menos la película.

—A ver, espera solo un poco…

—No te preocupes, no voy a dejarte tirado. Solo dime qué necesitas que haga. Puedes tener mis derechos de la historia gratis, y yo me arreglo con los alemanes. Pero ya encontré lo que estaba buscando, e incluso más. Desearía que lo aceptaras y que te alegraras por mí. En cualquier caso, no tengo ninguna motivación para continuar ahora con el proyecto de película, y me gustaría desligarme de la producción. Puedes entender eso, ¿verdad?

Yoshikawa permaneció en silencio durante un momento. Luego suspiró y habló en un tono todavía más frío.

—Tampoco me importa una mierda la película. Cálmate un momento y escúchame, ¿ya? Yo me hago cargo de la película, ese no es el problema. Lo que me preocupa eres tú. Quizá tengas razón y no pasa nada con el asunto de Shibata o la desaparición de su familia. O sea, probablemente tengas razón acerca de eso, pero algo se siente podrido. Piénsalo. Hasta ahora, no tenemos a nadie que sepa algo sobre esta mujer. Probablemente exagero y quizá parece que estoy siendo una molestia. Y no voy a fingir que no me produce un poco de envidia que un tipo de mi edad pueda meterse con semejante belleza. Pero trato de ser honesto y objetivo dentro de lo posible. ¿No puedes ver eso?

—Supongo. —Cuando Aoyama dijo esto se le vino a la cabeza el extraño incidente con el joven en silla de ruedas, pero solo un momento. Sus defensas psicológicas habían abrazado el resplandor eufórico que había quedado de su almuerzo con Asami Yamasaki. Nunca había imaginado que tanto placer pudiese derivar solo de estar con alguien, y no estaba interesado en alimentar ninguna duda. El recuerdo del chico en la silla de ruedas desapareció tan

pronto como había llegado, y nada de lo que Yoshikawa dijo le había entrado realmente.

—De todas formas, no digo que haya nada en particular que me preocupe, es solo una sensación. Estás en las nubes por esta mujer y eso no es algo malo. De verdad, no estoy siendo irónico. Es importante disfrutar la vida. Pero del modo en que yo lo veo, la vida nunca es así de fácil. Que una mujer de ese calibre pase desapercibida… bueno, es un poco demasiado perfecto, si me lo preguntas. Y me molesta que no sepamos nada realmente sobre ella. Es exactamente el tipo de situación que podría ponerse complicada. Así que escucha, hazme un solo favor. Le diste tu número, ¿no es así? Mi corazonada es que si no la contactas durante una semana o algo así, ella te llamará. Si lo hace, ponte en guardia; si no, anda y llámala. Pero dale al menos una semana. ¿Está bien?

Una semana pasó y no hubo señales de Asami Yamasaki. Y en parte debido a la sensación que tenía de que un hombre no debería parecer demasiado ansioso, Aoyama hizo lo que Yoshikawa le había pedido e incluso fue más allá y esperó una semana extra. Pero en esas dos semanas no pensó en nada que no fuese ella, al punto de que no solo sus trabajadores, sino que Shige y

Rie-san

comenzaron a preguntarle si se sentía bien. Perdió peso también: tres kilos completos.

Al decimoquinto día, luego de conferenciar con Yoshikawa, la llamó.

—Menos mal —dijo ella con esa voz que derretía espinas dorsales—. ¡Comenzaba a pensar que no sabría más de usted!

6

—Espero que esto no parezca demasiado, pero he esperado todos los días su llamado.

Cada sílaba pronunciada con su voz se volvía partículas de diamantes que circulaban a través del receptor hacia su canal auditivo y luego directo al cerebro. Un escalofrío recorrió su espalda y una sensación dulce se coló por todo su cuerpo como si estuviese absorbiendo un vino exquisito o un coñac. ¿Cómo había sido tan tonto como para dejarla esperando por dos semanas enteras? Se la imaginó sentada sola cada noche, abrazando sus rodillas, esperando junto al teléfono a que sonara. La visión era como un cuchillo en su corazón.

—Ha estado muy agitado aquí —dijo con voz ronca. Sintió como si las palabras las produjera no tanto por la vibración de sus cuerdas vocales sino por el estrujamiento de su garganta—. No tuve ocasión de hacerlo.

—Entiendo. Me imaginaba que debía estar terriblemente ocupado.

Aoyama no sabía qué decir. Deseaba poder estrecharla entre sus brazos.

—Bueno, ¿y cómo ha estado? —dijo y pensó inmediatamente: *¡idiota!*

—Bien. Me las arreglo.

—Lamento no haber llamado antes.

—Está bien —dijo—. Es agradable oír su voz.

Ambos se quedaron en silencio un momento. Aoyama podía oírla respirar quedamente.

—Pero espero que se sienta siempre libre de llamar —dijo ella —. Siempre que no esté demasiado ocupado, quiero decir.

—Le di mi tarjeta, ¿verdad? Podría haberme llamado.

—¿De verdad está bien?

—Por supuesto. Pero oiga, ¿por qué no cenamos un día de estos?

—¿En serio?

—¿Qué noches tiene libres?

—Solo trabajo los martes, jueves y viernes.

—¿Qué tal el miércoles entonces?

—¡No puedo esperar!

Luego de acordar la hora y el lugar, Aoyama cortó y respiró profundo varias veces. Notó que sus mejillas se habían relajado con una sonrisa. Escuchó su voz, sus palabras, haciendo eco una y otra vez en su cabeza: *no puedo esperar, no puedo esperar, no puedo esperar…*

—¿Qué te pasa últimamente, pa?

Era la noche anterior a su segunda cita con Asami Yamasaki. Él y Shige cenaban y veían un partido de la
NBA
en la
TV
.
Rie-san
les había preparado *gyozas* de camarón, carne de vacuno con estofado de papas y una sopa de vegetales. El juego era un encuentro de la premier: los Chicago Bulls contra el Orlando Magic.

—¿Que qué me pasa? ¿De qué hablas?

Aoyama tenía un vaso de cerveza en su mano izquierda y una *gyoza* atrapada con los palillos en la derecha. Pero los sostenía así desde hacía poco más de un minuto sin mojar sus labios o dar un bocado, y la *gyoza* de camarón había dejado de humear y parecía correr el peligro de caerse sobre la alfombra. Sus ojos apuntaban hacia la pantalla de la
TV
, pero no seguían los movimientos de Michael Jordán o de Penny Hardaway. Solo había estado pensando en Asami Yamasaki.

—Ya basta. Ni siquiera le pones atención al juego. Es como si estuvieras en trance.

Ups, pensó Aoyama y soltó la *gyoza* en su boca. Pero todo lo que dijo fue:

—¿Ah?

—Sí. Actúas muy raro. Con esa *gyoza* ahí en el aire y la mirada perdida. ¿Y si vas a que te revise un médico?

—No me pasa nada malo. No te preocupes.

—La gente no siempre sabe que está enferma. ¿Alguna vez viste *Despertares* con Robert de Niro? ¿O a Dustin Hoffman en *Cuando los hermanos se encuentran*? Me recuerdas a uno de esos tipos. Quizá te esté dando Alzheimer o esa enfermedad en la que tu cerebro se vuelve esponja.

—¿Esponja?

—Existe una proteína llamada prion que se come tu cerebro hasta que queda lleno de pequeños agujeros, como una esponja o una piedra pómez.

—Eres todo un experto, ¿eh?

—Te dije que me gusta la biología, pero no hablemos de mí. Anda a un hospital.

—¿Esa enfermedad pueden curarla en un hospital?

—Ni siquiera.

—¿Entonces de qué sirve?

—Sí, pero piensa en mí. Acabo de entrar a secundaria. No podría tenerte aquí transformado en Dustin Hoffman. Estoy demasiado ocupado como para ser el enfermero de mi viejo.

Shige ni siquiera soltó una sonrisa cuando dijo esto. Aoyama se rio y tomó un sorbo de su cerveza. Se preguntó si debía contarle sobre Asami Yamasaki. Tendría que hacerlo tarde o temprano. En la
TV
, los Bulls ampliaban su ventaja. Dennis Rodman, con su pelo teñido de verde, tomaba un rebote y se la pasaba a Jordán, que corría hacia la cesta, pasando a tres defensores, y habilitaba a Scottie Pippen para que la clavara. Era probable que en no mucho tiempo Asami Yamasaki compartiera estas comidas con ellos. Shige tenía derecho a saberlo, se recordó Aoyama, y quizá esta era una buena oportunidad para discutirlo. Además, lo salvaría de tener que mentir acerca de su cita al día siguiente.

—Tengo que decirte algo —dijo. Shige leyó el tono de su voz y dejó los palillos.

Aoyama dijo que había conocido a una mujer en el trabajo, y

describió la situación sin mencionar específicamente la audición.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Shige cuando terminó.

—Veinticuatro, creo.

—Bastante joven.

—Sí.

—Más cercana a mi edad que a la tuya. Espero que sepas lo que estás haciendo, pa. Una belleza, ¿eh?

—¿*Esperas* que sepa lo que estoy haciendo?

—¿Estás seguro de que no se está aprovechando de ti?

—Mira, acabo de conocerla. Mañana cenaremos juntos, pero esta será solo la tercera vez que la vea.

—Tienes que tener cuidado con las mujeres por estos días, pa. Podría estar relacionada con la *yakuza* o algo. Incluso algunas chicas de mi clase… deberías escuchar las cosas de las que hablan. Tienen quince años y no hay nada sobre lo que no sepan. Ya no estamos en la época del Paz y Amor.

—Sencillamente no puedes imaginarte que una mujer joven pueda encontrarme atractivo, ¿verdad?

—No es eso. Solo digo que ahora mismo tu cerebro está muerto. Veo a las chicas de mi clase y hay algo como mercenario en ellas. La verdad ni siquiera logro entender algunas de las cosas en las que están metidas. Una chica de un curso superior fue echada de la escuela por trabajar en un club de
S/M.
¿Puedes creerlo? He comenzado a pensar que me buscaré una buena chica de Kazajistán o algún lugar por ahí. El idioma podría ser un problema, pero…

—¿Kazajistán?

—Se supone que las mujeres de allá son hermosas y de excelente personalidad.

—Veo que has pensado bastante en esto.

—Hablamos antes de esto, ¿te acuerdas? Te conté que apenas había chicas lindas en mi clase, y tú dijiste que las mujeres bellas eran raras como un escarabajo dorado.

—Así es.

—Pero una mujer bella con una gran personalidad y buen carácter es cientos de veces más difícil de encontrar que un escarabajo dorado. Más bien como el gato montés japonés o la

salamandra gigante o el tresquiornitino.

En la tele, el Magic había comenzado a reagruparse. Hardaway había marcado tres tiros de tres puntos consecutivos.

—Te la presentaré eventualmente.

—Sí, la inspeccionaré por ti —dijo Shige sin perder el aspecto serio de su rostro—. Pienso que podré leerla mejor que tú, pa. No solo porque es más cercana a mi edad, sino porque, como dije, tu cerebro se encuentra básicamente muerto ahora mismo.

Habían acordado juntarse en el mismo café del hotel a las seis de la tarde. Aoyama llegó veinte minutos antes, y cinco para las seis la vio llegar. Llevaba el pelo tomado en un firme nudo, y vestía un suave suéter cuello de tortuga y unos pantalones holgados, una chaqueta de cuero colgaba de su brazo izquierdo; un estilo impecable para el lugar y el clima. Aoyama podía sentir la excitación creciendo dentro de sí de nuevo, pero seguía recordándose la decisión que había tomado luego de hablar con Shige. Quería preguntarle a Asami Yamasaki acerca de su vida privada, y quería hacerlo antes de la cena y de la concomitante acumulación de alcohol. Realmente no podía imaginar que estuviera involucrada con la *yakuza* o algo de ese tipo, e incluso en el poco probable escenario de que lo estuviera, tenía muchísimos conocidos, partiendo por Yoshikawa, que sabían manejar ese tipo de situaciones. Pero hablar con Shige hizo que Aoyama cayera en la cuenta de que ya no era exactamente un niño, aunque se sintiera uno. Supo —como cualquiera con ojos hubiera visto— que estaba enamorado de esta mujer. Ella, por su parte, se había emocionado cuando la llamó, y ahora llegaba a su cita vestida a la perfección e irradiando una sonrisa al parecer irreprimible. Era impensable que fingiera todo esto, pero era *posible* que sus intenciones no fueran las mismas que las de él; que pensara en él no como un hombre sino simplemente como una persona madura de confianza con la cual compartir. Logró juntar la suficiente objetividad la noche anterior para considerar esta posibilidad.

—Pedí una cerveza. ¿Qué le gustaría a usted?

Tomó asiento frente a él e hizo una leve reverencia con la cabeza, todavía sonriendo de una forma que revelaba manifiestamente que estaba fuera de sí de felicidad, pero también un poco avergonzada de sentirse así. Si estaba actuando, pensó

Aoyama, la chica era una genia.

—Pediré una cerveza también —dijo en voz baja, luego agitó la cabeza y rio.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Aoyama, sonriendo pese a sí mismo.

—Lo siento. De verdad no pensé que nos veríamos así de nuevo, así que… tan solo estoy feliz.

El mesero trajo otra cerveza y se la sirvió.

—Reservé en un lugar italiano que me gusta —dijo Aoyama—. Pero no pude conseguir una mesa hasta las siete y media. ¿Puede esperar tanto para comer?

—Por supuesto.

Hicieron un brindis y Aoyama decidió ir directo al grano.

—Yamasaki-san —dijo—. No le he preguntado nada acerca de su familia. ¿Están todos bien?

La sonrisa se desvaneció como si la hubieran apagado con un interruptor. Su cara se volvió pálida y apretó mucho los labios. Las palabras de Yoshikawa reverberaron en la mente de Aoyama: *Hasta ahora, no sabemos nada sobre esta mujer*. ¿Iba a atraparla mintiendo antes incluso de haberla besado o siquiera haberle tomado la mano? Quizá *sí estaba* escondiendo algo. Quizá sí era un engaño después de todo.

—No quiero ocultarle nada —dijo—. Así que le voy a decir la verdad… toda la verdad.

Aoyama se preparó. Su corazón latía tan fuerte que se preguntaba si las solapas de su chaqueta no se balanceaban arriba y abajo. Toda su atención estaba clavada en ella, y todo alrededor dejó de existir.

—Mis padres se divorciaron cuando era pequeña, ni siquiera tengo recuerdo de ello, y me mandaron a vivir con el hermano menor de mi madre. Lo único que recuerdo de ese tiempo es haber sido terriblemente maltratada, principalmente por la esposa de mi tío. Supongo que simplemente era ese tipo de persona. Ella…, Esta no es una historia linda y quizá no sea agradable oírla, pero es la verdad, así que…

Aoyama asintió y se acomodó en su silla.

—La esposa de mi tío una vez me bañó en agua fría, eso fue en invierno, y terminé con una neumonía. En otra ocasión golpeó mi

cabeza contra una ventana y me hizo un tajo enorme en la frente y sangré tanto que pensé que me iba a morir. Y una vez me empujó por las escaleras. Pudo haberme matado, pienso, pero solo me dislocó el hombro. De niña, siempre tenía algún moretón o herida o algún hueso roto, pero cuando entré a primaria un médico de la escuela se preocupó lo suficiente como para intervenir, y me mandaron de nuevo con mi madre. Ella se había vuelto a casar, y su nuevo esposo… bueno, era por supuesto mi padrastro, pero aún ahora no puedo pensar en él como en nada parecido a un padre. Odio decirlo, pero es la verdad.

Se quedó en silencio un momento, como si esperara a recobrar fuerzas para continuar. El corazón de Aoyama martillaba incluso más fuerte ahora. No esperaba oír nada como esto, y le helaba la sangre solo imaginarla sufriendo el tipo de abuso que describía.

—El nuevo esposo de mi madre me golpeaba cada día, del mismo modo en que lo hacía la esposa de mi tío, pero solía decir cosas como: «Me das asco. Solo mirarte me da un mal sabor en la boca». Cosas así. «Preferiría matarte a seguir viéndote. Además hueles mal», decía. No soportaba tenerme en la misma habitación que ellos, ni siquiera durante la cena. Tan pronto como llegaba de la escuela, me decía que me fuera a otro lado. Me sentía mal, por supuesto, pero no conocía nada mejor y supongo que pensaba que así era como era la vida. Mi madre nunca intentó protegerme y nunca dijo que sentía lo que pasaba. Me… me desconcierta pensar en esto ahora. Pero la verdad es que el hecho de que nunca me pidiera perdón era una bendición, en cierta manera, porque me ayudó, o me forzó, a ser fuerte. Si alguna vez hubiera dicho: «Lo siento, cariño», pienso que hubiera sido más difícil para mí, aunque no pueda decir exactamente por qué. Todavía veo a mi madre a veces, nos juntamos a tomar té, pero una vez, hace mucho tiempo ya, estábamos bebiendo, ella es una gran bebedora, y dijo algo que nunca pude olvidar. Su propia madre, mi abuela, también era alcohólica, y al parecer se casó y se divorció muchas veces. Mi madre dijo que siempre había querido vivir una vida completamente diferente de la que su propia madre había tenido. Pero dijo que no había sido capaz después de todo.

Cuando vio las lágrimas manando de sus ojos, a Aoyama se le apretó el pecho. No solo figurativamente; era como si alguien le

estuviese ajustando un *corset* invisible en las costillas. Ella se mordió los labios para aguantar las lágrimas y luego de un momento continuó su historia.

—Dijo que, aunque era capaz de visualizar una vida diferente, no era lo suficientemente fuerte como para hacerla realidad. Me dijo que la fortaleza verdadera era la capacidad de ser amable con otros, y que yo debía hacer lo que sea para encontrar ese tipo de fuerza. Dijo que no podía explicarme cómo hacer eso, porque ella misma nunca lo había logrado, pero que la gente que era lo suficientemente fuerte como para ser amable con los demás siempre se las arreglaba en este mundo. El nuevo esposo de mi madre tenía una discapacidad, no podía usar las piernas, y por alguna razón yo siempre fui una corredora veloz. Madre dijo que tal vez era por eso que me odiaba tanto, pero…

Aoyama respiró hondo en silencio. Su confesión explicaba muchas cosas, y era consciente de que sentía cierto alivio entre todas las otras emociones. Sin duda su madre y el «nuevo esposo» habían estado viviendo en el departamento en Suginami. Pese a que probablemente eran sus padres legalmente, ella no mantenía contacto regular con ellos, con lo cual era posible que no supiera que se habían mudado. ¿Por qué habría de importarle?

—La última vez, cuando fue tan amable de reunirse conmigo —continuó—, me temo que le dije una mentira. Dije que a veces íbamos a locales de soba o a restaurantes familiares juntos, pero la verdad es que nunca fuimos a ningún lugar como familia. No era fácil para el nuevo esposo de mi madre moverse, por un lado, y no se me permitía comer con ellos ni siquiera en casa. Bueno, sí compartí alguna comida con mi madre de vez en cuando, pero… Ha sido tan amable conmigo, ¿y qué hago yo sino mentirle en nuestra primera oportunidad para hablar? Sé que no hay excusa para eso. Si quiere que me vaya, por favor solo dígalo.

Aoyama la miró a los ojos. Era evidente que ella aguantaba las lágrimas solo por fuerza de voluntad. Buscó las palabras correctas que decir, y finalmente decidió solo expresar sus sentimientos con honestidad, sin embellecimiento.

—No sabría qué hacer si se va —dijo—. No tiene idea de cuánto he querido verla. Y lo que acaba de decirme no cambia nada.

Ella asintió profundamente y de a poco comenzó a llorar.

Más tarde en el taxi, camino al restaurant en Nishi-Azabu, Aoyama dijo que había solo una cosa que no había entendido.

—Pregúnteme lo que quiera —dijo ella—. Prefiero morir antes que esconderle algo de nuevo.

Era como si su confesión la hubiera liberado de un peso. Se sentaba relajada, casualmente inclinada hacia él en el asiento. Aoyama también, de forma extraña, se encontraba mucho más relajado ahora. Pensó que debía ser porque habían compartido algo muy íntimo y muy poderoso.

—No soy ningún experto —dijo—, pero está claro que sufrió un abuso severo de niña, tanto física como emocionalmente. Y según lo que sé, la gente con ese tipo de pasado por lo general tiene dificultades para relacionarse con otros. Suelen estar enredados en sus complejos y básicamente es poco agradable acercárseles. Una vez leí que cuando las víctimas de abuso infantil crecen comienzan a hacer inconscientemente cosas para desagradar a los demás, porque en realidad se sienten más cómodos sin gustarle a nadie, lo que de una forma retorcida hace sentido, supongo. Pero usted no es para nada así. No parece una persona que… ¿cómo puedo decirlo? Alguien que haya sido herida.

Ella asintió varias veces, como para sí misma, luego se inclinó hacia él y dijo en una voz apenas audible:

—Gracias.

Su cara estaba cerca a la de él, y mientras miraba sus pestañas largas y caídas, un estremecimiento recorrió su espalda.

El restaurant se encontraba en una pequeña calle relativamente tranquila justo sobre la colina de la intersección Nishi-Azabu. Su comida toscana era famosa, pero no aparecía en las guías de turismo, de hecho, la gerencia evitaba la cobertura de la prensa. El interior estaba inmaculado, el servicio era excelente y ninguno de los comensales parecía fuera de lugar. Cualquiera que hubiese venido por primera vez experimentaría, si no admiración, al menos un placentero tipo de tensión al ver los exquisitos diseños grabados en las particiones de vidrio que rodeaban cada mesa y la magnífica tapicería, de la cual el dueño estaba particularmente orgulloso, que representaba una Florencia del siglo XVII y cubría una pared entera. No era un lugar grande, y no podía conseguirse una reserva sin la recomendación formal de un cliente de confianza. Los ojos de

Asami Yamasaki centelleaban cuando se sentaron. Cuando el mesero les preguntó si gustaban de un aperitivo, ordenó un Campari naranja con una atractiva voz de niña y miró a Aoyama como preguntándole si estaba bien. Él le guiñó un ojo para reafirmarla y ordenó el *carpaccio*, especialidad de la casa, y otra entrada que consistía en tres tipos de pasta. Para el plato principal eligió un *bistecca alla florentina* y una botella de *Barbaresco* del 89.

Llegaron los aperitivos y Asami Yamasaki tomó un sorbo de su Campari.

—Creo que es por el *ballet* —dijo. Por un momento Aoyama no tuvo idea de qué estaba hablando—. Usted mencionó que no parecía marcada por el abuso. Me alegró mucho escucharlo, y pienso que es verdad, pero me hizo preguntarme: ¿qué hace que no lleve las heridas? Lo pensé cuando íbamos en el taxi pero no pude realmente llegar a una buena respuesta. Y luego, cuando llegamos acá, es un lugar fantástico…

Hizo una pausa y sonrió. Era una sonrisa perfecta, pensó Aoyama. ¿Quién no quedaría encantado con esa sonrisa?

—Supongo que mi concentración no es tan buena como debiera ser —continuó—. Pero quizá esa es una razón por la que no me deprimo tanto con nada. Cuando nos sentamos aquí y vi este mantel y estas velas y estas servilletas, y especialmente los bellos diseños en los vidrios, las uvas y los pajaritos y los instrumentos musicales, las curvas en los vidrios… ¿cree que están hechas a mano? Los diseños son diferentes en cada sector.

—Me lo pregunto. Quizá *sí están* grabados a mano.

—Estoy segura. Son tan cálidos e íntimos… en fin, estaba mirando todas estas cosas, y, en la medida en que olvidaba mi pregunta, la respuesta apareció en mi mente: el *ballet*.

—¿Entonces dice que el *ballet* le ayudó a sanar las heridas?

—Sí. Estaba en cuarto grado, y vivíamos en ese pequeño departamento en Suginami. Justo abajo en la calle había una pequeña escuela de *ballet* llevada por una mujer anciana y su hija. Las clases eran baratas y mi madre sugirió que lo intentara. Aparentemente tengo la contextura adecuada para el *ballet*, o por lo menos eso me dijeron, y luego de un año la profesora, la mujer anciana, me dijo que debería cambiarme a una escuela más grande. Escribió una carta de recomendación para mí y terminé con una

beca en un lugar de Minami Aoyama, uno de los estudios más grandes de *ballet* de Japón.

Miró hacia el mantel y Aoyama esperó a que continuara.

—No sé cómo expresar esto bien —dijo—, pero cuando haces ejercicio bailando es como si todas las cosas malas, todos los pensamientos malos, fueran expulsados de ti. Es como si pudieras verlos evaporarse. ¿Conoce los espejos grandes que tienen los estudios de *ballet*? Cuando me veía a mí misma en el espejo luego de dominar un nuevo *pas*, un nuevo paso, me sentía, bueno, purificada. Ver que hasta cierto punto podía volverme una con algo hermoso, con esta grácil imagen que tenía en mi cabeza, era… bueno, no puedo explicarlo. Pero me hizo olvidar mis problemas, y pienso que así es como me las arreglé para superarlo todo.

El sommelier descorchó el *Barbaresco*, liberando su aroma característico, y sirvió un poco en la copa de Aoyama. Mientras tomaba un sorbo y lo movía en su lengua, tuvo que esforzarse en sofocar las lágrimas. Asintió y el sommelier se retiró. Un mesero puso el *carpaccio* sobre la mesa ante ellos, y cuando volvieron a dejarlos solos Aoyama se las arregló para decir:

—Ya veo.

Un momento después agregó:

—Usted es increíble.

Hicieron tintinear sus copas en un brindis.

—De verdad lo entiende, ¿cierto? —dijo ella—. Eso me hace muy feliz. Entregué todo lo que tenía al *ballet*, por tanto tiempo, pero no tenía nadie con quién hablar realmente. Y luego de que me lesioné la cadera… no es que no tenga amigos u oportunidades de conocer gente, pero no había nadie que realmente pudiera confortarme. De hecho, es la primera persona con la que he hablado de esto, acerca de mi madre y su nuevo esposo y todo. No le había contado esto a nadie, nunca…

7

Aoyama la llevó a casa en un taxi. Se tomaron su tiempo con la cena, y luego del vino tomaron grappa y comieron postre. Ahora eran más de las once. Estaba seguro de que ella hubiera aceptado feliz si le hubiese sugerido tomar algo más en otro lugar, pero sintió que la cena había sido suficiente por la noche. La vigorizante tensión que había experimentado las últimas cinco horas le pasaban la cuenta y, además, no quería tentar su suerte. ¿Cuánta felicidad, después de todo, le permitirían los dioses a un solo hombre?

Cariñoso con el vino y la grappa, quiso tomarle la mano en el taxi, pero decidió luego de un poco de lucha mental que lo mejor era resistir ese impulso también. Y sin embargo: un hombre de cuarenta y dos años acobardado por no saber si tomarle la mano o no a una chica, ¿qué tan ridículo se puede ser?

—Cenemos de nuevo pronto —dijo cuando el taxi paró y la dejó cerca de la estación Nakameguro.

—¿Cuándo? —dijo ella de inmediato, luego se mostró avergonzada por dejar salir su ansiedad. Como una niña atrapada en alguna travesura inocente. El sutil juego de expresiones faciales, el momentáneo rubor de la vergüenza seguido del agache de la cabeza y una sonrisa que delataba la felicidad que burbujeaba en su interior, eran más elocuentes que cualquier palabra, y Aoyama se sintió intoxicado.

—La llamaré —le dijo, y ella contestó:

—Estaré esperando.

—Lamento molestarte tan tarde.

Llamaba a Yoshikawa desde su celular camino a casa. Apenas podía creer lo bien que había salido la cita. El asiento trasero del taxi bien podría haber sido una nube, y sentía que la sangre en sus venas se había transformado en miel. Percibió un rastro de su perfume en el respaldo del asiento junto a él y se recordó

agonizando por no saber si tomarle la mano o no. Pero la euforia le retrató el recuerdo con una luz romántica y le reafirmó que el amor puede hacer sentir a un hombre así, incluso a uno de su edad. Había sacado el teléfono de su estuche pensando que le gustaría compartir esos sentimientos con todos los cuarentones del mundo, pero por supuesto Yoshikawa era el único al que podía llamar.

—¿Estabas durmiendo?

—¿Qué pasa? Es casi medianoche.

Yoshikawa sonaba cansado. O quizás ebrio. Aoyama había ido a su casa algunas veces y lo imaginaba sentado en su angosto escritorio, tomando un *Cordon Bleu* luego de que su esposa e hijo se fueran a la cama. Habría sacado la botella y una copa de los estantes que también sostenían sus trofeos de golf, se habría cortado un poco de queso en la cocina y luego se habría sentado a pasar un momento tranquilo con una revista o un video. Pobre diablo, pensó Aoyama, emborrachándose solo antes de ir a dormir. Tengo que hacerle saber que tener nuestra edad no significa que las oportunidades hayan quedado atrás, que no puedes rendirte así.

—Tuve una cita esta noche. —Aoyama intentó mantener el júbilo fuera de su voz.

—¿Ah sí? ¿Y?

—Me enteré de todo su pasado sublime.

—¿Como de qué?

—No puedo darte los detalles, hay cosas muy personales, pero puedo decirte que tuvo una infancia terriblemente difícil y que se las arregló para sortearla, todo por sí misma. Por supuesto, puede que eso no signifique mucho para un cínico como tú…

Hizo una pausa, pero Yoshikawa no dijo nada.

—¿Hola? ¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

La irritación en la voz de Yoshikawa moderó un poco su euforia. ¿No podía el bastardo alegrarse por la buena fortuna de un amigo? Aoyama recordó leer un artículo de una famosa columnista acerca de que nuestra habilidad para sentir y expresar emociones —el distorsionar nuestras caras de alegría, o gemir y llorar de tristeza, o colapsar de agonía, o revolcarnos de pasión— no era una característica humana inherente, sino que podíamos perderla simplemente llevando vidas monótonas y aburridas. «Una vida rica

y emocionante», había escrito, «es un privilegio reservado solo para los pocos que se atreven». Quizá Yoshikawa sencillamente no era uno de ellos.

—En fin, quedé realmente impresionado.

—Genial —dijo Yoshikawa.

Aunque, por otro lado, quizá no era solo irritación. Sonaba casi abatido.

—¿Pasa algo?

Yoshikawa no respondió. Aoyama se preguntó si debía dejar hasta ahí la conversación.

—Bueno, mejor te llamo en otra…

—No, no, está bien. Es solo que… no quería molestarte cuando estás de tan buen ánimo. Mi madre… la conociste, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Pasó algo con ella? —Debe haber muerto, pensó Aoyama. Maldición. Llamó para ufanarse de buenas nuevas desde lo alto de la montaña y su amigo se hunde en el abismo—. No me digas que…

—No, no es eso. Solo lo de siempre… ya está un poco senil y hoy se cayó de las escaleras. Créeme, hay veces en que uno piensa que todos estaríamos mejor si tan solo ella… perdón. Es un tema bien oscuro, lo sé.

—Yo soy el que debería disculparse. Te llamo por esto cuando…

—Oye, me alegra que me distraigan. Ha sido un bajón deprimente, la verdad. O sea, uno siempre escucha que cuando comienza la demencia pueden volverse personas completamente diferentes, pero cuando es tu mamá… por supuesto, la que realmente sufre es mi esposa. Debí llevar a mi madre a una casa de acogida o algo así desde el comienzo. Pero seguí perdiendo el tiempo y de pronto habían pasado siete años. No sé cómo le hice algo tan terrible… a mi esposa, quiero decir. Ella se preocupa más de la vieja que yo incluso. A veces explota en lágrimas y dice que es su culpa. Por supuesto, ella y mi madre tienen una especie de lazo que no logro comprender del todo.

—Pero está bien, ¿cierto? Tu madre.

—Sí. Es solo su pierna. Mi esposa está con ella en el hospital ahora mismo. No siente las piernas, en todo caso, pero se quebró un tobillo. Y no es como cuando uno es joven y se produce una rotura limpia, sabes. Al parecer la vivida explicación del médico fue que se

veía como si alguien hubiese quebrado un carbón con un martillo. Quedó pulverizado, en otras palabras, y no existe forma de que se recupere. Así que estaba sentado aquí, pensando que, bueno, parece que no queda otra que mandarla a una casa de ancianos, pero luego me tomé unos tragos y… Qué perdedor, ¿eh?

—No hables así.

—Hay unos muy buenos lugares ahora, ¿sabías?, con cuidados día y noche.

—Sí. He visto panfletos.

—No son baratos, pero… en fin. Perdona que te tire todo esto encima.

—No te preocupes.

—Te envidio, Aoyama. Tienes la misma edad que yo y mira la diferencia. Saliendo con una chica de 24 años.

Aoyama no respondió. Su amigo, el mismo que había creado la oportunidad para que conociera a Asami Yamasaki, sufría. Quería decir algo que lo ayudara, pero seguía bajo el influjo de su euforia, y no era fácil empatizar con la depresión de alguien más.

—Oh, por cierto —dijo Yoshikawa. Luego se quedó en silencio un momento y suspiró—. Nah, da lo mismo. No importa.

—Qué.

—Nada. Olvídalo.

—Solo dilo.

—Solo es un estúpido rumor que escuché. De la anfitriona de un bar, nada menos. No es una fuente muy confiable.

—Continúa.

—Es sobre el tipo de la disquera, Shibata. Hablando de piernas.

¿Piernas? Oír el nombre Shibata hizo que Aoyama cayera de vuelta a la tierra. El productor musical mujeriego que había tenido una conexión indirecta con Asami Yamasaki. ¿Acaso había algo más en su relación? Solo pensar en esa posibilidad lo llenaba de odio contra el hombre. Shibata probablemente había bebido y comido con jóvenes hermosas cada noche. Uno de su calaña no hubiera agonizado, como le sucedió a Aoyama, por la idea de tomar la mano de Asami Yamasaki. Se le hubiera echado encima a la primera. Aoyama sintió que podía asesinar a un baboso como ese. Afortunadamente Shibata ya estaba muerto.

—Supuestamente venía de una familia de muy buenas

conexiones, y todo fue encubierto para evitar un escándalo, pero… Bueno, según los rumores, su ataque al corazón fue causado por alguien que intentó cortarle los pies, de los tobillos para abajo. En otras palabras, fue asesinado, se supone, pero repito: esto me lo dijo una anfitriona en un bar. Parece algo sacado de *Viernes 13*. Quizá ni valga la pena chequearlo.

Aoyama sintió alivio. Al menos el rumor no tenía nada que ver con Asami Yamasaki. Y si era cierto, pensó, el infeliz solo había recibido su merecido. La euforia y los celos de Aoyama aunaron fuerzas con el alcohol para borrar todo el asunto de su mente, y no volvió a pensar en ello. Tampoco, desafortunadamente, hizo ninguna conexión con el joven en silla de ruedas en el café del hotel.

—Ah, eres tú, pa. Por cómo *Gangsta* ladraba, pensé que podía ser un ladrón o algo.

Aoyama había abierto la puerta principal para encontrarse con Shige ahí de pie en pijama, blandiendo un cuchillo de combate en la mano.

—¿De dónde sacaste esa cosa?

Era un cuchillo grande, con una hoja de unos treinta centímetros.

—¿No te acuerdas? Lo compraste tú mismo, pa, en Singapur o Hong Kong, por ahí.

—Maldito sea yo —dijo Aoyama mientras caminaba del *living* a la cocina—. Tienes razón.

Hacía diez años había viajado por el sudeste asiático. En una feria libre de Manila, si no recordaba mal, había comprado el cuchillo en un impulso. Ryoko se lo había confiscado, regañándolo por llevar algo tan peligroso a casa, y no lo había visto ni había pensado en él desde entonces.

—¿Dónde estaba? —Eligió un agua fría *Evian* del refrigerador, volvió al *living*, se echó en el sillón y tomó un trago.

—Lo encontré hace poco —dijo Shige, enfundando de nuevo el cuchillo en su vaina de plástico.

—¿Dónde?

—En el gabinete de tragos.

—Nunca lo noté.

—En la parte de abajo, donde están los vinos caros. Estaba

detrás de todas las botellas. Ahí tienes un regalo de mamá.

El cajón de abajo tenía una puerta doble con una cerradura incorporada, ahí donde Aoyama guardaba el *Château d'Yquem* y el *Romanée-Conti* y otros vinos famosos que traía cada vez que viajaba a Europa a hacer negocios. Tenía una colección de catorce o quince monstruos *bona fide*.

—¿Qué quieres decir?

—Ella nunca bota nada —dijo Shige, manteniendo el tiempo presente—. Puede que se enoje y diga que va a tirar algo, pero no es capaz.

—Eso es verdad. —Aoyama asintió, bajando la mirada y sonriendo. Ambos se quedaron en silencio un momento. Recordó el rostro de Ryoko e imaginó que Shige hacía lo mismo.

—No está oxidado ni nada —dijo Shige—. Es realmente el lugar perfecto para guardarlo. Cero humedad.

—¿Cuándo lo encontraste?

—Hace un par de meses. ¿Te acuerdas cuando vino ese amigo mío? ¿El alto y flaco?

Shige era popular en la escuela y sus amigos se quedaban en casa todo el tiempo. Aoyama tendía a desaparecer cuando eso pasaba, pero Rie-san siempre disfrutaba de hacerse cargo y preparar un montón de comida para los chicos: arroz con *curry* y *sushi* y *spaghetti*, etcétera.

—De verdad le gusta el vino.

—¿El vino? ¿Un chico de primer año de preparatoria?

—Sí. Quiere ser un… ¿cómo se llaman?

—¿Un sommelier?

—Eso. Dijo que quería ver tu colección.

—¿Con quince años ya sabe qué quiere ser?

—Muchos chicos ya saben.

—¿Es eso prudente? ¿Limitar tus opciones tan joven?

—Bienvenido al nuevo mundo, pa. Ya no es la época dorada de tu juventud. El mundo se fue al carajo, ¿o no? Corrupción y todo eso.

—Es verdad.

—Cualquiera con cerebro sabe que conseguir el éxito en este país no es fácil. Pienso que el asunto del vino es una buena idea, algo práctico en lo que puedes enfocarte y mejorar. Muchos chicos de mi edad ya decidieron qué quieren hacer: ingeniería informática, esa es buena, diseño gráfico… bueno, principalmente cosas relacionadas con computadores, supongo. Pero si te vas a especializar en algo, mejor empezar pronto, ¿no?

—¿Y tú?

—He decidido esperar un poco. Me gusta la biología y la química, pero no he tenido nada de bioquímica o biología molecular o algo que se le parezca, así que…

Shige devolvió el cuchillo al gabinete y dejó la llave en su escondite bajo una botella de *armagnac*.

—Ni se te ocurra usar eso en una pelea —dijo Aoyama. Shige puso los ojos en blanco—. Ni siquiera contra ladrones, contra nadie. A veces tener un arma puede ponerte en grave peligro.

—Lo sé. Pero cuando *Gangsta* empieza a ladrar y estoy solo en casa… Ya sabes que ha habido muchos robos últimamente.

Aoyama vio la hora. Eran cerca de la una de la mañana, y se sintió culpable de haber dejado solo a Shige mientras se divertía. Terminó su agua *Evian* y dijo:

—Intentaré no volver tan tarde desde ahora.

—¿Y cómo te fue, por cierto? —dijo Shige subiendo las escaleras.

—¿En qué?

—En tu cita.

—Ah, estuvo bien. Tuvo una infancia poco feliz, escuché muchos detalles esta noche. Creció en una familia abusiva sin nadie en quien afirmarse. Pero pudo sobrellevarlo gracias al *ballet*. La mayoría de las mujeres hermosas han sido mimadas toda su vida, pero ella tuvo que aprender a ser fuerte y a confiar en sí misma.

Shige paró en medio de las escaleras y se lo quedó mirando.

—¿Qué? —dijo Aoyama.

Shige se encogió de hombros.

—No sé nada de *ballet* —dijo—, pero por lo que he escuchado no es tan fácil recuperarse de ser abusado de niño.

Aoyama quedó maravillado por milésima vez de lo maduro que se estaba volviendo su hijo. Sonrió y le dio las buenas noches,

diciéndose que Shige entendería todo cuando la conociera.

—Buenas noches, pa —dijo Shige desde el segundo piso. Su voz era tan amable y segura como la de un adulto.

El otoño se volvía invierno. El programa

FM

La heroína del mañana sufría una silenciosa muerte. Yoshikawa dijo que, cuando finalmente expirara, todo lo que tenían que hacer era anunciar que por complicaciones con el guion las audiciones serían pospuestas. No tendrían ningún problema, dijo, muchísimos proyectos de películas eran cancelados cada año.

—Además, no somos productores de cine, así que no es como que nuestra reputación esté en juego. Dale dos semanas y nadie se acordará siquiera del asunto. —Yoshikawa se encontraba de buen ánimo en esos días. Había llevado a su madre a una casa de ancianos en las afueras de Tokio—. Pero tienes un desafío frente a ti —dijo—. Claramente tendrás que decirle a la tierna

Yamasaki-san

que la película ha muerto oficialmente. No te has acostado con ella, ¿verdad? No importa qué tan dulce sea, tener sexo con ella antes de confesarle la verdad sería buscarse problemas.

Aoyama ni siquiera había logrado tomar su mano todavía.

Habían tenido cuatro o cinco citas más durante los meses pasados. Y pese a que no habían ido más allá de la cena y los tragos, podía asegurar que ella disfrutaba de estar con él. Su voz siempre era vibrante y animada cuando la llamaba, y llegaba a sus citas perfectamente vestida y maquillada. Él, por su parte, se sentía más embriagado cada vez que la veía. La llevó a los mejores restaurantes que conocía y le dio a probar una serie de vinos excelentes. Pasaron horas alrededor de cada comida, en un flujo de festines de alma y razón. Nunca se cansaba de hablar de *ballet*, y él de vez en cuando dejaba escapar reminiscencias poéticas de Alemania, y aún así la conversación siempre se sentía chispeante y nueva.

Pero a medida que el episodio final de *La heroína del mañana* se acercaba, Aoyama comenzó a sentir la presión. ¿Cuándo debía darle la noticia de que la película no se haría? Ese, no obstante, no era el único asunto que necesitaba discutir. Ella todavía no sabía mucho sobre su vida personal. De algún modo él debía encontrar la

oportunidad de revelarle que había perdido a su esposa hacía siete años y que vivía con su hijo de quince. Ella parecía cuidadosa en no indagar en tales asuntos.

Fue a fines de octubre, una semana antes del final del programa de radio, una noche en que las primeras ráfagas de viento invernal caían sobre Tokio, que Aoyama decidió que había llegado el momento.

Le pidió que se juntaran en el bar de uno de los hoteles rascacielos del oeste de Shinjuku. Quería contarle lo de la película antes de que fueran a cenar, y para poner en orden sus pensamientos llegó casi veinte minutos antes. El bar se especializaba en espumantes, los que servía incluso por copas, y se había puesto algo de moda luego de que algunas revistas de tendencias escribieran sobre él. Recién llegada la noche, sin embargo, todavía estaba medio vacío. El mesero saludó a Aoyama por su nombre y le ofreció una mesa, pero decidió sentarse en la barra. Prefería no mirar de frente a Asami Yamasaki cuando le diera las noticias.

Ella se deslizó dentro del bar con un minivestido negro y botas, y, como siempre, la cabeza de cada hombre en el lugar se volteó para verla pasar.

—No había estado en Shinjuku hace años. —Sonrió y se sentó en el taburete junto a él.

—Conozco un pequeño restaurant único no lejos de aquí —dijo —, al Este de Nakano. Es regentado por una antigua *geisha*, y sirve comida Edo *kuruwa* auténtica. Pensé que sería un buen cambio.

—Adonde sea que vamos la comida es irresistible. —Palmeó su muy angosta cintura—. Me temo que estoy ganando peso.

Aoyama sonrió y pidió un *Dom Pérignon rosé* para ambos. Luego de un brindis casual y de un trago, juntó valor y se lanzó.

—Lo lamento, pero traigo noticias desafortunadas esta noche — dijo. Ella estaba a medio camino de dejar su copa sobre la mesa y se quedó ahí congelada, sus rasgos visiblemente endurecidos.

—¿Qué pasa? —susurró.

El plan era explicar la situación más o menos siguiendo las líneas que Yoshikawa había sugerido. Aoyama concentró la mirada en su copa de *champagne* e intentó suprimir un tremor incipiente en su voz.

—Es sobre la película para la que usted audicionó.

Ella soltó su aire con un sonido muy parecido a un *uff*, se tomó la mitad de la champaña de su copa y le lanzó una mirada significativa. Aoyama se sintió confundido pero aliviado aunque siguió en guardia.

—¿Por qué sonríe? —dijo.

—No estoy sonriendo. Continúe.

—Estaba sonriendo.

—¿Lo estaba?

—Sí. Definitivamente sonrió. Estas no son buenas noticias, y será incluso más difícil para mi decírselas si está sonriendo.

—Pero es sobre la película.

—Así es.

—¿Le dieron el papel a alguien más? —dijo. Puede que no haya estado sonriendo ahora, pero ciertamente no parecía enojada.

—No exactamente. El asunto es que teníamos a un guionista preparando el texto, un tipo medianamente conocido… bueno, sin entrar en muchos detalles, los auspiciadores rechazaron su idea, terminó enojándose y hace dos semanas se retiró.

—Oh. ¿Entonces tiene que encontrar a alguien más que lo escriba?

—No es tan fácil. El distribuidor apoyó el proyecto con la condición de que este guionista en particular estuviese envuelto. Ha habido algo de rencor entre los auspiciadores y el distribuidor a raíz de esto, y… bueno, no soy un experto en el negocio del cine, pero sí sé que no hay forma de que una película se haga sin auspiciadores ni distribución. La próxima semana anunciarán que la producción ha sido suspendida temporalmente, pero me temo que la verdad es que el proyecto probablemente nunca vea la luz del sol.

Aoyama le echó una mirada. Ella estaba radiante de nuevo. Y lo que le dijo lo tomó completamente por sorpresa.

—Usted debe estar terriblemente desilusionado. Pero yo… es egoísta de mi parte, lo sé, pero me alegro un poco.

—¿Se alegra?

—Lo siento. Es terrible que lo diga, después de…

—¿Por qué se alegra?

—¿No recuerda lo que escribí en mi ensayo? Estaba cien por ciento segura de que no sería elegida para el papel. Pero sabía que si alguien más lo tuviera, usted y ella tendrían que pasar mucho

tiempo juntos, y la verdad es que no disfrutaba de esa idea. Así que, desde un punto de vista estrictamente egoísta… Además, temía que las «malas noticias» pudieran ser otra cosa… que no pudiera verme más, por ejemplo, o que no pudiéramos juntarnos tan seguido.

Ella elevó su copa hacia él de nuevo. El cristal delicado sonó como una campana perfecta, y Aoyama sintió la tensión escapando de sus hombros.

8

El restaurant, en un paseo oculto de la zona de comida y bebida de Nakano Este, hubiese sido absolutamente invisible para el ojo poco suspicaz: no tenía luces de neón, ni siquiera un cartel que anunciara su existencia. Él y Ryoko solían ir con frecuencia, y el exterior no había cambiado en nada desde aquellos días. Aunque ahora había vagabundos extranjeros y jóvenes prostitutos con mucho maquillaje que rondaban el callejón y acosaban a los borrachos que tropezaban con ellos. Pese a ello, ni siquiera echaron una mirada a Aoyama cuando pasó con Asami Yamasaki del brazo. Se dio cuenta de que ella los estudiaba en la caminata que dieron desde la calle principal, donde el taxi los había dejado, pero no había desdén ni miedo en su expresión: observaba a esta gente como observaría a cualquiera. Mientras la llevaba por el paseo, abriéndose paso entre los prostitutos, notó cierto sentimiento de superioridad no con relación a ellos, personalmente, sino con su destino. Estos eran hombres y mujeres desafortunados que se veían forzados a vender sus cuerpos y su orgullo. Él, por otro lado, iba con una hermosa joven, y estaba enamorado. Se sintió realmente bendecido.

En la parte de arriba del menú escrito a mano, con caligrafía de brocha y tinta, estaban las palabras *edo kuruwa ryori*. Era un lugar pequeño; siete asientos en la encimera y dos mesas. Sentados juntos en una de las mesas estaban los únicos otros clientes: tres caballeros de pelo blanco que podían ser presidentes o directores de bancos o compañías comerciales. Hablaban de cosas como golf y la bolsa de valores y asuntos de salud, y bebían de un modo refinado sus vasos de sake frío. Kai, la dueña, siempre vestía un kimono. Trajo toallas de mano humeantes y un par de cócteles en vasos *Satsuma* tallados.

—Hola, extraño —le dijo a Aoyama.

Asami Yamasaki probó su cóctel y suspiró.

—¡Está delicioso!

Su voz reverberó en la pequeña estancia, y los tres caballeros de cabellera blanca giraron lentamente sus elegantes trajes a medida para mirarla. Todos eran lo suficientemente viejos como para haber visto su buen número de mujeres bellas, pero algo en su voz poco común debe haberlos sorprendido. Esa voz suave pero penetrante que acariciaba los oídos y escalaba hacia el cerebro como vino.

—Me alegra que te guste —dijo Kai con una sonrisa de bienvenida—. Es la especialidad de la casa: sake helado y sidra.

Kai había sido una *geisha* en Shimbashi. Al menos diez años mayor que Aoyama, se había retirado en sus treinta para casarse con un médico, pero se divorció al poco tiempo y abrió este restaurant. Había tejido una gran red de contactos durante su carrera, que incluía a personas vip en muchos campos, desde finanzas a medios masivos. (Una vez le preguntó cuál había sido su cliente más memorable, solo para quedar atónito con la respuesta: Khrushchev). Aoyama no la había conocido en sus días de *geisha*, por supuesto, pero había frecuentado el local durante casi veinte años. A Kai siempre le había gustado Ryoko, y Aoyama jamás había dudado en hablarle de su vida privada. Estaba ansioso de que conociera a Asami Yamasaki.

Luego de la introducción, Kai volvió a reunirse con los caballeros en su mesa. Su asistente, una mujer al borde de la medianía de edad que cojeaba levemente de una pierna, les trajo un aperitivo de pez globo en gelatina. Pese a que era noviembre, el lugar estaba bien calefaccionado, y caminaba por los tatami con los pies descalzos, al igual que Kai. Había algo extrañamente seductor, pensó Aoyama mientras la miraba cojear hacia la cocina, en una mujer descalza y vestida en su totalidad con el kimono tradicional.

—¿Qué es *kuruwa ryori* exactamente? —preguntó Asami Yamasaki mientras se alcanzaba una porción de pez globo con los palillos.

—La teoría más difundida —dijo—, es que es un tipo de comida que se originó con las recetas servidas en las casas de placer de la era Edo, pero algunos dicen que en realidad viene de las posadas del antiguo camino de Tokaido. En cualquier caso, es el epítome de la elegancia Edo, y en mi opinión es mucho más atractiva y sabrosa que la comida *kaiseki*, por ejemplo.

Sentada junto a los ancianos de pelo cano, Kai no hablaba mucho pero mantenía sus copas llenas y escuchaba con atención lo que tenían que decir. Cuando le dirigían una pregunta (¿Juegas algo de golf por casualidad, Kai?), ella mantenía sus respuestas breves y geniales (¡No soporto caminar tanto!). Prestar el oído era un arte tan fundamental para una mujer en su posición como lo era para camareros y anfitrionas. Y Kai había sido una maestra en el pasado.

—Apenas sé algo de *kaiseki* —dijo Asami Yamasaki.

Parecía de algún modo más contenida que cuando estaban en los restaurantes franceses e italianos a los que habían ido. Probablemente se sentía algo intimidada por la atmósfera insular del lugar, pensó Aoyama, y recordó que Ryoko también se había sentido así al comienzo.

—Sería raro saber mucho de *kaiseki* a su edad.

—Pero he escuchado que es deliciosa.

—La verdad nunca la encontré para nada sabrosa.

La asistente les trajo *sashimi* de cola amarilla, cuencos lacados llenos de caldo de almejas, y sake *ginjosbu* caliente de la prefectura de Ishikawa. Las mejillas casi traslúcidas de Asami Yamasaki adquirieron cierto rubor mientras tomaba de su vaso.

—*Kaiseki* —dijo Aoyama echándole una mirada a los ancianos caballeros y bajando su voz con malicia— es esencialmente una cocina diseñada para los ciudadanos mayores.

Ella rio (esa risa que era como medicina para los oídos).

—¿Cómo así? —dijo mientras embadurnaba de *wasabi* un trozo de cola amarilla.

Aoyama bajó la mirada hacia la mano que manipulaba los palillos. Sus dedos finos, el rosado claro de sus uñas, las venas azules apenas visibles en el dorso de su mano. La piel tan suave que podría haber sido una membrana artificial.

—El común denominador de todas las recetas *kaiseki* —dijo—, es su textura suave. Ninguno de ellos supone un esfuerzo para los dientes. No llevan nada de carne, para empezar, y hasta los camarones, por ejemplo, se muelen hasta hacerlos bolas de masa hervida. Es todo muy refinado, supongo, pero… no sé, se podría decir que la comida *kaiseki* se trata básicamente de recetas que son fáciles de masticar.

Pensó que ahora estaba en buena medida acostumbrado a estar

con ella, pero estar así, sentados lado a lado, rozando sus hombros, lo hacía sentir tenso. Su garganta estaba seca, y tenía que suprimir el impulso de beber demasiado rápido. Cuando uno está tenso, particularmente cuando uno está cerca de un ser deseable del sexo opuesto, se tiende o a no saber qué decir o a hablar demasiado. Aoyama pertenecía a estos últimos.

—Siempre se habla sobre los beneficios a la salud que tiene la comida japonesa —dijo—, pero a mí me fascinan otros aspectos de la experiencia de la cena en Japón. Como todo el sistema de servir comida en una encimera como esta, con todos los clientes encarados hacia el mismo lugar, en lugar de unos a otros. Es extraño cuando lo piensas. En un bar de *sushi*, por ejemplo, todos miran al *itamae-san* y discuten lo que comen; qué tipo de calamar es, y cómo fue pescado, *y cómo* esta es la mejor estación para hacerlo, aunque solo estarán así, en su mejor punto, durante un par de semanas más, y así. Discutir la comida con el chef, incluso mientras la comes… es un sistema peculiar.

—Supongo que sí, ¿verdad? No voy muy seguido a restaurantes de *sushi*, son demasiado caros, y probablemente podría contar las veces que me he sentado en la barra, pero entiendo a lo que se refiere. Hay algo particular en esa atmósfera.

—En el peor de los casos, es casi una atmósfera de colusión.

—¿Colusión?

—Todos en la barra se vuelven un miembro del grupo. En algunos bares de *sushi*, *todos* los clientes son regulares y se conocen entre todos. Si eres un extraño, se necesita coraje para entrar en un lugar así y tomar asiento. Es una pequeña comunidad cerradísima, y la armonía es de vital importancia. Nadie se enfrenta a nadie individualmente. Todas las conversaciones pasan por el chef, quien es como un moderador o un maestro de ceremonias. No se puede pasar un tiempo a solas con un amante, por ejemplo, en un lugar como ese; se aislarían del resto y arruinarían la atmósfera para todos.

—Supongo que es verdad.

—Y déjeme decirle algo: el *sushi* y el *kaiseki* son dos comidas que nunca me apetecen cuando estoy realmente abatido o estresado.

—¿No?

—Cuando uno está en el extranjero, por ejemplo, y está físicamente cansado y tiene los nervios agotados, lo último que quiere son trozos fríos de *sushi* o los pequeños sabores sutiles de *kaiseki*. Al menos así lo he vivido yo, pero pienso que es algo común. A personas diferentes les gustan diferentes cosas, por supuesto, pero cuando me siento exhausto prefiero comida picante como la coreana o la china sichuan. El picor estimula el apetito.

—Me encanta la comida picante. Comida india, por ejemplo.

—La comida india es genial, ¿cierto? La mayoría de las cocinas picantes se originaron en climas templados: Camboya, Tailandia, Vietnam, todos son lugares tropicales, pero en Corea el clima es relativamente frío. Me lo he preguntado antes, por qué tanta comida coreana es picante. La cultura coreana es increíblemente rica, pero la historia ha sido cruel con su gente. Los coreanos han sufrido muchísimo en formas muy básicas y concretas… han sido invadidos y ocupados por extranjeros, han tenido que ver a sus parientes asesinados frente a sus ojos, ese tipo de cosas. Es difícil para nosotros siquiera imaginar por lo que han pasado. Pero no importa qué tan mala sea la situación de uno: se necesita comer. Y la comida picante es una poderosa aliada cuando las reservas de coraje y energía están bajas, porque estimula el apetito. El *sushi* y el *kaiseki* no tienen ese poder. Las porciones son frías y frescas y del tamaño de un bocadillo, y son suaves y de fácil digestión, pero no son comidas que den fuerzas cuando falta la energía para ponerse de pie. Mi hipótesis es que el *sushi* y el *kaiseki* son cocinas que evolucionaron en tiempos pacíficos y prósperos, cuando comer bien era el estado natural de las cosas. En este país tenemos la ilusión de que siempre ha existido esta agradable y calurosa comunidad a la que pertenecemos, pero el otro lado de eso es una forma de exclusión y xenofobia, y nuestra comida lo refleja. La cocina japonesa no es para nada inclusiva, de hecho, es extremadamente inhóspita para los extranjeros, para la gente que no encaja en la comunidad.

Mientras hablaba, Aoyama vació cinco de los pequeños vasos *Mikawachi-yaki* de *ginjoshu* caliente. Hablaba demasiado, pensó, y se recomendó mesura. No era buena idea discutir su vida personal estando ebrio. Asami Yamasaki dejó sus palillos y se lo quedó

mirando. Qué rostro más bello, pensó, y qué rostro más misterioso. Parecía diferente desde cada ángulo.

—¿Usted siempre piensa cosas así? —preguntó.

—¿Cómo cosas así?

—Cosas como de las que hablaba.

—No siempre, no. Supongo que es solo cuestión de haber vivido mucho tiempo… los pensamientos se acumulan, especialmente los inútiles.

Ella se sirvió el último bocado de *sashimi* de cola amarilla.

—Pienso que tiene las ideas más originales —dijo—. Podría escucharle por horas.

Aoyama esperaba no estarse poniendo rojo. La asistente descalza trajo otra pequeña botella de sake caliente, junto con otras entradas: anguila a la parrilla, taros *kyoimo* al vapor, y hongos *shimeji* en salsa de pimienta negra.

—Puede que sea el primer hombre con el que he salido —dijo Asami Yamasaki— que me habla como si tuviera cerebro.

Los tres ancianos caballeros habían terminado sus postres de caquis secos, y ahora Kai los ayudaba con sus abrigos. Su conversación amistosa continuaba mientras se preparaban para partir: «¿Hacemos una parada en Ginza?» «No puedo, parto para Seattle mañana temprano en la mañana» «Dicen que esos vuelos largos afectan el sistema inmune, y ni hablar del coxis». Cuando pasaban detrás de ellos, los caballeros murmuraron «Discúlpennos» y «Buenas noches», confirmando lo que Aoyama ya sabía, que los verdaderamente poderosos eran infalibles en su cortesía.

—La mayoría de los hombres —continuó Asami Yamasaki— no parecen tomarse en serio a las mujeres jóvenes como yo.

—Bueno, me temo que he estado balbuceando un poco.

—Pienso que lo que ha dicho ha sido muy perceptivo. E interesante.

Él tomó otro sorbo de sake y sonrió tímidamente.

—Solo hablo desde la cabeza, la verdad —dijo—. Lo cierto es que *me encanta* el *sushi*.

Asami Yamasaki rio. Kai despedía a los ancianos caballeros, y la asistente estaba atrás en alguna parte, así que los dos se quedaron solos un momento. Aoyama rio también, no porque lo que había dicho fuese gracioso, sino porque la tensión finalmente se había

evaporado. Era hora de ir por el tema que más ocupaba su mente. Kai volvió, pero se sentó en la esquina más alejada de la estancia y prendió un cigarro. Fumaba *Peace* sin filtro.

—Quería discutir otro asunto más bien serio esta noche —comenzó Aoyama.

Asami Yamasaki lo observó, sintiendo su nerviosismo, e inmediatamente dejó abajo sus palillos. Sus mejillas tenían un rubor débil. Cruzó las manos sobre las rodillas, bajó la mirada y oyó.

—No le he dicho nada de mi vida privada —continuó—. Mi esposa… murió hace siete años de cáncer.

En la palabra «esposa», Asami Yamasaki se tensó visiblemente. En la palabra «murió» se volvió hacia él.

—No he tenido una relación real con nadie desde su muerte. Lo que no quiere decir que sea una especie de ejemplo de moralidad, por cierto.

Pero después de que muriera, sencillamente me encerré en mi trabajo. Le he hablado de la organista alemana. Bueno, fue justo después de la muerte de mi esposa que me embarque en ese proyecto. Solía venir mucho a este restaurant con ella, pero por favor no se lo tome a mal. No es que esté buscando un reemplazo para mi esposa, o que usted me recuerde a ella o nada por el estilo. Usted es una persona distinta, por supuesto, una persona completamente diferente… de hecho, pienso que es absolutamente única. Y esa es la razón por la cual, a medida que la he conocido en los últimos meses, yo… bueno, he comenzado a pensar en volver a casarme.

No pudo evitar notar que Asami Yamasaki no se lo tomaba bien. El rosado de sus mejillas se había drenado y ahora los hombros de su brilloso vestido negro temblaban.

—Perdóneme si la pongo en una situación incómoda —dijo—. Entiendo lo absurdo que es esto si no siente lo mismo, pero decidí que lo mejor era preguntar. Soy un viudo y estoy harto de estar solo. Me gustaría seguir viéndola con el objetivo de casarnos eventualmente.

Ella le dedicó una mirada para luego bajar inmediatamente los ojos. Hizo un intento incómodo por forzar sus labios en una sonrisa, pero pronto abandonó el esfuerzo y negó con la cabeza.

—No soy ese tipo de persona.

Había algo inquietante en su voz cuando dijo eso. Aoyama sintió que un viento frío lo barría. *No soy ese tipo de persona*. ¿Qué quería decir? ¿Que no tenía intenciones de verse amarrada así? ¿O simplemente que no se tomaba su relación tan seriamente como él?

—Lo siento —dijo y se puso de pie. Kai levantó la vista hacia ellos.

Aoyama sintió que su mayor miedo se había vuelto realidad. Sabía que debía actuar, pero no podía pensar en qué hacer o decir. Se quedó ahí sentado y paralizado mientras Asami Yamasaki tomaba su chaqueta de cuero del gancho en la pared.

—Lo siento —dijo—. Quiero irme a casa ahora.

La expresión en su rostro era extrañamente vacía y fría, y Aoyama no supo cómo reaccionar. Todo lo que pudo hacer fue observar aturdido cómo se iba y cerraba la puerta tras de sí. Kai aplastó su cigarro y le dijo:

—¿Qué esperas? Ve por ella.

Con la chaqueta de cuero en la mano, Asami Yamasaki casi corría mientras se abría paso entre los prostitutos. Aoyama tenía que acelerar si quería alcanzarla antes de que llegara a la calle principal.

—¡Asami-san!

Gritó su nombre, pero su garganta estaba tan apretada y seca que su grito sonó más como un quejido. Los prostitutos del callejón le parecían irreales ahora. Las caras de las damas en sus ropas chillonas y los chicos con su grueso maquillaje y sus pelucas estrafalarias parecían saltar sobre él en una serie de *close-ups*. Sintió que había sido arrojado en una película de Fellini, o en una pesadilla. Un caos de colores destellaba en sus ojos: un peinado *bouffant* verde, largas uñas plateadas sobre tacones morados, el labial escarlata de un prostituto, el rosado vivido de un par de medias de lamé. Se sintió desorientado y no tenía idea de qué estaba haciendo o qué iba a decirle. El aire frío de la noche en su rostro era lo único que parecía conectarlo con la realidad.

—¡Asami-san!

Cuando gritó su nombre por tercera vez ella se volvió y se detuvo a esperarlo. Se acercó lo suficiente en la luz tenue como para ver que sus cejas se tejían en lo que parecía una expresión de

enojo.

—Lamento haberle soltado algo así. Fue estúpido de mi parte. Por lo menos déjeme pedirle un taxi. Puede responderme la próxima vez o por teléfono si prefiere. O quizá ni siquiera es algo que tenga que pensar, pero eso está bien también. Solo sentí que tenía que decir lo que dije.

Ella sacudió la cabeza con la misma expresión irritada y murmuró algo. Él pudo ver su aliento en el aire de la noche, pero no pudo escuchar lo que dijo. La extraña sensación de estar en una película todavía no lo abandonaba. Solo el vapor blanco de su propia respiración parecía inequívocamente real.

Lo miró como si estuviese a punto de hablar, pero se dio vuelta, dejó caer su cabeza y lentamente continuó hacia la calle. Tan lentamente que era difícil evitar pasarla. Aoyama se detuvo cada cierta cantidad de pasos y observó con la mirada vacía al lejano grupo de rascacielos que acechaba sobre los edificios de más adelante. Luces rojas destellaban sobre ellos, cada una parpadeando a su propio ritmo como si registrara un latido distinto. Cuando alcanzaron la calle principal se detuvieron y se volvieron para mirarse frente a frente. Ninguno hizo ningún intento de parar un taxi. Ella todavía cargaba su chaqueta. Él se la quitó gentilmente del brazo y se la tendió alrededor de los hombros, y mientras lo hacía, ella se balanceó hacia adelante y se lanzó con los brazos hacia él, enterrándole el rostro en el cuello. Sus hombros temblaban con violencia y el abrazo era extremadamente incómodo. Aoyama estaba demasiado aturdido como para saber qué hacer. La sostuvo como para evitar que se cayera, con el cuero frío de su chaqueta resbalando bajo sus dedos. Entonces ella lo soltó y dio un paso atrás.

—No está jugando conmigo, ¿verdad? —Su voz era un susurro gélido, poco familiar, y su rostro sufrió una repentina y alarmante transformación cuando habló. Era como si se quitara una especie de membrana. A Aoyama se le puso la piel de gallina.

—Por supuesto que no —dijo con voz ronca—. Nunca he dicho algo más en serio.

Vio su rostro volver a la normalidad. Como si esa membrana se estuviese readhiriendo lentamente a su piel. No parecía ser algo que hiciera con consciencia, ponerse una máscara para ocultar su

verdadero yo, por ejemplo, o para protegerse de los ojos de los demás, sino un proceso natural, una respuesta física. Tan natural como reír cuando alguien decía algo gracioso o tan hormigueante como enfrentarse a un insulto.

—Gracias —dijo, volviendo a la voz que conocía tan bien. Un taxi paró junto a ellos en la vereda, y ella subió—. Y gracias por esta noche. —Aoyama se agachó y la besó en la mejilla, y ella lo miró a los ojos—. Lo amo —susurró y apretó su boca a la de él.

—Yo igual —dijo Aoyama unos momentos después.

Se despidió de él con la mano desde el asiento trasero del taxi hasta que se confundió con el tráfico y desapareció.

—¿Dónde la encontraste?

Cuando Aoyama volvió al restaurant, Kai lo esperaba con otra botella de sake caliente y sacó su propio vaso *Aritayaki* para ayudarlo a bebería. Le contó sobre la audición y sobre el pasado de Asami Yamasaki y respondió con franqueza, acaso mecánicamente, a sus preguntas. En sus propios oídos su voz sonaba como la de un niño en estado de *shock*. Todavía no se recuperaba de ese beso. Los labios de Asami Yamasaki eran helados, tiernos y dulces, y en el momento en que el beso terminó experimentó, junto al regocijo, un extraño sentimiento de culpa o vergüenza. No era algo que hubiese sentido antes, una sensación de haber hecho algo que nunca podría deshacerse o perdonarse. Era un sentimiento amargo, casi doloroso, pero también embriagador. Si solo pudiera probar esos labios de nuevo, pensó Aoyama…

Probablemente renunciaría a todo lo que tengo.

Kai estaba sentada frente a él al otro lado de la encimera, fumando otro *Peace* y sirvió más sake a ambos. Kai tenía una belleza clásica, pero ahora mismo todo lo que podía ver Aoyama eran las líneas de edad en su cara.

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó, pero no quería recibir realmente su opinión. Era más bien un intento de confirmar lo que ya sabía: *Es cosa seria, ¿verdad? Ya no se encuentran mujeres jóvenes así. Lo ves también, ¿verdad?*

—Una chica extraña —dijo Kai exhalando humo.

—¿Extraña?

—Nunca había visto a una chica como esa antes.

—Bueno, es toda una generación nueva, Kai.

—Eso es verdad, pero algunas cosas nunca cambian. Qué es lo que más le importa a alguien, esa es la cuestión. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Cuando conozco a alguien, por lo general puedo decir en un minuto o dos qué es lo que más valoran. Los jóvenes de hoy, tanto hombres como mujeres, *amateur* y profesionales, suelen caer en una de estas dos categorías: o no saben qué es lo que más les importa, o lo saben pero no tienen el poder de ir tras ello. Pero esta chica es diferente. Sabe qué es lo que más le importa y sabe cómo conseguirlo, pero no deja escapar qué es. Estoy segura de que no es dinero, ni éxito, ni una vida normal y feliz, ni un hombre fuerte, ni alguna religión extraña, pero eso es todo lo que puedo decirte. Es como el humo: piensas que la estás viendo claramente, pero cuando llegas a ella no hay nada ahí. Ese es un tipo de fortaleza, supongo. Pero la vuelve difícil de leer.

—Igual está bien, ¿verdad? —dijo Aoyama.

Kai pareció sorprendida. Agitó su cabeza y sacó otro cigarro.

—¿Es eso lo que de verdad piensas? —dijo.

Una pregunta simple, pero que lo remeció. Sabía perfectamente que Asami Yamasaki no era simplemente una chica que «está bien», pero así había elegido pensar en ella. Kai había señalado su autoengaño y él tenía la incómoda sensación de querer sentirse sorprendido, pero no podía hacerlo.

—En todo caso —dijo—, estoy seguro de que no es una mala persona. Voy en serio con ella.

Kai frunció el ceño y negó con la cabeza de nuevo.

—Buena persona, mala persona… esta chica está más allá de ese nivel. Puedo ver que estás loco por ella y que probablemente no podrás escuchar esto,

Ao-chan,

pero creo que lo mejor sería alejarte de alguien como ella. No puedo leerla con precisión, pero puedo decirte que es o una santa o un monstruo. Quizá ambos extremos a la vez, pero no algo entremedio.

9

A la mañana siguiente, alrededor de las nueve y media, Asami Yamasaki llamó a la oficina. Era la primera vez que lo hacía.

—Aoyama-san, lo llama la señorita Yamasaki en la línea cuatro.

Takamatsu, una joven del equipo, había tomado la llamada. La oficina era una larga habitación, y Aoyama no tenía un lugar privado. Sus empleados lo llamaban simplemente «Aoyama-san», con la excepción de Tanaka, un contador en sus cincuenta, que prefería llamarlo con el más convencional «jefe». Si Takamatsu hubiese preguntado por el asunto de la llamada, ¿qué hubiera respondido?

—Soy yo —dijo cuando tomó el teléfono—. Lamento molestarlo en el trabajo.

Su equipo escucharía su parte de la conversación, ¿pero y qué?, pensó. Eventualmente tendría que contarles de todas formas. Que se casara con una mujer casi veinte años menor que él, y que fuera más hermosa que una estrella de cine promedio, era algo que le traería bromas encima, pero sabía que se alegrarían por él.

—¿Es un mal momento?

—Para nada —dijo—. Estaba pensando en llamarla de todas maneras.

—Es que no podía esperar más para oír su voz.

—Lo sé. Yo igual.

Takamatsu, que tipeaba en su teclado, le echó una mirada. Takamatsu tenía veinticinco años. Luego de graduarse de la universidad pasó un año en Londres y cuando regresó a Japón trabajó para un pequeño canal de
TV
en su ciudad natal. Pero había dejado ese trabajo y había postulado a la compañía de Aoyama debido a su ambición ardiente de trabajar en documentales de verdad. En la entrevista se había mostrado

bastante impertinente, y los miembros mayores del equipo se opusieron a su contratación, pero Aoyama estaba impresionado con sus habilidades en inglés y su fuego. La puso a trabajar como encargada de conseguir licencias de documentales extranjeros y como facilitadora para producciones conjuntas con empresas internacionales.

—Lamento lo de anoche —dijo Asami Yamasaki—. Supongo que me dejé llevar.

—No hay nada que lamentar. Fue mi culpa por sacar de la nada un tema como ese.

—¿Entiende por qué lo llamo?

—Eso creo. Yo también quería oír su voz.

Había una diferencia sutil en el modo en que le hablaba ahora. Siempre cortés y refinada, pero ahora usaba un lenguaje algo menos formal y su voz sonaba de algún modo más íntima, más confiada. Eso, se dio cuenta Aoyama, era una consecuencia directa del beso de la noche anterior y del hecho de que ahora compartieran una especie de secreto. Aoyama recibió con entusiasmo este cambio, por supuesto, y le pareció que su voz era más embriagante que nunca. Tenía que concentrarse para no caer en una sonrisa boba.

—Todavía no lo entiendo del todo —dijo—. O, en verdad, todavía no lo creo completamente.

—¿Lo que dije anoche?

—Por supuesto. ¿Qué más podría ser?

—Fue muy repentino, después de todo.

—Pero es verdad… ¿verdad?

—Es verdad. Todo lo que dije anoche es verdad.

No había tenido oportunidad de contarle acerca de Shige, pero eso no era una mentira. Al escuchar su voz, deseó poder verla, estar con ella. Y una vez que ese pensamiento llegó a su cabeza, cada nervio de su cuerpo pareció retorcerse en deseo.

—¿Podemos vernos pronto? —preguntó ella.

—Por supuesto. Desearía que fuese ahora mismo.

Le dijo que la llamaría más tarde durante el día para ponerse de acuerdo.

Takamatsu lo observaba y le sonrió cuando terminó la llamada. Se preguntó si debía contarle, pedirle consejo. No sabía cuál debía ser su siguiente paso con Asami Yamasaki. Estaba el asunto del

sexo, por ejemplo. Ya que habían confirmado sus sentimientos mutuos con ese beso, ¿debían esperar a que estuvieran casados para hacer el amor? Le había hecho esta pregunta a Kai la noche anterior.

—¿Deberías acostarte con ella? —dijo Kai—. Me atrapaste. Las chicas jóvenes de hoy varían muchísimo respecto a esto. Algunas se ofenden si los hombres quieren tener sexo con ellas y algunas se ofenden si no lo hacen. Así que no tengo cómo saberlo, particularmente cuando se trata de una chica tan difícil de leer. Pero lo que sí puedo decirte con seguridad es que mientras más intimidad tengas con ella, más obsesionado estarás. Tienes que meterte en la cabeza,

Ao-chan,

que no sabes realmente nada acerca de esta chica. Y no es como que exista un método para saber la verdad. Mira, sí hay algo un poco

old-school

en esta chica, de cierta forma. Antes, en el mundo de las *geisha*, te cruzabas con una chica como ella de vez en cuando. Absolutamente hermosa, muy popular entre los clientes, apadrinada solo por los de mejor clase, pero básicamente insondable. Tenían una belleza casi sobrenatural, el tipo de belleza que le hace a una preguntarse si no existiría para nivelar toda la miseria y el infortunio del mundo. El tipo de belleza que puede destruir a un hombre. Y, por supuesto, ese tipo de peligro también parece volver locos a los hombres. El viejo asunto de la *femme fatale*.

Aoyama invitó a Takamatsu a almorzar. Llamó desde la oficina para hacer una reserva en el que según ella era su restaurant favorito de Tokio, un lugar indio en Jingumae. Solo había ocho mesas, y la gente que no había reservado hacía cola. Takamatsu era al parecer una clienta frecuente: el mesero principal la conocía y les dio una mesa junto a una ventana con vista al bosque Jingu.

—¿Pedimos una cerveza? —sugirió.

Aoyama pidió dos botellas de una cepa india. Takamatsu bebió directo de la botella, cuya etiqueta tenía tres flamencos rosados. Esperó a que trajeran el pollo *tandoori* y los camarones antes de contarle la historia hasta ahora, desde su primer encuentro con Asami Yamasaki hasta su beso de anoche.

Cuando terminó, Takamatsu dijo:

—Por todos los cielos. ¿Cuándo se volvió tan romántico?

—¿Yo?

—Ajá.

—¿Me he vuelto un romántico?

—¿Es que puede haber un caso más clásico?

Aoyama-san,

siempre he pensado en usted como uno de los pocos en Japón que pueden hacer un buen documental.

—¿Qué tiene que ver eso con esto?

—Usted es el que me enseñó que el romance no cabe en los documentales, no como una fuerza motivadora al menos. Que es muy amorfo y vago y en última instancia insidioso.

—¿Yo dije eso?

—Quizá no con esas palabras, pero es una de las cosas que aprendí de usted. Naturalmente, el trabajo y la vida privada son dos cosas diferentes… yo misma diría que soy una romántica, pero nunca es bueno dejar que el romance no permita ver la verdad, ¿cierto?

La silueta de las ramas de los plátanos se mecía con el viento afuera de la ventana. Un plato de berenjena y carne molida les era servido, y Aoyama estudió la cara de Takamatsu mientras le hincaba el diente. Sintió que por fin entendió lo que Kai había dicho la noche anterior. Takamatsu tenía un rostro promedio. Era suficientemente atractiva, rebosaba confianza y ambición y había sido bendecida con rasgos regulares y una buena comprensión del maquillaje y la moda. Muy sexi, la verdad, pero no obstante promedio. El rostro y el cuerpo de Asami Yamasaki, por otro lado, evocaban una especie de peligrosa fragilidad que lo hacía sentir como si todo estuviese a punto de colapsar, como si el centro no pudiera aguantar y el eje hubiese empezado a tiritar. Cuando estaba cerca de ella, sufría una leve ansiedad constante. Su corazón se aceleraba y no estaba nunca del todo tranquilo.

—¿Hay algo de lo que me pierda? —dijo.

—¡Dah!

—Pero soy perfectamente consciente de que me vuelve loco. ¿Eso no cuenta para nada?

—¿Quiere tener sexo con ella?

Dudó antes de responder eso. Si respondía honestamente (*Por*

supuesto, pero temo que se desvanezca apenas la toque), Takamatsu de seguro se reiría. De pronto sintió que entendía a lo que se refería con «romántico».

—Claro que sí.

—¿Por qué no lo ha hecho, entonces?

Asintió pero no dijo nada, solo se quedó mirando su cucharada de cerdo al *curry*.

—Le da miedo, ¿verdad? —Takamatsu frunció el ceño en una expresión pensativa, pero cuando Aoyama asintió de nuevo se rio. Él rio también—. ¡Por todos los cielos! —dijo.

—No es que tema que el sexo no salga bien —se apresuró a decir.

—Esperemos que no. Cualquier hombre de más de cuarenta que todavía sea malo en la cama haría mejor en dejar de respirar.

—Entonces, ¿a *qué* le temo? ¿Que algo salga mal y deje de gustarle?

—Esa pregunta se la hace a usted mismo, ¿verdad?

—Sí. Supongo que estoy tan loco por ella que… no sé. No es como que haya algo específico que temer. Solo tengo miedo.

—Ese es el romanticismo.

—Sí, bueno, sea lo que sea, es autoindulgente y contraproducente. Y no es como que no conozca los métodos que usan los hombres para seducir a las mujeres. ¿Por qué no solo usar uno, y si me rechaza me rechaza y esperamos a estar casados? Tan simple como eso, ¿verdad?

Disfrutaban de un postre de zanahorias y leche cuando Takamatsu dijo:

—¿Entonces a dónde la llevará para tener sexo? ¿A un hotel? ¿O a su casa en Suginami?

—Quizá viaje con ella durante el fin de semana.

Ella asintió.

—No es una mala idea.

—Sí. Estamos instalando un nuevo sistema de computadores, así que voy a cerrar la oficina un par de días mientras lo arman. Así que, bueno, conozco un gran hotel en Izu, buena comida, lindo *onsen*[2], todo bien. Pensé que sería agradable escaparnos y que tengamos la oportunidad de hablar realmente las cosas. ¿Cree que estaría interesada?

Luego de volver del almuerzo, Aoyama salió a un teléfono público. La respuesta de Asami Yamasaki fue inmediata y entusiasta.

—¡Me encantaría! —dijo con su voz más animosa. A Aoyama le ponía nervioso solo pronunciar palabras como «hotel» y «*onsen*». Era, pensó, muy parecido a decir «no esperemos al matrimonio para tener sexo». No existía tal cosa como una guía para seducir a una mujer, o algo que permitiera analizar su respuesta. Pero en algún punto, como hombre, tenía que hacer una jugada.

—¿Qué tipo de ropa debería llevar?

—¿Ropa?

—¿Supongo que la gente se viste formal en un lugar como ese?

—Para nada. Es un resort, así que casual está bien.

Antes de terminar la llamada acordaron una hora y un lugar para juntarse, pero no surgió el asunto de si debía pedir una o dos habitaciones.

De hecho, ya había reservado solo una antes de llamarla: una *suite* júnior con camas gemelas. Partirían el sábado, en tres días más.

Necesitaba decirle a Shige, por supuesto, y lo hizo durante la cena de esa noche. Shige no tenía objeciones, pero admitió que hubiera preferido conocerla antes.

—¿Solo una noche? —preguntó.

—Sí, estaré de vuelta el domingo por la noche.

—No me abandonarás por tu amante, ¿verdad?

—Muy gracioso. Solo quiero pasar algo de tiempo a solas con ella, para asegurarme de sus sentimientos antes de presentártela. Sería muy incómodo que la conocieras para luego descubrir que no quiere casarse después de todo.

—No te lo tomes a mal, pa, pero…

—¿Qué?

—¿Le has dicho que no tendrá una vida exactamente lujosa? ¿Que no hay una fortuna familiar, por decir algo? ¿Que no eres el dueño de esta casa, por ejemplo, o que tu auto fue hecho en Japón en lugar de tener un Mercedes o algo así?

—No con todas esas palabras, no. Qué… ¿crees que le intereso por mi dinero?

—Nah. Creo que incluso tú podrías ver a través de alguien tan

superficial. Pero es posible que ella tenga la vaga idea de que eres rico, ¿o no? Es importante ser claro con esas cosas.

—Tienes razón. Me aseguraré de discutirlo cuando estemos en el viaje.

—Pienso que deberías, pa. Tienes esta maña de querer parecer rico a veces.

Shige dijo que invitaría a un amigo la noche del sábado y que le contaría todo a
Rie-san.

—Apuesto a que estará sorprendida —dijo. El hotel, a una hora manejando pasada la ciudad de Ito, estaba conectado a un circuito profesional de golf. Un gran torneo se realizaba ahí cada primavera, y durante el verano y a inicios de otoño el lugar siempre estaba lleno. En invierno, no obstante, las reservas eran fáciles de conseguir.

No hablaron mucho en el camino. Pero la expectación era palpable en la atmósfera climatizada del auto. Mientras avanzaban por la autopista con sus lentes de sol puestos y su equipaje en el maletero, era como si la tensión del deseo fuese una fuerza tangible en el estrecho espacio entre ellos. Aoyama apenas se fijó en el paisaje. Asami Yamasaki había traído un termo lleno de café, y en el camino él, entre pequeños *rounds* de charlas superfinas, tomó tres tazas. Había decidido esperar para discutir los asuntos serios hasta que estuvieran solos en la habitación. Estarían mucho tiempo solos, algo sin precedentes, toda una noche para ellos dos.

El hotel se erigía en la punta de un promontorio que daba a la costa de Izu. Su techo de color naranjo había aparecido de improviso cuando hicieron una curva en el camino descendente, y luego el edificio mismo, que no hubiera parecido fuera de lugar en el sur de Francia. La entrada larga y ovillada, el paisaje inmaculado y las camas de flores, el cortés servicio de los porteros y botones, y el espacioso y abrigado *lobby*, con sus sofás de cuero de tamaño extralargo, todo parecía causar una gran impresión en Asami Yamasaki. «Es fantástico», murmuró cuando se acercaban al recibidor. Ahora que lo pensaba, desde su primer encuentro la había llevado a nada más que a los mejores restaurantes y bares que conocía. Y ahora esto. *Es posible que ella tenga la vaga idea de que eres rico*, ¿o no?, había dicho Shige. Muy perceptivo, pensó

Aoyama, para un chico de preparatoria. ¿O se le habría ocurrido *porque* era un chico de preparatoria?

Ella se quedó cerca, apreciando los techos altos y el gigantesco candelabro forjado en estilo español, mientras él rellenaba los papeles de registro. Cuando la inscribió como «Asami Aoyama» se preguntó si la excitación que sentía no se contradecía de alguna forma con su sueño de establecer una nueva vida, una nueva pequeña familia.

La *suite* tenía un pequeño balcón desde el que se podía ver el campo de golf y el mar.

—Entonces —dijo Aoyama—, ¿qué hacemos antes de la cena?

Tenían mucho que discutir, sobre todo el asunto de Shige. Pero estaría bien, pensó, discutir todo eso con calma, durante la cena. Eran ya pasadas las tres de la tarde. El sol comenzaría a irse más o menos en una hora. Las actividades posibles no escaseaban, pero era muy temprano para unas y muy tarde para otras. Ella se sentó justo a su lado. Zapatos de tacón de cuero rojo, pantalones *beige* pálido, suéter rojo, bufanda *beige*, pelo tomado ingeniosamente. Su rodilla presionaba ligeramente la de Aoyama. Se puso los lentes de sol, luego se los quitó de nuevo y le dedicó una mirada.

—Hay un museo pequeño —dijo Aoyama—, a unos veinte o treinta minutos de aquí. Exhiben principalmente pinturas japonesas, pero tienen una colección decente de impresionistas también. Si nos vamos ahora, creo que podemos llegar con tiempo antes de que cierren. O si no… hay un puerto pesquero en esa dirección, detrás del hotel, puede ser divertido. Un pequeño puerto con algunos barcos pesqueros viejos y un café que da hacia los muelles. Ahí sirven el café más delicioso que…

Ella dejó sus lentes de sol en la mesa de centro y se desató el pelo, que cayó como una cascada en sus hombros en cámara lenta, y Aoyama se hizo consciente de una cierta fragancia indefinible. Su champú u otro producto para el cabello tal vez. O perfume. O quizá, pensó, no era una fragancia, sino otra fuerza que lavaba sus sentidos y se expandía en la habitación que se oscurecía poco a poco. Algo denso y poderoso y relajante.

—El dueño de ese café es un tipo interesante. Solía ser un boxeador, y ama el cine y la literatura, así que el lugar está lleno de libros y revistas de cine y cosas por el estilo. Nada como un puerto

pesquero al anochecer.

No estaba escuchando. Se quitó la bufanda, la dobló pulcramente y la dejó en el brazo del sillón. La temperatura se elevaba y Aoyama comenzó a transpirar debajo de su suéter. Ella se puso de pie y caminó hasta la entrada, donde apagó todas las luces de la habitación. Las sombras del atardecer entraron por la ventana y se percató de que la fragancia, o lo que sea que fuese, crecía más gruesa y pesada, como vino fermentando. No sabía qué hacer. Se sintió completamente a su merced, y no era capaz siquiera de preguntarle por qué había apagado las luces. Le costaba cada vez más respirar, pero continuó parloteando.

—¡Ya sé! Vamos a los baños. Tienen unos *onsen* gigantescos. Se accede a ellos a través de los camarines del golf, pero están abiertos a todos los huéspedes, no solo para los golfistas. Y si recuerdo bien también hay un sauna… ¿o es un *jacuzzi*? Como sea, podemos hundirnos en los baños un rato, luego jugar algo de billar. O *ping pong*, también tienen. También siempre podemos tomar algo en el bar…

Los últimos rayos de sol se deslizaban lentamente sobre el piso a sus pies, y ahora ella estaba de pie en la semioscuridad entre las camas gemelas, desvistiéndose. Su rostro se encontraba en la sombra, pero a medida que se deshacía de su ropa, lentamente revelando su espalda y hombros, su cuello y brazos, sus muslos y rodillas, parecía o sonreír o fruncir el ceño. Cuando se quitó los calzones y se metió en la cama, Aoyama balbuceó y se quedó sin más tonterías que decir.

—Venga —dijo ella—. Por favor. —No había nada tierno o sumiso en la forma en que lo dijo. Su voz era urgente e intensa, casi como un grito de ayuda—. No se saque la ropa todavía. Venga aquí primero. Rápido.

Aoyama se puso de pie y se tambaleó hasta la cama. Sentía como si todo el oxígeno hubiese sido retirado de la habitación, o como si alguien hubiera pegado su lengua a su garganta. Cuando alcanzó su lado en la cama, ella quitó las cubiertas, exponiéndolo todo.

—Mire —dijo, clavándole sus ojos tristes— ¿ve estas quemaduras? El esposo de mi madre las hizo para castigarme.

Apuntó a dos pequeñas líneas casi paralelas que le arrugaban la

piel del muslo izquierdo. Aoyama tragó saliva. Podía ver las dos cicatrices, pero no tenía más marcas en el resto del cuerpo. Tenía frente a sus ojos el rostro y el cuello de Asami Yamasaki, sus pechos y pezones, su cintura, su ombligo, su vello púbico, y las exquisitas curvas de sus piernas desnudas. Su cuerpo era una abstracción idealizada, una figura de porcelana.

—¿Ve? —dijo ella.

Aoyama asintió robóticamente.

—¿Todo?

Asintió de nuevo. Impulsos contradictorios se apoderaban de él. Uno era el de escapar, el otro de arrodillarse y besar esos senos perfectos que subían y bajaban suavemente con su respiración.

—Acuéstese junto a mí. No, con ropa. Acuéstese junto a mí sin desvestirse.

Aoyama siguió sus instrucciones. Se acostó junto a ella con su suéter y pantalones puestos, ni siquiera se quitó los zapatos. Ella se volteó hacia él. Con su brazo izquierdo hizo una almohada para su cabeza y se aferró a él con una pierna sobre la suya.

—Lo vio todo, ¿verdad? —susurró en su oído—. ¿Vio mis pies?

Ajá.

Presionó su pecho contra su esternón, y cada golpe de su corazón latiente generaba una sacudida perceptible.

—¿Los vio? ¿Cómo lucen?

Las uñas de los pies están agrietadas.

—Se pusieron así con el *ballet*.

Eso pensé.

—Soy la única, ¿verdad?

Por supuesto.

—¿Lo entiende? Tiene que amarme solo a mí.

Lo sé.

—Todos dicen lo mismo, pero no lo dicen en serio. Pero usted es diferente a los otros, ¿verdad? Solo a mí. Le daré todo, pero tengo que ser la única que ame. ¿Lo entiende?

Solo a mí, siguió repitiendo, *solo a mí*, mientras comenzaba a desvestirlo.

10

Ella le sacó el suéter y le desabotonó la camisa con sus dedos finos y ágiles. Él miró tontamente cómo cada botón se soltaba. La habitación se oscurecía rápidamente y su esmalte de uñas rosado reflejaba débilmente la puesta del sol de invierno. En un punto ambos se sentaron en la cama, aunque no podía decir cuándo. Tenía el rostro de Asami Yamasaki, que miraba hacia abajo, justo frente a sus ojos. Su perfil le recordaba algo, pero era un recuerdo que no llegó a materializarse. Sus mejillas se habían ruborizado. Sus pechos se habían rellenado cuando se había sentado, y su tamaño y forma, en proporción con su angosta cintura, parecían demasiado perfectos para ser reales. Era, pensó, como si un escultor de algún otro mundo hubiese encontrado la forma de imbuir su trabajo de suavidad y humedad y calor, y lo hubiera traído a esta vida.

El tiempo parecía volar a una velocidad varias veces por sobre lo normal, y luego de nuevo parecía detenerse por completo. Ella deslizó su mano dentro de su camisa y exploró la piel de su pecho con la punta de sus dedos temblorosos y doloridos, como el braille de un ciego leyendo una carta muy esperada. Su contacto era como un bisturí reluciente que abriese su pecho, y luego como el toque milagroso y gentil de una curandera. No podía distinguir el borde entre su cuerpo y el mundo de afuera, y solo era consciente de los lugares en que las puntas de sus dedos presionaban su piel, y de las hasta ahora inimaginables sensaciones que emanaban de esos lugares. Sus dedos eran como hielo y luego como lava derretida. Se encontró a sí mismo de pie entre las camas con su suéter en las manos, pero no recordaba haberse parado ni habérselo quitado. Su camisa estaba completamente desabotonada, su pecho y su estómago expuestos. Asami Yamasaki desabrochó su cinturón, luego tomó gentilmente el cierre y lo bajó, como un cirujano abriendo una incisión. Estaba sentada, con las rodillas juntas, al borde de la

cama. Tuvo la vertiginosa ilusión de que el cubrecama de terciopelo verde, iluminado por la blanca porcelana del cuerpo desnudo de ella, se había expandido para cubrir la habitación por completo. Una vez que hubo bajado la totalidad de su cierre, elevó la mirada hacia él, y Aoyama sintió su palpitar en los huesos. Ella clavó los ojos en los suyos y sonrió. Entonces se levantó para clavar sus uñas rosadas en su pecho y arrastrarlas hacia abajo, en un lento y gatuno rasguño. Tuvo que ahogar un quejido.

Sonidos avergonzantes (un sollozo, un gemido, un suspiro) se atascaban en su garganta y amenazaban con filtrarse por sus labios. ¿Por qué, se preguntó, no podía tomar el control? ¿Por qué no la empujaba sobre la cama y se le echaba encima? Se quedaba simplemente ahí, parado con sus brazos colgando inútiles a cada lado, teniendo espasmos involuntarios en respuesta a los estímulos de sus caricias. ¿Dónde había aprendido estas técnicas? ¿Estaban estos movimientos en el repertorio de todas las mujeres jóvenes de hoy? ¿O era solo debido a su absoluta belleza y a la intensidad de su deseo por ella que su contacto parecía tan terriblemente sensual? Cuando le quitó los pantalones y la ropa interior, sus ojos parecieron desenfocarse y sus labios se abrieron para revelar la punta de la lengua. Era como si una espina rosa emergiera de su cara. Esta suave y húmeda espina trazó una línea desde su ombligo hasta su muslo, luego volvió de nuevo a su pecho. Se puso de rodillas sobre la cama y levantó el rostro hacia el suyo. Él se agachó para recibir su lengua en la boca. Lo besó ansiosamente y llevó la mano izquierda de Aoyama hasta su pecho. Él cerró los ojos para saborear la sensación de su carne: no era de porcelana después de todo, sino que era suave y humana y cálida y femenina. Bajó su mano para sentir su vello púbico. Estaba mojada y caliente, y gimió con una voz que no se parecía a nada que él hubiese oído antes, una voz dura, profunda y metálica, como engranajes oxidados que se quejasen antes de ponerse en funcionamiento.

Aoyama dormía, y en su sueño era torturado por personas desconocidas. Luego de un rato escalofriante de silencio y oscuridad, un atizador al rojo vivo aparecía de pronto frente a su rostro. Gritó, abriendo de par en par sus ojos llenos de terror, pero la luz era tan intensa que inmediatamente los volvía a cerrar. Estaba completamente desorientado. Movía los labios, intentando

preguntar qué pasaba, pero las membranas mucosas de su garganta se sentían como telarañas, secas y pegajosas, y ningún sonido emergía. El interior de sus párpados ardía naranjo y sus nervios ópticos sufrían espasmos de dolor. Estaba totalmente desprovisto de fuerza. La cabeza la sentía entumecida, especialmente en las sienes, y todos sus sentidos parecían anestesiados. ¿Pero qué podía estar pasando? ¿Y dónde estaba? Yacía en una cama extraña, al descubierto y al parecer desnudo. Su mano derecha descansaba sobre la cadera, la izquierda sobre el estómago.

¿De quién era esta cama?

La luz que entrevió sobre sí, en el techo, no le era familiar. Quizá, pensó un momento, todavía soñaba. Pero el entumecimiento en su frente y el dolor detrás de sus ojos decían que no, que no era un sueño. Entonces recordó. Estaba en el hotel al que había ido con *ella*. Tanteó con su brazo izquierdo, pero no había nadie allí. Haciendo rechinar los dientes, abrió los ojos una vez más, pero cuando la luz lo inundó instintivamente los volvió a cerrar. Tuvo que abrirlos poco a poco. Dejó que los párpados se relajaran en una hendidura y observó a través de sus pestañas temblorosas y llenas de lágrimas que nublaban su campo de visión. Su pulso era débil e irregular, pero comenzó a acelerarse en la medida en que abría los ojos y un hecho cierto comenzaba a cristalizarse en su mente.

Ella no estaba.

La habitación estaba tan brillantemente iluminada como una tienda de *retail*, pero se hallaba en completo silencio, sin señales de la presencia de alguien. Aoyama estaba desnudo, su pene encogido colgaba flácido y enmarañado con hebras de semen y pelo púbico. Aguzó el oído buscando señales de alguien usando el baño o tomando una ducha, pero no había nadie. Quizá, al ver que dormía tan profundamente, ella había decidido dejarlo descansar y había bajado al bar o al comedor por su cuenta… pero no. Su maleta había desaparecido. Asami Yamasaki se había desvanecido.

Su cuerpo se sentía increíblemente pesado y lento, como si sus venas se hubiesen llenado de mercurio. Su mano derecha chocaba con algo duro… el reloj, enredado entre los pliegues del cubrecama. Lo tomó y lo sostuvo frente a los ojos. Eran poco más de las tres, y la fecha había avanzado un día completo. Atrapado en la banda de acero había un cabello largo. De ella.

Ella había estado aquí en esta habitación con él. No había dudas de aquello.

Aoyama enrolló el pelo en su dedo. Era consciente de dos cauces en su memoria. Uno era en forma de vividos *flashbacks*: el rostro de ella, perlado de sudor. Su lengua rosada. Su cabello enredado y empapado de sudor pegado a su nuca y a sus mejillas. Sus pezones tumescentes. Y su hendidura resbalosa y mojada rezumando una secreción turbia y blanca mientras se abría para recibirlo. Junto a los *flashbacks* había sonidos: suspiros y gemidos, chillidos y susurros…

El segundo cauce en su memoria se desanudaba pedazo a pedazo, vacilante. Habían tenido una conversación. Le había contado sobre Shige. ¿Pero fue antes o después de que empezaran a tener sexo? ¿Antes de su primer orgasmo o luego de que ella estallara en lágrimas y se aferrara a él desesperadamente varias veces? No estaba seguro, pero sabía que en algún punto le había hablado sobre Shige. ¿Cómo había reaccionado? No podía recordarlo.

¿Pero qué había pasado? Ni siquiera recordaba haber eyaculado. Bajó su mano y sintió su pene. Su semen y los fluidos de ella se habían vuelto parches crujientes en la piel. La recordaba agarrando su erección y acariciándola. Y diciendo algo justo antes de metérsela en la boca. Lo había sostenido con la mano derecha, lo estimulaba con los dedos de la izquierda, y había dicho algo y luego había usado la lengua y los labios. ¿Eso fue antes o después de que le hablara de Shige?

Se puso de costado, apoyó la palma derecha en el colchón e intentó impulsarse hacia arriba. Una punzada de dolor se disparó en sus sienes y en su pecho, abandonó el esfuerzo y se dejó caer de cara, con una mueca sufriente, sobre la cama. Respiraba con dificultad, los latidos de su corazón se elevaban y su torso se sentía tan pesado y tan desprovisto de control que podría haber estado hecho de piedra. Ella debió hacerle algo.

El pensamiento lo conmocionó, pero no era nada comparado con la conmoción de saber que se había ido. Una débil fragancia se mantenía en el cubrecama; la misma fragancia que había notado cuando se había desatado el cabello. El cubrecama verde había absorbido los olores de su colonia, maquillaje, sudor y secreciones,

pero esa sola fragancia prevalecía sobre sus sentidos entumecidos. *Flashbacks* de sexo delirante seguían destellando en su mente, y con cada uno se deslizaba más profundamente en el miedo de haberla perdido para siempre. Los intervalos entre los *flashbacks* disminuyeron gradualmente y dos imágenes comenzaron a predominar: su cara y su vagina. Cada vez que se había enterrado profundamente en ella, su cara se había distorsionado. Pero incluso con su frente apretada en una masa de arrugas, o con sus ojos abiertos y en blanco, o con su mandíbula aflojada y su lengua escapando de su boca, sus rasgos nunca perdieron su belleza. Y nada en este mundo jamás se había visto tan lascivamente delicioso como su vagina, cuyos pliegues se humedecían con su jugo inagotable, que escurría hacia abajo entre sus nalgas y goteaba en el cubrecama de terciopelo. De vez en cuando, cuando sus gemidos se transformaban en gritos de orgasmo, Aoyama se salía para llevarla al siguiente nivel de anticipación y placer. Cada vez que lo hizo, sus gritos se transformaron en algo así como sollozos. El pequeño agujero en el color rosado que asomaba entre los labios de su vagina se mantenía abierto en esas ocasiones, el fluido blanco y lechoso saliendo de él como algo primitivo que se arrastrase.

Pero incluso entonces su rostro había mantenido una belleza impecable, y la desconexión entre ese rostro y sus labios hambrientos y enloquecidos solo lograron excitarlo más. La hendidura rosada oscura, rodeada de la carne blanca del interior de sus muslos, eran la puerta de entrada a su templo interior, un asalto que dio a Aoyama una probada del más cruel y libidinoso placer. No tenía idea de cuánto había durado el sexo, pero recordaba haberlo sentido como si nunca fuese a terminar; se mantuvo erecto y duro como una roca casi hasta que resultó doloroso, la piel de su pene se estiró tanto que parecía a punto de rasgarse. Ahora, con los sentidos atontados y las imágenes alternantes de su rostro y vagina resplandeciendo en su cerebro, el pensar que podía haber perdido para siempre esos placeres era algo que no podía soportar. *Se fue*. Un escalofrío lo recorrió y tuvo una arcada, como si algo estuviera atorado en su garganta. No quería llorar, de algún modo pensaba que las lágrimas declararían un final, y reprimía el impulso, mordiéndose los labios, cuando sonó el teléfono. Se sacudió involuntariamente, luego se arrastró por la cama hacia el aparato.

—¿Aoyama-san? —era la voz de un hombre. La decepción de Aoyama lo drenó de toda la fuerza que había reunido. Había esperado oír *su* voz:

Soy yo. ¡Menos mal sigue ahí! Tenía miedo de que se hubiera ido…

—Le hablo desde la recepción. ¿Hablo con el señor Aoyama?

—Sí —se las arregló para responder en un graznido miserable—. Sí, soy Aoyama.

—Discúlpeme si estaba durmiendo, señor. Llamamos varias veces más temprano pero no hubo respuesta, así que supusimos que lo mejor era seguir intentando más allá de la hora. Cuando la señora Aoyama se fue, nosotros…

—¿A qué hora?

—Son un poco más de las tres y media de la mañana.

—No, a qué hora se fue.

—¿Señor?

Aoyama explicó que había tomado una medicina y se había quedado dormido.

—Cenó sola, señor, y pidió un auto alrededor de las ocho. Dijo que tenía que atender asuntos urgentes en Tokio.

Luchando contra los irregulares golpeteos de su corazón y la náusea, Aoyama dijo que sí, que estaba bien, que algo había sucedido.

—¿Debería enviar al médico del hotel a verlo, señor?

—No, estaré bien.

—Por favor siéntase libre de avisarnos, señor, si necesita cualquier cosa. Y… ¿puedo preguntarle si todavía piensa retirarse mañana? Necesitamos confirmarlo.

—Estaré bien luego de una buena noche de descanso.

—Muy bien, señor. Lamento muchísimo molestarlo. Buenas noches.

Aoyama colgó el teléfono y se quedó ahí, al borde de la cama. No se sentía nada bien. Una gota de sudor frío se le deslizó por el costado de la frente hasta su mandíbula y cayó en la cama, pero no se sentía como si fuese su propia transpiración, y de hecho miró hacia el techo para ver si había alguna gotera. Se secó la cara con el dorso de la mano y luego se tomó el pulso. Se sentía débil de nuevo, lento y áspero. Algo amargo subía desde su estómago, y tragó con

fuerza para tratar de mantenerlo abajo. *Pastillas para dormir*, pensó de pronto. Una gran dosis. Lo habían dejado inconsciente con drogas y luego se había despertado por sus propios nervios retorcidos. Se preguntó si debía intentar regurgitar; pero decidió que no había caso: ya había pasado mucho tiempo. Para ese entonces la droga debía haber sido totalmente digerida y entregada a los lugares más lejanos e inalcanzables de su cuerpo.

Ella le había dado pastillas para dormir, estaba seguro de eso.

Varias veces durante la noche, recordó, ella se había alejado de él y se había deslizado hasta el baño. No le extrañó en el momento. Sabía que la estimulación prolongada del clítoris podía hacer que una mujer orinara mucho, y ambos sedientos habían ingerido varios tragos del minibar; cerveza,
coca-cola,
whisky. Había bebido, además, directo de su boca. A horcajadas sobre él, cabalgándolo al ritmo de sus caderas, ella había tomado bocanadas de *whisky* o cerveza y se las había transferido por la boca con un beso. Recordaba haber estrujado la perfecta esfera blanca de su trasero mientras se besaban: no se habría percatado ni aunque le hubiese dado ácido sulfúrico, mucho menos pastillas para dormir en polvo.

Se apoyó en un hombro y miró al teléfono. Junto a él había un bloc de notas, y algo estaba escrito en la hoja superior, en una caligrafía casi infantil.

> *No hay perdón para los mentirosos.*
> *—La mujer que perdió su nombre.*

¿Mentiroso? Aoyama quedó confundido un momento, y luego se alivió un poco; claramente ella había entendido mal algo que él dijo. Alcanzó el teléfono y marcó su número. Nadie respondió. Intentó varias veces más antes de rendirse, pero para ese entonces ya se sentía mucho mejor.

Ella era una chica pura e inocente, aunque fogosa. Se tomó algo mal, se enojó y se fue. Queriendo evitar una confrontación, le había dado un poco de sus propias pastillas para dormir para irse sin tener que dar explicaciones. Había traído pastillas para dormir, razonó, porque estaba nerviosa y emocionada por su primer viaje juntos y

temía que le costara conciliar el sueño.

La llamaría mañana en la tarde y arreglaría todo; probablemente ella terminara pidiendo perdón.

Por ahora lo mejor era dormir un poco. Se las arregló con los controles en el velador, fijando la alarma para poco antes de la hora del

check-out,

y apagó todas las luces, después se arrastró debajo de las sábanas. Una poderosa corriente comenzó de inmediato a llevárselo, y el sueño lo envolvió como una ola. Justo antes de sucumbir, aún en un estado de semivigilia, tuvo una especie de sueño muy extraño.

En una pequeña y ruinosa habitación un hombre de unos cincuenta años se sienta en unos tatami gastados. Lleva ropa interior larga y está bebiendo. Afirma una gran botella de whisky en su rodilla y se sirve en un vaso turbio lleno de marcas de dedos. El hombre bebe lentamente el whisky y da largas pitadas a un cigarro. No tiene pies. Los muñones de sus tobillos sobresalen de su calzoncillo largo como si fueran la punta de unos chorizos gigantes. Lo único visible desde la única ventana de la habitación es el muro exterior de un edificio vecino. Los mosquitos chocan contra una luz fluorescente sobre la mesa, y uno de ellos ha caído en la copa del hombre. Furioso por no poder pararse y echar a los mosquitos, deja escapar un rugido ebrio.

Separada de esta habitación por una pantalla de papel rasgado, hay una habitación incluso más pequeña sin ventanas. Allí, en las sombras, una niña pequeña se calza un par de zapatos de ballet. Los zapatos están viejos, estropeados y rasgados, y ya no tienen un color rosado sino un tono de carne polvorienta. Cuando los tiene bien puestos, se pone de pie. Es verano y la niña abre un poco la pantalla de papel para dejar entrar algo de aire. Gotas de sudor perlan su frente. La poca brisa que entra trae el olor del whisky y el humo del cigarro, el olor de él, combinado con un hedor a vegetales podridos.

Cuando ajusta la pantalla, la expresión del hombre sufre un cambio. Sus ojos hervían de rabia hacía un momento, cuando

rezongaba y gritaba a los mosquitos, pero ahora luce aterrorizado, como un criminal convicto rogando por su vida.

Deja su copa y observa nerviosamente a su alrededor, luego intenta mirar a través de la pequeña abertura. La silueta de la niña revolotea al otro lado mientras se mueve en la pequeña habitación oscura. Sus manos pequeñas y finas, su pecho aún no desarrollado y sus caderas, sus piernas ágiles, el brillo de su sudor.

La niña sabe que el hombre la está mirando y se preocupa de no darle más que atisbos breves a través de la apertura. Él se mira los muñones un momento, luego mete su mano derecha en su pantalón. Ella practica los pocos pasos simples que ha logrado dominar, su cabeza inclinada en el ángulo que empatiza mejor con la belleza de su rostro, como le han enseñado a hacer en la escuela de ballet. Sabe lo que el hombre está haciendo con su mano derecha y ha visto la cosa que sostiene. Lo ha hecho casi cada noche durante las últimas semanas, cuando ella practica. Ya no le grita cuando baila ni la insulta. En vez de eso se emborracha y la mira por el rabillo del ojo, revolviendo en su ropa interior con una expresión como si estuviese a punto de estallar en lágrimas. Cuando ella lo siente mover esa mano y poner esa cara, como si rogara por misericordia, algo se evapora en su cuerpo y algo más entra para reemplazarlo, algo oscuro e indeleble…

—No sé qué hacer. No la encuentro por teléfono y ahora me doy cuenta de que ni siquiera sé dónde vive.

Han pasado dos semanas desde el viaje a Izu. Aoyama se las ha arreglado de alguna forma para seguir trabajando y para pasar tiempo con Shige, pero Yoshikawa era el único con el que realmente podía hablar de esto. Llamaba desde un teléfono público.

—¿No contesta?

—Peor que eso. Me deriva a una grabación que dice que el número está fuera de servicio. Comenzó así después de unos días luego de Izu.

—¿Y qué pasó allí, exactamente?

—Solo lo que te conté.

—¿Pero por qué se desvanecería tan de repente?

—No sé. Debe haber malinterpretado algo que dije o hice. Estoy

seguro de que podríamos aclararlo todo en dos minutos, pero no tengo forma de contactarla.

Yoshikawa se quedó en silencio un momento. Luego, con voz queda, dijo:

—Deberías dejarlo ir.

Aoyama quiso golpear el auricular contra las paredes de vidrio de la cabina telefónica. Temblaba literalmente de rabia y exasperación. Desde que Asami Yamasaki había desaparecido no había sido capaz siquiera de comer apropiadamente y sus nervios eran una maraña de alambres al rojo vivo.

—Sé que no vas a escuchar nada de lo que te digo —dijo Yoshikawa—, pero soy en parte responsable y tengo que decirlo: pienso que deberías olvidarla.

—No lo entiendes, Yoshikawa. Solo fue un puto malentendido. Necesito encontrarla, y todo lo que pido es que me des alguna idea. Dijo que había estado viviendo en Nakameguro y pienso que podrías saber la dirección.

—Mira, la única dirección que vi fue la que estaba en su currículum, la de Suginami, y alguien más vive ahí ahora. Te lo dije antes, ¿verdad? No sé nada de Nakameguro. Además, ya botamos todos los currículum… ¿Aló? ¿Sigues ahí?

—Ya, vale. Hablamos —dijo Aoyama y colgó.

11

El año nuevo llegó sin noticias de ella. Aoyama había ido a trabajar cada día y se había esforzado por seguir siendo él mismo cuando estaba con Shige pese a la tortura emocional por la que estaba pasando. Pero no podía ocultar el desgaste físico que sufría.

En los dos meses luego de Izu perdió seis kilos. Ni siquiera cuando había muerto Ryoko se había encontrado en un estado tal que no pudiera tragar la comida. La muerte de Ryoko, devastadora en cualquier caso, había sido gradual. Verla debilitarse día tras día había sido dolorosísimo, pero le había dado tiempo para asimilar y procesar lo que estaba pasando. Todavía recordaba con gratitud el coraje que había mostrado Ryoko en esos días finales. Su gentil resignación frente al dolor y el miedo habían sido un maravilloso regalo de despedida para quienes la amaban.

Pero Asami Yamasaki había desaparecido de repente. Sin ninguna advertencia o señal de algún tipo, ni siquiera habían discutido o tenido una conversación desagradable, se había desvanecido del hotel y al parecer de la faz de la Tierra. Todo era una especie de confusión: todavía creía esto, y esa creencia era una de las cosas que le impedían recuperarse. Visitó Nakameguro varias veces durante los dos últimos meses. Partiendo de la gran intersección donde el taxi la había dejado luego de algunas de sus citas, deambuló sin rumbo a través del laberinto de callejuelas. Era del todo consciente de lo patético que era esto y no esperaba realmente encontrarla ahí, pero era lo único que se le ocurría. Nakameguro era el único hilo al que le quedaba aferrarse.

No hay perdón para los mentirosos.

Todavía no sabía a qué se refería con eso. Todos sus recuerdos de ella eran ambrosíacos y venenosos en igual medida. Recordaba con brutal claridad cada detalle de cada cita, y ni hablar de esas últimas y extasiantes horas en Izu. Y los recuerdos hermosos, había

terminado por entender, eran el arma de la desesperación.

Tuvo muchísimas conversaciones telefónicas con Yoshikawa, y se juntó con él varias veces para cenar o beber. Incluso había discutido la situación con Takamatsu y otros miembros de su equipo. Pero las conversaciones tendían más a desnudar su alma y lamentar su pérdida que a pedir consuelo o consejo, y eventualmente Yoshikawa se cansó de oírlo.

O sea, ¿entiendes lo loco que es, Yoshikawa? ¡No hice nada! Nada que yo sepa al menos, ¡y hasta entonces todo había ido tan bien! Es ridículo terminarlo así…

Shige, por otro lado, era una roca. Aoyama se preguntaba cómo era posible que un chico de su edad tuviera convicciones tan firmes en una situación como esta. Shige parecía darse cuenta de que lo peor que puedes hacer por alguien en angustia psicológica es darle un tratamiento especial. Actuaba como siempre con su padre y nunca jamás preguntó por Asami Yamasaki. Y cuando
Rie-san
de forma más bien persistente expresó preocupación por la salud de Aoyama, Shige lo cubrió diciendo:

—A veces la gente sencillamente no quiere comer.

Había aprendido sobre la pérdida cuando su madre había muerto, y sabía cosas que Aoyama mismo parecía haber olvidado: que desparramar tu corazón frente a alguien como mucho lograba un alivio temporal, que solo te queda resignarte a un periodo de sufrimiento y lograr continuar con los asuntos de tu vida hasta que lentamente encuentras una forma de asimilar la pérdida.

Muy impresionante para alguien de dieciséis años, pensó Aoyama. Estaba sentado en el sillón del *living*, con sus pies desnudos sobre la mesa de centro, comiendo yogurt. Era el último día de enero. Shige se había ido temprano esa mañana a esquiar con un amigo, había dicho que no volvería hasta muy tarde a casa. *Gangsta* estaba afuera, ladrando como siempre. Nacido para cazar, el beagle era bueno vocalizando. Aullaba junto a las sirenas de las ambulancias, gruñía a los gorriones y cuervos, y a veces hasta ladraba a los insectos que se arrastraban por el suelo.

Aoyama había caminado más temprano a una tienda para comprar yogurt, huevas de salmón en salsa de soya, tofu bien frito y rollos de col. No tenía nada de apetito, y la comida todavía se

volvía ceniza en su boca, pero sabía que debía mantener al menos la voluntad de volver a ponerse en pie, aunque fuera por Shige. Dos cosas eran necesarias, creía, para mantener esa voluntad: trabajo con el que pudiera motivarse y una nutrición adecuada. No podía pasarse el resto de su vida mostrándole a Shige lo débil y patético que era.

Le puso un poco de miel al yogurt y se sentó ahí en el sillón obligándose a comerlo. Incluso algo tan suave y ligero como un yogurt era difícil de tragar. No era que su sistema rechazara activamente la comida, sino que sus nervios estaban demasiado ocupados repasando recuerdos de Asami Yamasaki como para enviar señales de hambre. Solo había estado con ella una vez, pero aún así las imágenes de su pecho desnudo y su sexo, sus caderas y las yemas de sus dedos aparecían incesantemente en su cabeza. Había visto a las mejores modelos desnudas en algunas revistas, pero todo su sistema nervioso insistía en que no había comparación. Era como un narcótico, pensó, y no uno metafórico. Su voz y olor y tacto le habían otorgado exactamente lo mismo, en términos químicos, que lo que otorgaban ciertas drogas, y los receptores de su cerebro clamaban por ella. Hasta donde su sistema nervioso entendía, no había nada que pudiera reemplazarla. Los nervios son honestos y estrictamente fisiológicos. No se puede razonar con ellos.

Escuchaba música mientras comía el yogurt. Con los nervios apaleados como los tenía, resultaba dolorosamente claro lo irritante que era la televisión. *Puede que te sientas como el ojete*, te grita la tele, ¡pero el resto del mundo está bien! Comenzó a escuchar un montón de música clásica, de Bach a Debussy, desde sinfonías sombrías en claves menores a alegres piezas de piano. Nada era menos destructivo o ayudaba a que el tiempo pasara mejor que la música clásica. Un solo concierto de piano de Mozart duraba unos treinta minutos, y escuchar de la Sinfonía 20 a la 27 mataba cuatro horas enteras. Por supuesto, ni siquiera la magia de Barenboim en el piano podía borrar la imagen insoportable y evocativa de Asami Yamasaki, y ni siquiera Mozart podía neutralizar el dolor. Pero la belleza de las melodías y arreglos relajaba los nervios, y si solo se sentaba ahí, bebiendo en esa belleza, la segunda manecilla de su reloj continuaría sin prisa su camino, y eventualmente llegaría la noche. Entonces podía ir por el coñac o el *whisky*.

Se prohibió emborracharse durante el día. Se dio cuenta después de un par de semanas de la desaparición de Asami Yamasaki que el alcohol no era la forma de luchar con la agonía. Varias mañanas de resaca, luego de una noche de poco sueño, habían logrado que Aoyama experimentara un sentimiento debilitador de autodesprecio, viéndose a sí mismo como un total fracasado en la vida. La pena profunda era como una herida física, y mucho alcohol solo interrumpía el proceso de sanación. Lo que bebía con su yogurt a las dos de la tarde este domingo era, entonces, una taza de té de manzana *Lortnum & Masón*. La música era un compilado de oberturas de Verdi. Ahora mismo sonaba *La Forza del Destino* dirigida por Von Karajan. El compilado consumiría unos cuarenta minutos, luego escucharía un poco de Wagner. Después, sonatas de violín y algunos de los cuartetos de Mozart, y cuando estos terminaran ya sería bien entrada la noche. Se tomaría su tiempo en el baño de tina, luego sacaría unas cervezas y cenaría su tofu frito con rollos de col. Luego de la cena escucharía los *Hungarian Dances* de Brahms y la *Metamorphosen* de Strauss, y más tarde se permitiría un poco de coñac para poner un nocturno de Chopin. Tenía varios (Ashkenazy, Rubinstein, Pollini, Horowitz) y escuchaba uno cada noche antes de irse a la cama. El piano siempre parecía hablarle, decía: *Bien, ya logramos pasar este día. Es tiempo de empezar a acostarse*.

Tenía una interpretación de Michelangeli que todavía no había escuchado, y estaba pensando en ponerla esta noche cuando notó por primera vez que había algo distinto en la atmósfera del *living*. Era una sensación vaga, como si le hubiera llegado un débil soplo de una fragancia inolvidable, o como si hubiera oído un breve, apenas audible, zumbido, o como si hubiese visto a alguien revoloteando justo al borde de su campo de visión, o las tres al mismo tiempo, y se enderezó en el sillón y miró alrededor.

—¿Rie-san? —dijo. Era su día libre, pero quizá había decidido pasar para encargarse de la cena. Estaba genuinamente preocupada por él, y no sería extraño que hiciera algo así.

—¿Rie-san?

No hubo respuesta. Olfateó el aire y miró hacia la cocina. Quizá algo se estaba quemando.

Cuando había ido al baño recién, ¿había prendido la cocina para

calentar los rollos de col? Había estado tan ido y distraído últimamente que no le extrañaría haber olvidado algo como eso. Inclinándose un poco más hacia adelante, pudo ver más allá de la mesa hasta la cocina. Ninguno de los quemadores estaba prendido. ¿Entonces qué había pasado? Volvió a echarse hacia atrás y tomó el control remoto para bajar el volumen de *The Sicilian Vespers*. Había una diferencia de la que estaba seguro: *Gangsta* ya no ladraba ni hacía ningún otro ruido. Excepto cuando dormía, *Gangsta* siempre estaba o ladrando o peleando con algo, su presencia era audible de una u otra forma; su cadena chirriando al borde de su casita, su cola sacudiéndose contra su lomo, su pata trasera golpeando el piso cuando se rascaba, sus pisadas tamborileando atrás y adelante. Pero ahora solo había silencio.

Cuando intentó llamar a *Gangsta* se dio cuenta de que sus cuerdas vocales se negaban a vibrar o a producir cualquier sonido, y que de hecho le estaba costando respirar. Este descubrimiento le causó una sacudida de ansiedad. Alcanzó el té de manzana y tomó un sorbo, pero no pudo sentir su sabor. ¿Algo andaba mal con su sentido del gusto también? ¿O alguien había cambiado su taza? Quizá Shige había vuelto temprano, había entrado escondido e intentaba hacerle una pequeña broma a su viejo, pensaba Aoyama cuando un sonido extraño y escalofriante rompió el silencio. Era un sonido como de bisagras viejas rompiéndose, pero no estaba seguro de si venían de algún lugar de la casa o de dentro de sus propios oídos. Todo se fue a oscuro un momento, y el sillón pareció elevarse y luego caer con un golpe hasta el suelo. Y entonces, desde la esquina del *living*, llegó una voz clara y sucinta.

—No puede moverse, ¿verdad?

Cuando las cortinas se abrieron y Asami Yamasaki emergió de detrás de ellas, se preguntó si estaba alucinando. ¿Dónde has estado?, trató de decir, pero el interior de su boca estaba entumecido y no pudo articular palabra.

Caminó hasta él y lo agarró de la cabeza, exprimiendo sus mejillas con el pulgar y el índice de la mano izquierda. Llevaba guantes quirúrgicos de goma. La presión de su apretón era suficiente para obligarlo a abrir la boca, pero no sintió dolor. Toda la fuerza había sido drenada de su cuerpo y ahora parecía como si ese agarre de una mano fuera lo único que evitara que se deslizara

del sillón. La baba caía por su mandíbula. En su mano derecha Asami Yamasaki sostenía una jeringa con una delgadísima aguja hipodérmica. Se la mostró.

—Va a dormir un rato. Le haré saber cuando estemos listos para comenzar. Su cuerpo será como un cadáver, pero me aseguraré de que sus nervios estén totalmente despiertos. Así el dolor será cien veces peor. Duerma mientras pueda.

Enterró la aguja en la base de su lengua.

El líquido en la jeringa pareció saturar su cuerpo en un instante. Aoyama en efecto se quedó dormido, aunque por lo que pareció ser solo un momento. Se despertó con un dolor terrible en los ojos, como si hubiesen sido atravesados por dentro con alfileres que penetraran sus pupilas. Sus lágrimas tenían un leve olor médico. No se podía mover, apenas podía agitar un dedo, pero algunas sensaciones eran extraordinariamente vividas. Podía mover ligeramente la mandíbula, sentía de nuevo la lengua y su sentido del olfato había regresado. Las lágrimas nublaban su visión, pero incluso la niebla tenía una cierta claridad brillante, acristalada. Era como mirar a través de un ojo de pez. Cada vez que parpadeaba, veía lo que parecía ser la imagen remanente de un árbol muerto, probablemente los pequeños capilares de la retina misma, y escuchaba algo así como el *click* del obturador de una cámara. Cada pequeño sonido era amplificado, y cuando Asami Yamasaki se asomó frente a su cara y dijo «Hola de nuevo», su voz reverberó como campanas de catedral. Su primera reacción cuando se dio cuenta de que iba a asesinarlo no fue, extrañamente, terror, sino ese tipo de sentimiento de cierre que uno tiene cuando finalmente resuelve un rompecabezas. No había sido solo un malentendido después de todo. Era por Shige. Asami Yamasaki no había sido capaz de aceptar o perdonar el hecho de que Aoyama tuviese un hijo al que adoraba.

Tampoco había podido superar, como creía Aoyama, el trauma de haber sido criada por un padrastro que la golpeara e insultara y que abusara de ella. Todavía tenía ese trauma, todavía vivía con él a diario. Cualquier hombre que la traicionara o le mintiera era para ella lo mismo que su padrastro, de modo que, según su razonamiento, esos hombres debían perder sus pies para parecérsele más todavía. Cuando no se dedicaba al trabajo de medio tiempo que

cubría sus gastos de subsistencia, se pasaba el tiempo preparando la siguiente operación. Intimaba con hombres y simultáneamente preparaba un plan para cortarles los pies si resultaban ser como su padrastro. Cuando era adolescente solo soñaba los planes pero nunca los llevaba a cabo. No tenía una herramienta adecuada, para empezar. Viendo un programa de cocina en la
TV
descubrió la sierra de alambre, un delgado cable de acero con dientes, y un anillo unido a cada extremo. El chef en el programa lo había usado para cortar sin esfuerzo un pernil hasta el hueso, dijo que era la mejor herramienta para ese tipo de trabajos. La sierra de alambre lo había hecho posible. Había leído también sobre fármacos, y había encontrado una forma de conseguir cualquier medicamento que necesitara. Torazina, benzodiazepinas, meprobamato, Valium, medazepam, Librium, óxido nitroso, muscimole, anfetaminas, psilocina,
LSD
. Había observado la casa de Aoyama varias veces e incluso se había metido antes. Acechando desde la mañana, sabía que la ama de casa no estaba, y había visto a Shige partir con sus esquís. Entró a la casa en el momento en que Aoyama había salido a comprar. Cuando volvió había ido al baño y ella aprovechó esa oportunidad para poner un relajante muscular en el yogurt con miel. Si no le hubiera hecho las cosas tan fáciles, estaba lista para aparecer de la nada, decir hola y rociarlo con gas pimienta, pero hubiera colapsado sobre el piso y prefería tenerlo apoyado en el sillón como ahora. Facilitaría su trabajo y sería una imagen muchísimo más interesante.

Salió y volvió con *Gangsta* en los brazos. El perro cayó desplomado en la mesa de centro, entre las piernas extendidas de Aoyama, y ahí fue cuando el terror se apoderó de él. *Gangsta* estaba flácido como un peluche, pero al menos eso significaba que probablemente seguía vivo. Asami Yamasaki se quitó los pelos del beagle de su suéter negro y se dirigió a la entrada, donde tenía una bolsa de equipo de fotografía. Sacó un maletín cuadrado de cuero negro, lo abrió apretando sus esquinas, y tomó algo que lucía casi como unos audífonos: un cable delgado, plateado, enrollado, en cuyos bordes tenía unos anillos del porte de una moneda grande.

Pasó el dedo índice en uno de los anillos y dejó caer el cable. La reluciente sierra de alambre se desenrolló con un sonido de espadas cruzadas. Enrolló el cable en la articulación de la pata trasera de *Gangsta*, luego agarró con firmeza ambos anillos y miró a Aoyama. Fuera del hecho de que no llevaba maquillaje, su cara era la misma de siempre. ¿Está seguro de que está bien? Me alegro tanto. *Nunca antes había tenido a nadie con quien pudiera discutir mis problemas. ¿Realmente puedo contar con usted para llamarlo?* Nada en su expresión la diferenciaba de la Asami Yamasaki que le había dicho cosas así antes. Ningún destello psicótico brillaba en sus ojos, su cabello no estaba revuelto, su boca no se deformaba en una sonrisa maniaca.

Tiró de los anillos en direcciones opuestas, como si abriera una banda elástica. Hubo un estallido de ligamentos y el horrible sonido de la rotura del hueso, y la pata de *Gangsta* cayó desconectada del resto de él. El pelaje blanco de su estómago quedó instantáneamente empapado de rojo. Asami Yamasaki extrajo con calma la sierra y comenzó a enrollarla alrededor de la otra pata trasera de *Gangsta*. Aoyama trató de gritarle que se detuviera, pero no tenía voz. Las oberturas de Verdi todavía sonaban a un volumen bajo. *Aída*.

Detente. Dijo la palabra sin sonido.

—¿Cómo? —dijo ella—. ¿Dijo algo?

Al perro no, intentó decir. *Házmelo a mí, al perro no*. Y mientras luchaba por mover los labios, se acordó de Shige. Si no encontraba la forma de detener el sangrado, Aoyama sabía que podía morir de una amputación como esa. Entonces Shige quedaría realmente solo. Shige era un buen chico. La idea de hacerlo sufrir, de causarle más daño, era intolerable.

Tenía que pelear de alguna forma.

—El perro primero, luego usted —dijo ella—. ¿No quiere ver cómo corto su cabeza?

Luego de terminar de enrollar el instrumento en la otra pata de *Gangsta*, tiró los anillos. El mismo sonido terrible. Esta vez la sangre salpicó más y un poco cayó en el dorso de la mano de Aoyama. ¿Había una forma de detener esto? Si tan solo alguien llegara. No un vendedor o un *delivery*, quienes sencillamente se

irían si nadie respondía a la puerta, sino alguien que notara que pasaba algo raro e investigara. Si pudiera de alguna forma tirar una de las patas cortadas de *Gangsta* en el patio delantero, un transeúnte podría verla y… No. Los dos objetos cubiertos de pelaje sobre la mesa apenas eran reconocibles incluso para él. Alguien que no hubiese visto antes la pata cortada de un perro podría pensar que era un paraguas o un bolso con forma extraña.

Quizá podía empezar un incendio. Si la casa se estuviese quemando, los bomberos vendrían. ¿Pero llegarían a tiempo para salvarlo? No podía caminar, pero tal vez podía llegar al piso, rodar hasta la puerta corredera de cristal y escapar al patio. De todos modos, no tenía fósforos ni un encendedor a mano, y no sería capaz de manipularlos. *Aída* estaba a punto de terminar. La próxima canción era *Masquerade Ball*, luego *Aroldo*. ¿Y si subía el volumen? Con una sacudida idiota su brazo alcanzó el control remoto junto a él en el sillón. Asami Yamasaki, que enrollaba el cable en el cuello de *Gangsta*, levantó la mirada hacia él. Sin sentir los dedos presionó el botón + en el control del volumen, y cuando llegó al máximo apretó el botón de bloqueo. Entonces, girándose hacia la izquierda, se las arregló para forzar el control remoto debajo del cojín de la espalda, en los resortes del sillón. Con el volumen al máximo, los parlantes *Bose* sacudían las ventanas y hacían que las cortinas se balancearan. Asami Yamasaki se paró con calma, se acercó al sillón e intentó sacar el control remoto, pero estaba enredado entre los resortes y no pudo hacerlo ni siquiera después de que tiró el cojín a un lado. Aoyama se acordó de la vez en que Shige escuchaba a todo volumen un
CD
de *Mr Children* y una vecina había tocado el timbre para quejarse. Según Shige, quien llamaba había resultado ser «una pobre vieja quejosa» que había amenazado con llamar a la policía si no le bajaba el volumen. Si tan solo ella tocara de nuevo y, al no obtener respuesta, ¡llamara a la policía! Asami Yamasaki se rindió con el control y caminó hasta el *rack* de audio junto al gabinete de los licores. Parecía estar escupiendo insultos, pero no podía escucharla sobre el rugido de la Filarmónica de Berlín. Intentó girar el dial del volumen en el parlante y luego apretar el botón stop/abrir en el reproductor de

CD
, pero con el control remoto en bloqueo ninguna función podía ser activada manualmente. El enchufe de pared estaba detrás del enorme gabinete de licores y no había forma de desconectarlo. La música retumbando en el *living* solo intensificaba lo irreal de la escena. Un beagle con dos extremidades cortadas yacía sobre la mesa de centro en una piscina de sangre entre las piernas extendidas de un hombre paralizado de mediana edad, mientras una hermosa joven en un suéter negro, *jeans* y zapatillas se movía con serenidad por el lugar.

Cuando *Gangsta* abrió los ojos, Aoyama gritó… o intentó gritar. Sus cuerdas vocales congeladas produjeron solo un débil graznido que ni siquiera él mismo pudo escuchar por sobre la música atronadora. El perro, ya fuera por el dolor o por la droga que fuese que le habían administrado, no podía ladrar ni moverse, pero sus ojos lo decían todo. Eran los ojos de una criatura presenciando su propia muerte, una criatura a la que le habían robado hasta el último vestigio de valor y dignidad, y llenaron a Aoyama de horror. Nunca antes había visto en ningunos ojos, animales o humanos, tal mirada de desesperación total.

Asami Yamasaki caminó hasta la entrada y prendió las luces. Entonces abrió su bolsa y sacó un cuchillo.

12

No era un arma, sino un pequeño cortaplumas del tipo que uno podría usar para limpiarse las uñas. El mango era rosado y la punta de la hoja era roma. No había una pizca de frenesí o apuro en los movimientos de Asami Yamasaki, y su rostro era todavía una plácida máscara, como había sido incluso durante el desmembramiento de *Gangsta*.

Buscaba un lugar para cortar el cable eléctrico. Los cajones del parlante, del reproductor de
CD
y de los cassettes se combinaban en una unidad que encajaba perfectamente en un estante hecho a la medida y no podían ser removidos sin desarmar la totalidad del *rack* de audio. El *rack* estaba al ras del lado del gran gabinete de licores, y ambos estaban atornillados a la pared por detrás para evitar que se cayeran con un terremoto. Buscó el tenedor de Aoyama de la mesa de centro y lo metió en el estrecho espacio debajo del parlante, tratando de enganchar el cable. Si lograba sacarlo y cortarlo con su pequeño cuchillo, la música se detendría y su pobre rebelión quedaría aplastada. Iba a morir en la niebla de este caos. Era demasiado repentino, demasiado pronto, pero quizás esa era siempre la verdad de la muerte. Probablemente lo mejor era resignarse después de todo y enfrentar el fin con algo de compostura. Asami Yamasaki todavía intentaba pescar el cable. Incluso con las luces prendidas, el estrecho espacio debajo del parlante era muy oscuro y tenía que buscar solo con el tacto.

Aoyama había evitado mirar a *Gangsta* desde que había abierto sus ojos, pero ahora se dio cuenta con un grito ahogado que el perro había muerto. La luz y el brillo se retiraban rápidamente de esos ojos desolados, y una lengua gris asombrosamente larga se escapaba

de su boca abierta. Era como si un enorme parásito escapara del cuerpo del animal para buscar otro hospedador. Aoyama se preguntó si lo mismo le pasaría a él. Recordó haber leído en algún lugar que cuando los prisioneros eran ejecutados, sus intestinos y vejigas se vaciaban y sus lenguas se soltaban largas y distendidas. Se imaginó gente observando su cuerpo, con los pies amputados, la lengua tocando su pecho, los pantalones manchados y la luz ida de sus ojos. Era una imagen pasmosamente clara, como si de verdad estuviese presenciando la escena desde un lugar fuera de sí: policías acordonando el lugar, un juez de instrucción en bata blanca examinando sus ojos, intentando fijar la hora de muerte a partir del grado de humedad en ellos. Ojos que habían perdido el brillo de la vida, como los de cristal que les ponían a los tigres y osos disecados. Rie-san
llorando en la falda de su delantal. Shige ahí de pie aturdido por el *shock*.

¿De dónde venía esta visión siniestra y vivida? Pensaba que debían ser las drogas, cuando sintió algo explotar en la boca del estómago. No era una sensación definible como la náusea o el vértigo o la acidez, sino una especie de erupción violenta y agobiante. Fuera lo que fuese, hizo que su sangre volviera a circular, al menos tentativamente, y sus piernas comenzaron a tiritar. Era como si algo dentro suyo se estuviese rebelando en contra de la orden del cerebro de rendirse a la muerte, negándose a ceder.

Tenía que escapar. Intentó flexionar los músculos de las piernas, pero parecían estar desconectados de su cerebro. Había recuperado algo de control en las manos, no obstante, y apretó y soltó los puños. De a poco la sensación volvía a sus dedos. Podía mover la cabeza también. Se encorvó y tomó su mano derecha con la izquierda, luego la levantó e inclinó la cabeza hacia adelante para morderse la palma. Pudo sentir la mordida, pero solo apenas. Asami Yamasaki se dio vuelta para mirarlo, y supo que finalmente había agarrado el cable eléctrico. Mascó furiosamente su mano, mordiéndola al ritmo, y comenzaba a recuperar cierta sensibilidad en todo el brazo derecho. Justo cuando iba a cambiar a la palma izquierda se oyó un fuerte *pop*, la música se detuvo en medio de una nota y todas las luces se apagaron. Al parecer, Asami Yamasaki,

al cortar el cable, había causado un cortocircuito que había hecho saltar el paso de la corriente.

Afuera ya estaba muy oscuro, y adentro la oscuridad era incluso mayor. Asami Yamasaki se había fundido en las sombras, pero su voz vino justo desde su lado.

—¿Dónde está el interruptor? A estas alturas ya debe ser capaz de hablar. ¿Dónde está?

Pese a que estaba lo suficientemente cerca como para tocarla, había muy poca luz y apenas veía los contornos de su rostro. Pero era sin lugar a dudas la misma cara que una vez había besado y acariciado, con la que había soñado una y otra vez. Podría haber estado a punto de cerrar sus ojos para buscar la boca de Aoyama con la suya. Cientos, no, *miles* de veces se había imaginado esos rasgos, bellos incluso cuando se estrujaban en la agonía del placer. Por un momento llegó a olvidar todo, la agonía, su determinación por escapar, pero el momento terminó con un fuerte gancho de diestra en el costado de la cara. El puñetazo había sido espantosamente fuerte, dado con el puño que todavía sostenía el tenedor. No había sido una arremetida impulsiva suscitada por alguna emoción extrema. Había sido, más bien, un golpe calmo y metódico, destinado solo a reafirmar quién tenía el control. Los dientes del tenedor habían golpeado la orilla de su boca, partiendo el labio. La sangre corría por su barbilla y el dolor taladraba su cráneo. Aoyama se dobló hacia atrás y se cubrió la cabeza con las dos manos.

—El interruptor —dijo de nuevo, aunque sin inflexión o afectación alguna en su voz. Claramente no tenía el más mínimo reparo en causarle daño y dolor.

—Cocina —dijo Aoyama con una voz que era poco más que un suspiro. El panel eléctrico estaba en realidad en la pared de un pequeño lavadero junto a la cocina. En la oscuridad, le tomaría un tiempo encontrar la puerta y luego localizar el panel sobre la lavadora. Suficiente tiempo, tal vez, pura que él pudiera arrastrarse por las escaleras hasta el segundo piso, donde estaban las habitaciones. La de Shige podía cerrarse por dentro y tenía teléfono con línea independiente.

Asami Yamasaki sostuvo el tenedor para que lo viera y luego lo usó para golpear con fuerza en dirección a la mesa de centro.

Aoyama se puso rígido, pero no apuntaba a su pierna; el tenedor atravesó la piel del cuello de *Gangsta* con un desagradable *squish*. La piel alrededor del cuello del perro muerto era gruesa y suelta, y el tenedor no penetró demasiado: se desenganchó y cayó a la mesa luego de soltarlo.

Cuando desapareció en la cocina, el dolor en el lado izquierdo de la cara de Aoyama se intensificó. Sentía como si le hubieran sacado un diente sin anestesia. La sangre de su labio partido se le metía en la boca, y su sabor pegajoso y tibio debilitó sus ganas de luchar. Podía escucharla caminar por la cocina, las suelas de goma de sus zapatillas chirriando en la baldosa. Giró la cabeza para verla por sobre el hombro y solo pudo distinguir su silueta con las manos estiradas hacia el frente, tanteando su camino a través de la cocina. Se movía con cautela, como si temiera chocar con la loza o la cristalería.

Usó las manos para doblar sus piernas, una a la vez, y las tiró sobre el sofá junto a él. Luego se estiró para poner ambas palmas sobre el piso y arrastrarse hacia la alfombra gruesa. Se las arregló para hacerlo sin emitir ningún sonido de más. Con sus manos y codos, comenzó a arrastrarse hacia las escaleras, y un momento después ya se le había acabado el aire. Con la calefacción y el sistema de ventilado apagado, la casa oscura permanecía en un extraño silencio. Se detuvo e intentó dejar de jadear yendo más lento y haciendo inspiraciones profundas a través de la nariz. Había sido capaz de vocalizar la palabra «cocina» recién; quizá debía intentar gritar para pedir ayuda. De las casas contiguas llegaban sonidos débiles: veían televisión de este lado y alguien tocaba el piano en el otro. Era poco probable que gritar una o dos veces a todo pulmón hiciera que alguien viniera corriendo, excepto, por supuesto, a Asami Yamasaki, quien le haría pagarlo muy caro.

Se arrastró hacia adelante. El sol se había puesto por completo ya y estaba muy oscuro como para ver las escaleras, pero sabía que estaban ahí. Tenía la frente y las axilas empapadas en sudor pese a que el *living* se enfriaba rápidamente. Comenzaba a recuperar la sensación de los dedos, y los enterró en la alfombra para ayudarse a agarrar impulso.

Recién había alcanzado el principio de las escaleras cuando escuchó un ruido y se volteó para ver que la cocina se iluminaba

con un resplandor rojo. *Encontró el interruptor*, pensó, y el sudor de su frente pareció congelarse. Pero la luz, se dio cuenta pronto, era de un quemador de la cocina. Lo había prendido para tener algo de iluminación. Ahora sin dudas descubriría la puerta del lavadero.

Comenzó su ascenso. Los peldaños eran gruesos tablones de madera encajados en la pared de un lado y atornillados del otro a unos gruesos tubos de acero que llegaban del techo al suelo. Originalmente no tenía baranda, pero por insistencia de Ryoko habían instalado una cuando Shige había comenzado a caminar por su cuenta. El espacio que dejaba el pasamanos estaba cubierto por gruesas cuerdas de vinilo que servían como barandilla. Aoyama se volteó hacia un costado y se agarró del pasamanos con la mano derecha, y con la izquierda se agarró de la cuerda de vinilo. Haciendo fuerza con los dedos, tomó impulso hasta que logró sentarse en el primer peldaño, luego paró para recuperar el aliento. Repitió el proceso con el siguiente peldaño y con el que le seguía. Había doce peldaños en total, y frente al último estaba la puerta de la habitación de Shige. Construida en una era más robusta, la puerta era de sólida madera dura. Ninguna mujer podría tumbarla sin nada menos que un hacha o una maza. Aoyama había alcanzado el quinto peldaño e intentaba sofocar sus jadeos cuando escuchó el *click* de la puerta del lavadero abrirse.

No entres en pánico, se dijo. El lavadero estaba oscuro y desordenado, y el panel eléctrico se encontraba a una buena altura en la pared. Probablemente no lograría alcanzarlo y tendría que buscar algo en que apoyarse. Aoyama golpeó con fuerza una canilla contra la esquina del sexto peldaño cuando se impulsaba hasta el séptimo, pero apenas notó el dolor: más por su propia adrenalina que por las drogas. Sus manos transpiraban, lo que hacía difícil mantenerse afirmado a la cuerda de vinilo, así que se las secaba continuamente en la camisa y en los pantalones. Cada pequeño sonido proveniente de la cocina hacía que se le contrajera el escroto. Qué clase de humano era este, se preguntó. Había atravesado la base de su lengua con la aguja hipodérmica, le había cortado las patas al perro con la sierra, había cortado el cable eléctrico con su pequeño cuchillo rosado, lo había golpeado con su tenedor en la cara para luego enterrarlo en el cuello del perro, todo con la misma expresión que tenía cuando se había quitado los pelos

del perro del suéter. Nadie golpea a nadie a menos que lo impulse una emoción poderosa. Eso es la violencia: emociones que escapan de la conciencia hacia el mundo físico, conexiones que se hacen con los músculos de los brazos y los hombros y el diafragma e, inevitablemente, con el rostro. Cuando se reprimen las emociones durante un acto de violencia, la cara se vuelve una máscara blanca, ilegible.

Levantándose del séptimo al octavo peldaño, recordó algo que Asami Yamasaki le había dicho una vez.

Cuando mi verdadero padre murió, el nuevo esposo de mi madre vino al funeral en silla de ruedas. Yo tenía cinco años, supongo, e iba al jardín. A esa edad uno no entiende realmente qué es la muerte… al menos yo no lo entendía. Miraba al sacerdote, que cantaba unos sutras, y una avispa bajó y comenzó a zumbar alrededor de su cabeza. El cura intentaba espantar a la avispa mientras seguía cantando y me pareció tan divertido que comencé a reírme. Y entonces no pude parar de reír. Agaché mi cabeza y seguí riendo y riendo, y supongo que todos pensaron que estaba sufriendo una especie de colapso. Pero el nuevo esposo de mi madre observaba todo esto. No mucho después me golpeó por primera vez. Y recuerdo que me gritaba cuando me pegaba, decía que nadie que se riera en el funeral de su propio padre podía llamarse humano. Lo dijo una y otra vez, que yo no era humana, y siguió y siguió golpeándome…

Aoyama se agarró con fuerza al décimo pasamanos y se impulsó hacia arriba con los dedos y las rodillas. Dos peldaños más y estaría en el segundo piso. Sus brazos y hombros estaban exhaustos, pero la sensibilidad volvía a sus piernas, la sangre comenzaba a correr a través de ellas. Se afirmó del onceavo pasamanos con la mano derecha y agarró la cuerda de vinilo con la izquierda. La puerta de la habitación de Shige, pintada de un blanco cremoso, resplandecía suavemente en la oscuridad sobre él. Hacía un rato que no llegaban sonidos desde la cocina. *Puedo lograrlo*, pensó. Y apenas terminó estas palabras en su mente escuchó la risa de Asami Yamasaki. Se encontraba de pie en el principio de la escalera.

—¡Así que ahí está! —dijo—. Vuelvo enseguida. ¡No se vaya!

Aoyama entró en pánico. Dos peldaños más y llegaría, pero tenía

problemas para apoyarse bien en el peldaño de abajo con sus rodillas temblorosas y sus pies sudorosos y descalzos. Tambaleante, agarró la última sección de la cuerda de vinilo, su mano se resbaló y por muy poco no se cayó por la escalera. La conmoción y el miedo crecían en su interior y alejaban cualquier pensamiento de su cerebro. Era como si hubiera sido botado en medio de una pesadilla recurrente: alguien lo cazaba y él apenas se podía mover. Sus brazos y piernas estaban solo en parte bajo su control, y superar la escalera era como intentar escalar en arena movediza.

Las luces volvieron.

—Cortaré sus pies allí arriba, entonces —dijo ella mientras tomaba la sierra de alambre de la mesa de centro. Camino hasta las escaleras y comenzó a subir lentamente.

¡No!, Aoyama intentó gritar. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! Ni siquiera sabía si su voz se escuchaba. El globo de miedo que se había instalado en su cabeza se inflaba y hacía más presión, y cuando Asami Yamasaki tocó sus piernas el globo explotó y la pesadilla se desangró en la realidad.

—Dese vuelta un poco. Quiere ver cómo cae su pie, ¿o no?

Enrolló el cable plateado en su tobillo izquierdo, lo miró a los ojos y tiró de los anillos. La sierra se enterró en la carne y desapareció, y hubo un fuerte *pop* cuando se cortó el talón de Aquiles. Al momento siguiente, como por arte de magia, su pie, desde el hueso del tobillo, se separó de su pierna y cayó en el peldaño de abajo. Por un instante el hueso se mostró blanco en el lugar abultado de lo que había sido su tobillo, pero entonces la sangre corrió y se desbordó.

—Mire —dijo ella, apuntando al pie amputado mientras agitaba el otro—. Es como una gran anémona roja, ¿no le parece?

La sangre salía a borbotones del muñón de su pierna izquierda. Hacía un sonido burbujeante e inundaba el lado del peldaño para después desbordarse hasta la alfombra de abajo. Aoyama, aturdido, apenas comenzaba a entender esto cuando, desfasado y todo de una vez, el dolor demandó toda su atención. Quedó inmerso en el dolor, como si hubiera caído en una tina de él. Y entonces algo misterioso pasó. Agitaba su cabeza con violencia para alejar la inconsciencia, cuando un extraño silencio llenó el universo, y recibió un mensaje:

Patéala.

Ella estaba en cuclillas en el peldaño anterior, rodeando la sierra de alambre en su tobillo derecho. Aoyama apoyó su peso en el pie derecho y contrajo sus músculos abdominales para levantar la pierna izquierda. Ella levantó la vista y Aoyama dio un gruñido cuando la golpeó en la cara con el muñón sangriento. Fue una patada débil y patética, pero le llegó justo en el ojo y fue suficiente para hacerle perder el equilibrio. Dejó caer la sierra de alambre e intentó agarrarse a la cuerda de vinilo, pero él le enterró el muñón una vez más en la cara con un nauseabundo *splash*, logrando un mejor golpe esta vez. Con un ojo teñido de rojo, se fue hacia atrás y cayó retorciéndose. Se escuchó un golpe seco cuando su cabeza se fue hacia abajo y sus piernas volaron, y otro cuando dio una segunda voltereta en el fondo de la escalera. Cayó sobre la alfombra y se detuvo cuando su espalda se aporreó contra la pared. Se quedó ahí sentada, tan flácida y quieta como una muñeca de trapo abandonada. Junto a ella estaba el pie izquierdo de Aoyama, que también había caído por las escaleras.

No estaba seguro de qué tan herida estaba, pero tenía otras cosas que atender. Perdía sangre rápidamente y de a poco caía inconsciente. Ella dio una sacudida con el hombro derecho e intentó levantar la cabeza, pero la dejó caer de nuevo. Aoyama se enganchó con el codo a la cuerda de vinilo para mantener el equilibrio. Se encontraba sentado en el noveno peldaño, tiritaba tan violentamente que sus dientes castañeaban. Se retorció para quitarse la camisa y la camiseta, y presionó esta última contra el muñón sangrante. De inmediato quedó empapada en sangre. La camisa la enrolló alrededor y la aseguró anudándola de las mangas. Cuando se levantó un poco para quitar la sierra de alambre de su tobillo derecho, vio a Asami Yamasaki apoyar las dos manos en el piso, intentando ponerse de rodillas. La sierra era muchísimo más pesada de lo que parecía y lucía inexplicablemente limpia de sangre y cartílago. La dejó junto a él, se quitó el cinturón y lo apretó alrededor de su pierna, justo debajo de la rodilla, para hacer un torniquete. Estaba demasiado débil como para tirar con fuerza del cinturón, así que lo abrochó y retorció la hebilla hasta que el cuero se enterró profundamente en la carne.

Intentando ponerse de pie, el brazo derecho de Asami Yamasaki se dobló de una forma antinatural y se detuvo para levantar

lentamente la cabeza y mirarlo a los ojos. Tenía el rostro manchado con la sangre densa de Aoyama, y probablemente también sangraba. Se había golpeado el hombro con la orilla de un peldaño y la parte de atrás de la cabeza con la punta de otro. Se las arregló para sentarse, su brazo roto colgaba. Levantó el brazo izquierdo para limpiarse la cara con la manga del suéter, luego se tocó con cautela la parte en que su cabeza se había golpeado. Aoyama luchaba contra el desmayo mordiéndose los labios tan fuerte como podía y manteniendo la concentración en ella. Ya no había posibilidad de intentar arrastrarse hasta el próximo peldaño. Ella lo miró de nuevo y murmuró algo que no pudo escuchar.

Sonó el timbre. Asami Yamasaki se estremeció y se dirigió hasta la entrada, sacando un pequeño *spray* del bolsillo pequeño de sus *jeans*. *Gas pimienta*, pensó Aoyama y la puerta se abrió.

—¿Pero qué…?

Era Shige. Asami Yamasaki se puso de pie y se tambaleó hacia él, con el *spray* al frente, pero se tropezó con su propia bolsa de equipo.

—¡Corre, Shige! —El intento de grito de Aoyama surgió como una gárgara ahogada. Shige se quedó congelado, afirmaba sus esquís y miraba perplejo alrededor: su padre herido, la extraña mujer ensangrentada que daba tumbos hacia él, los restos de *Gangsta* sobre la mesa de centro.

—¡Corre! —chilló de nuevo Aoyama, y Shige golpeó con sus esquís a Asami Yamasaki. Ella dio un traspié hacia adelante y a la izquierda, esquivando los esquís, y Shige hizo un rodeo para quedar a su espalda. Aoyama tuvo la esperanza de que continuara hacia la puerta y escapara, pero no lo hizo. Pivoteó para enfrentar a Shige y murmuró algo que Aoyama no alcanzó a oír. Shige soltó los esquís y corrió hasta el *living*. Miró el cuerpo de *Gangsta* y a su padre, entonces gritó a la mujer:

—¡¿Quién eres tú?!

Ella caminó pesadamente hacia él, su brazo derecho colgaba a un lado.

—¡Mátala! —gritó Aoyama para su propio asombro—. ¡Mátala, Shige! ¡Mátala!

Asami Yamasaki parecía un sonámbulo, o un zombi, caminando sin estabilidad hacia Shige con solo un brazo hacia adelante. Apretó

el *spray*, pero el disparo salió en un ángulo oblicuo y se deshizo en el aire del *living*, el desagradable olor llegó incluso hasta donde estaba Aoyama sentado, arriba de las escaleras. Ella seguía murmurando como para sí misma. Shige se agachó y se volteó hacia la mesa de centro para evitar el *spray*. Tomó el frasco de vidrio del yogurt de la mesa, dio un paso hacia la mujer y se lo lanzó a la cara. Se rompió contra el puente de su nariz, salpicándole el rostro con una sustancia pegajosa blanca y dejando un tajo entre sus cejas. La sangre fluyó del tajo y se mezcló con el yogurt, y ella se detuvo en seco, todavía murmurando algo. Su propio acto de violencia parecía haber paralizado a Shige por un momento. Asami Yamasaki se limpió el rostro con la manga, levantó el brazo izquierdo y presionó el *spray* del frasco de nuevo. Shige saltó hacia atrás y la derecha, pero una pequeña parte de la rociada lo alcanzó en el lado izquierdo de la cara.

—¡Ah, mierda! —gritó, cubriéndose con las manos y tambaleándose hasta el gabinete de los licores.

Asami Yamasaki comenzó a seguirlo, pero de pronto se detuvo. Sus labios dejaron de moverse y sus ojos se desenfocaron. Se llevó la mano a la cabeza y se quedó ahí, encorvada y vacilante. Ahora Shige abría el compartimento inferior del gabinete. Buscó detrás de las botellas de vino y sacó el cuchillo de combate. Lo sacó de su funda de plástico endurecido, lo agarró del mango con el puño y la hoja hacia abajo, y se tambaleó hacia ella. Asami Yamasaki todavía estaba encorvada, y se afirmaba la cabeza cuando le enterró la hoja del cuchillo en la nuca. Sus rodillas se doblaron mientras se derrumbaba sobre la alfombra. Shige corrió al pie de las escaleras.

—¿Quién es ella? —dijo.

—Llama a la policía. Y a la ambulancia.

—Ya. —Se volteó para correr hasta el teléfono.

—Shige. Espera.

—¿Sí?

—No paraba de hablar.

—No.

—¿Qué decía?

—«Mentiroso, mentiroso»… solo eso, una y otra vez. —Shige presionó su ojo izquierdo con la mano y lo miró con el otro—. ¿Qué pasó?

Aoyama negó débilmente con la cabeza.
—No sé —dijo—. Nada en realidad.

RYU MURAKAMI (Nagasaki, 1952) ha escrito alrededor de cuarenta novelas y una docena de conjuntos de cuentos. Se dedica a la producción de cine y ha escrito y dirigido varias películas. Ha sido anfitrión en programas de la televisión abierta TV Tokyo y posee un sello dedicado a la música cubana. También ha sido baterista en distintos grupos de *rock* japonés. Muchos de sus libros, entre los que se pueden nombrar *Azul casi transparente*, *Los chicos de las taquillas* y *Sopa de miso*, han sido
best-sellers
internacionales, y ha recibido los premios Gunzo, Akutagawa y Tanizaki, entre otros.

Notas

[1] Costumbre tradicional japonesa, cada vez menos común, en la que dos desconocidos arreglan una cita formal con vistas al matrimonio. < <

[2] Baños termales típicos de Japón. < <

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
Sobre el autor